

calibrite

colorchecker CLASSIC



DIOS, PATRIA, REY.

EL FACCIOSO

ALMANAQUE TRADICIONALISTA

PARA 1883

PUBLICADO POR

D. FRANCISCO AGUILAR

AÑO I.



MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

MDCCLXXXII

R-4-250



AL Exmo Sr.
MARQUES DE CERRALBO
DIOS, PATRIA, REY.
EL FACCIOSO



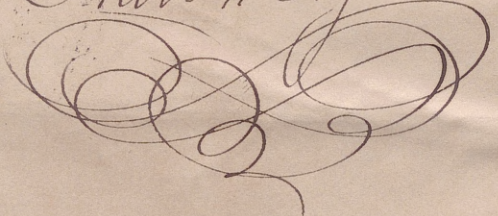




E 3-T 6-# 84

Al Excmo Sr. Marques
de Cerralbo como la
menor muestra del
mayor respeto, su
ultimo servidor

Franco Aguilar



DIOS, PATRIA, REY.

EL FACCIOSO

ALMANAQUE TRADICIONALISTA

PARA 1883

PUBLICADO POR

D. FRANCISCO AGUILAR

AÑO I.



MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

MDCCCLXXXII

R. 4. 250

MCD 2022-L5

IMPORTANTE.

EL FACCOSO tiene el disgusto de manifestarte que ha tenido que retirar algunas caricaturas de estilo *toscano* que había preparado con el avieso designio de excitarte la risa en mengua de ciertas *entidades*.

Pero tiene en cambio el gusto de hacerte saber que, si halla feliz acogida en el hospitalario hogar tradicionalista, está decidido á dar entre año alguna cencerrada al liberalismo, y una que otra serenata al esbirro de los podres, si continúa teniendo la poquísima vergüenza y el ningún decoro de seguirlos maltratando y envileciendo.

Váyase, pues, lo uno por lo otro, que los demás años ya sabrá á qué atenerse

EL FACCOSO.





J. Cebrian lit.^o

Lit. Desengaño, 14.

1_ La Hoz. 2_ Vildósola. 3_ Granda.
4_ Balanzátegui. 5_ Ternero.

BIOGRAFÍAS DE CINCO REBELDES

ESCRITAS POR UN DÍSCOLO.

En la seguridad de prestar á nuestro país, ¿qué digo á nuestro país? á Europa entera, y muy especialmente al partido tradicionalista un señalado servicio, que bien merece se abra una suscripción para regalarme una escribanía de plata, indicación desinteresada que espero sea acogida y patrocinada por *El Siglo Futuro*, me propongo en este artículo reseñar á grandes trozos las biografías de los siguientes señores:

VICENTE DE LA HOZ Y DE LINIERS.

Entre los tradicionalistas consagrados al noble ejercicio de la prensa, se destaca un escritor que es modelo de caballerosidad y de hidalguía. Heredero de un nombre ilustre en el periodismo, continuador de sus trabajos propagandistas, esclavo de sus creencias religiosas y políticas, poco predispuerto á llamar sobre sí la pública atención, modesto por naturaleza, estudioso por hábito, y admirador de las glorias patrias: tal es Vicente de la Hoz y de Liniers, director de *La Fe*. No le veréis en las reuniones periodísticas ni en las asambleas políticas; rara vez le encontraréis en la calle ó en la plaza pública, porque, adoctrinado por su buen padre en el trabajo, necesita todo el tiempo para el estudio y para el ejercicio de su profesión.

Educado políticamente en *La Esperanza*, y científicamente en la Universidad Central, dió pruebas, como escolar y como periodista, de su privilegiada aptitud para el ejercicio de la jurisprudencia y para el trabajo diario de la prensa. Ya en *La Esperanza* adquirió el juicio severo é inflexible para apreciar los acontecimientos bajo el punto de vista de sus doctrinas; pero en *La Fe* no pasa día sin que él, ó su hermano político el Sr. Vildósola, puesto que ambos la redactan y la dirigen, reflejen sus propias ideas con menos apasionamiento del que suele emplearse en las luchas de los partidos.

El Sr. La Hoz, joven todavía, vive consagrado en cuerpo y alma á la labor diaria de unir los antiguos restos del tradicionalismo y cosechar nuevos elementos, para así realizar la obra salvadora que se propone.

Cuando Vicente de la Hoz cursaba con aprovechamiento en la Universidad Central, mantenía ya las opiniones que hoy defiende, lo cual cede en honor de su consecuencia; y al hacerlo revelaba ya la

profundidad de sus conocimientos y la fuerza silogística de su argumentación. Antes de llegar á la mayor edad dirigía ya *La Esperanza*, dándose el caso de ser el director más joven del periódico más viejo y más *reaccionario* de Madrid. Desde entonces transcurieron algunos años, y su inteligencia, adiestrada por el estudio, se halla hoy en la plenitud de su vigor. Es un español que no ha vivido nunca del presupuesto, que no se ha acordado de ningún destino y que no ambiciona ningún puesto público.

Suspendida *La Esperanza* por razones fáciles de comprender, y transcurrido un breve período de tiempo, pródigo en sucesos políticos, Vildósola fundó la *La Fe*, y su hermano político La Hoz se asoció al pensamiento. Durante los cuatro primeros meses el primero lo hacía todo, el segundo colaboraba desde las montañas de Santander. Unidos más tarde en Madrid, animados de la misma idea y dominados por una sola voluntad, trabajaron y siguen trabajando en *La Fe* como en otro tiempo lo hicieron en *La Esperanza*, con ó sin la dirección del inolvidable D. Pedro de la Hoz.

ANTONIO JUAN DE VILDÓSOLA.

Nació D. Antonio Juan de Vildósola el año de 1830 en la Villa de Bilbao.

Terminada la guerra civil por el convenio de Vergara, estuvo en el colegio de San Ignacio de Loyola hasta el año 1840 en que fueron expulsados los Jesuitas.

Pasó en seguida dos años en el colegio Francés la pensión Brat, obteniendo durante su permanencia en el citado colegio los primeros premios en las clases que cursó, entre ellas el de literatura francesa.

Siguió luego la carrera de leyes en la Universidad de Valladolid, y recibió la investidura de licenciado en la de esta coronada villa, contrayendo matrimonio en 1856 con la tan bella como virtuosa y distinguida señorita D.^a Avelina de la Hoz, hija del ilustre publicista don Pedro de la Hoz, respetado y admirado por sus mismos adversarios, y oráculo, puede decirse, de la comunión carlista, que siguió siempre confiada y decididamente los consejos é inspiraciones de *La Esperanza*, diario fundado en 1844 por el expresado Sr. D. Pedro, y en el cual el joven Vildósola esgrimió con fortuna y merecido aplauso sus primeras armas en las luchas periodísticas.

Desde 1856 á 1867 publicó algunos folletos, de interes palpitante todos, y una notabilísima traducción de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, por Luis Veuillot.

En 1869 fué elegido diputado por el Señorío de Vizcaya, en reemplazo de su pariente D. José Miguel Arrieta Mascarúa. Su primer dis-

curso en aquellas Cortes fué consagrado á la defensa del Eminentísimo Señor Cardenal Cuesta, habiendo conseguido grandes elogios de la prensa toda, sin distinción de matices.

Dos días después de la elección de D. Amadeo de Saboya, el señor Vildósola, explicando la actitud de la minoría carlista en la votación, pronunciaba las siguientes frases: «No sólo no reconoceremos á don Amadeo de Saboya, sino que aquí, con la solemnidad del sitio y de las circunstancias, os declaro yo, en nombre de todos mis amigos políticos dentro y fuera del Congreso, que le combatiremos sin tregua por todos, absolutamente todos los medios que vosotros nos habéis enseñado; por todos, repito, excepto por el de jurarle fidelidad para derribarle más á mansalva.»

Desterrado de Madrid, vivió el Sr. Vildósola durante la guerra civil con su familia en una población insignificante.

El Sr. Vildósola posee con perfección varios idiomas, y ha escrito brillantes artículos para los periódicos católicos de más importancia en la nación francesa.

Tiene el Sr. Vildósola grandes condiciones de escritor, y sobre todo de polemista. En los tiempos en que los periódicos vivían de la discusión de los grandes principios; en que Egaña, Lorenzana, Catalina (D. Severo), Campoamor y Figueroa sostenían al partido moderado, y lidiaban por el progresista Carlos Rubio, Núñez de Arce, Calvo Asensio y Sagasta, y en *La Discusión* aparecían las firmas de Castelar, Rivero, Pí y Margall y Sánchez Ruano; mientras Navarro Villoslada, Tejado y el malogrado Pedroso abrillantaban en *El Pensamiento Español* su reputación literaria, *La Esperanza*, blanco de apasionados ataques, que partían de todos los campos, mantuvo noble y ventajosamente la palestra; y sin contar con el trabajo, importante siempre, de D. Pedro de la Hoz, á quien no es necesario alabar, hay números en la colección de *La Esperanza* en que puede verse la firma del Sr. Vildósola al pie de tres ó cuatro artículos de polémica, en los cuales era preciso combatir principios y doctrinas sostenidos por adversarios de tan grande reputación como los ya citados.

Muchas veces el que escribe estas líneas ha oído decir al Sr. Vildósola: «No he sido, ni querido ser, sino periodista, y como periodista únicamente aspiro á que se diga de mí: Fué Director, solo ó con su hermano político, de periódicos de gran circulación y autoridad, casi todos los años de su vida, y ha muerto sin haber tenido un empleo ni una cruz, ni haber aceptado una subvención, sea del Gobierno, sea de amigos políticos, sea de empresas públicas y particulares.»

En su trato particular el Sr. Vildósola es llano, cariñoso, excelente amigo y persona de exquisita sensibilidad é indulgencia.

ISIDORO TERNERO Y GARRIDO.

Nació en el año de 1832 en Redecilla del Camino, provincia de Burgos.

Estudió la gramática en Belorado, la filosofía en el Instituto de Logroño y la carrera de leyes en la Universidad de Valladolid, obteniendo brillantes notas y el grado de Licenciado en 1857.

En el de 1858 se doctoró en la Universidad Central, siendo elegido en el propio año Diputado provincial por el distrito de la Mota del Marqués, provincia citada de Valladolid, y como resultado de sus convicciones políticas, nunca disimuladas, se le conocía, llamaba y respondía por «el carlista.»

En 1863 los tradicionalistas de la provincia de Guadalajara le eligieron Diputado á Cortes por aquella capital, y mientras desempeñó el expresado cargo estuvo constantemente al lado del inolvidable Aparisi y de Galindo de Vera, pero utilizando siempre todas las ocasiones para exponer y sustentar la idea carlista en la más pura ortodoxia.

Los años de 1868 al 70 los pasó el Sr. Ternero al lado y servicio del Sr. Duque de Madrid, que le honró con las más cariñosas distinciones.

En 1872 aparece como candidato por el distrito de su naturaleza, Miranda de Ebro, provincia de Burgos: el partido tradicionalista acude en masa á votarle, y D. Isidoro Ternero obtiene 8.700 votos, esto es, una mayoría considerable, pero como es ya sabido, los conocidos amaños del Gobierno se sobrepusieron entonces como lo han hecho siempre á la voluntad de los electores que debieron convencerse que en el sistema liberal todo es una farsa menos el presupuesto y las irregularidades. Actualmente, sólo por el bien del partido y para atajar su división inusitada, ha fundado *El Cabecilla*, acto que juzgará la posteridad carlista. Ternero pertenece á esas privilegiadas personas á quienes no se puede tratar sin quererlas.

LEONCIO GONZÁLEZ GRANDA.

Nació en Gijón en 1850.

El día 28 de Julio de 1869, siendo oficial del ejército, levantó la bandera carlista en Redipollos del Puerto, provincia de León, y á los dos días se unió con 80 hombres en las Bodas á D. Pedro Balanzátegui, nombrado Comandante General de la citada provincia.

A los cinco días de operaciones, rodeado de columnas enemigas, fué sorprendida por una de éstas la fuerza que mandaba, y pudo difícilmente evadirse, penetrando disfrazado en Potes; pero fué al fin

hecho prisionero, cerca de los Baños de la Hermida, por el oficial de la Guardia civil D. Alvaro González Para, que en vez de fusilarle, en conformidad con las órdenes que tenía, le condujo á Santander, siendo desde allí trasladado á León y sometido á un consejo de guerra, que le sentenció á pena capital, é indultado que fué de esta pena, se le impuso la inmediata de cadena perpetua, que á su vez se conmutó con la de deportación á Cuba para servir en el ejército en clase de soldado.

Trasladado á Madrid por la Guardia civil, y de aquí á Cádiz, donde sufrió crueles tratamientos en la Carraca, fué al fin embarcado en la fragata de guerra *Navas de Tolosa*, llegando á Cuba el 13 de enero de 1870, siendo el primer deportado carlista que después de la Revolución pisaba aquellas playas.

En Cuba permaneció hasta el mes de febrero de 1873, siendo tan valiosos é importantes sus servicios en aquella campaña, que recuperó todos sus grados y empleos en el Ejército.

Otorgándosele por enfermo el regreso á la península, llegó á ésta el 29 de febrero de 1873, é incontinenti, como dicen los escribanos, se incorporó en el Norte al ejército real, siendo destinado de capitán á la división Alavesa.

En el mes de noviembre, y después de haber sido maestro de cadetes, pasó á la división de Castilla. El tiempo que sirvió en la primera de las divisiones citadas, asistió á la toma de Mondragón, al ataque de Vergara, al sitio de Tolosa y á las acciones de Oyón, Mañeru y Puente la Reina. Encargado después de la tercera compañía en el tercer batallón de Castilla, tomó parte con ésta en los gloriosos hechos de armas que tuvieron lugar durante la campaña de Somorrostro.

En mayo se le destinó á mandar la tercera compañía del Real Cuerpo de Guías, y en junio siguiente organizó una compañía de cadetes, sometiendo á éstos á un meditado y completo plan de estudios.

Ascendido á comandante en setiembre de 1864, pasó de ayudante del general Mogrovejo, hasta que en los primeros días de diciembre se le confirió el mando del batallón cazadores de Palencia, quinto de Castilla, que organizó rápida y admirablemente en Orozco.

Con dicho batallón asistió á las acciones de Lacar y Lorca (obteniendo por su bizarro comportamiento la placa de segunda clase del Mérito militar, roja), y á las que tuvieron lugar en la llanada de Alava; y al frente también de su batallón desalojó el 20 de marzo al enemigo, que con fuerzas superiores se había apoderado del Valle de Losa.

Por los precedentes hechos de armas y otros muchos que por no ser difusos omitimos, y particularmente por el mérito que contrajo

el día 20 de junio en la acción de Carrasquedo, en que su batallón hizo más de trescientos prisioneros, fué ascendido á teniente coronel, y por la gran confianza que al Sr. D. Carlos inspiraba, fué nombrado por éste jefe de Estado Mayor de la división de Vizcaya, en sustitución y relevo del brigadier Costa, en fecha 10 de febrero; y el día 13 del propio mes, y á consecuencia de la batalla de Elgueta, obtuvo el empleo de coronel.

Fué también llamado por D. Carlos á Beasáin para que asistiera al Consejo de generales, último que presidió S... en aquellas azarosas circunstancias.

Emigrado en Francia, regresó á los siete meses á la península. Ha sido director de *La Crónica* de León, redactor hace cuatro años de *La Fe*, y hoy director de *El Cabecilla*.

RAFAEL BALANZÁTEGUI Y ESCOBAR.

Nació en Lesaca, Navarra, en 1853, y es hijo del mártir carlista y aventajado tipo de caballeros católicos D. Pedro Balanzátegui, gloria nacional de primer orden.

En el año de 1869 le mandó D. Carlos el Real despacho de alférez de Caballería á las órdenes de su citado señor padre, á quien se unió en 28 de julio del propio año en el pueblo de Fresnedo, montañas de León.

Comisionado para comunicar verbalmente á varias personas de León el estado angustioso en que, por falta de recursos, se encontraban las fuerzas puestas en armas, pasó, no sin ser conocido y con grave riesgo, á la citada ciudad.

Hallándose evacuando tan delicado encargo, fué preso y fusilado su señor padre el 6 de agosto de 1869; crimen horrible, cuyo triste recuerdo subleva, á pesar de los años transcurridos, el corazón de todo buen español.

En marzo de 1872 se dirigió á Francia, donde se le entregó otro Real despacho de teniente de Caballería; y regresando inmediatamente á España, se presentó al general Ollo, que, por carecer de Caballería organizada, le agregó al cuarto batallón de Navarra, tomando con él parte en la acción de Ganuza, ganada al general enemigo Sr. Portilla.

Pasó después al escuadrón del Rey, 1.º de Navarra, asistiendo á las acciones de Allo y Dicastillo, y á la batalla de Mañeru, obteniendo por su bizarro comportamiento la cruz Roja del Mérito Militar.

Trasladado al escuadrón de Alava, se encontró en la batalla de Montejurra; y ascendido á capitán fué destinado al regimiento de caballería de Borbón, en el que permaneció hasta la conclusión de la

guerra, y al entrar en Francia lo hizo formando parte de las tropas fieles que acompañaron á S. M., mereciendo de éste, lo propio que cuantos en idéntico caso se hallaban, el empleo inmediato ó sea la efectividad de comandante.

Dos años permaneció en la emigración, pasados los cuales volvió al lado de su querida y virtuosísima madre; y coincidiendo su llegada á Madrid con la fundación de *El Cabecilla*, forma hoy parte de este batallador y camorrista periódico.

Además de la cruz de primera clase del Mérito Militar, tiene Balanzátegui las de Montejurra y Carlos VII.

Basta leer detenida y desapasionadamente las precedentes biografías, que aunque escritas á vuela-pluma, como diría *El Liberal*, son exactísimas, para que todo hombre de recto criterio aquilate en su verdadero valor la criminal rebeldía y odiosa deslealtad que distingue y caracteriza á los hombres de *La Fe* y de *El Cabecilla*.

Porque hablando en plata (lo cual puedo muy bien hacer aunque no tenga un cuarto en el bolsillo) ¿qué bienes pueden reportar á la moderna, robusta y salvadora civilización que nos inunda esos imbéciles que todo lo sacrifican á sus convicciones religiosas y políticas?

¿Qué beneficios puede prometerse el país en general, y sus amigos en particular, si es que algunos tienen esos pobretes, de personas que como La Hoz y Vildósola cifran sus aspiraciones en vivir y morir sin haber tenido un empleo ni una cruz, ni haber aceptado subvención alguna, sea del gobierno, sea de amigos políticos, sea de empresas públicas ó particulares?

Con tales hombres el partido tradicionalista hubiera concluído indefectiblemente por asilarse en masa en San Bernardino, ó distribuirse á prorrata en los establecimientos que dirigen las Hermanitas de los pobres. En su escaso talento, y ofuscados por sus mezquinas inclinaciones, no han comprendido los menguados que nos ocupan, que siendo el presupuesto único sostén y baluarte del partido liberal, al presupuesto es á quien á toda costa debemos atacar, utilizando para apoderarnos de él todos los medios que la alta política nos proporciona, incluso el de jurar todas las constituciones conocidas y las que puedan confeccionarse en lo que resta de siglo.

Afortunadamente hoy está el pandero, esto es, el partido carlista, en manos que le sabrán repicar y alcanzaremos pronto los patrióticos y bucólicos ideales que nos proponemos y á que con leal desinterés aspiramos. Amén.

FELIPE DE URQUIJO.

Madrid 29 de Noviembre de 1882.

JUICIO DEL AÑO.

Un pórtico del tiempo. — EL AÑO 83, en estado embrionario, se halla delante de EL FACCIOSO, que está vestido con toga y birrete. — A su lado la bandera de DIOS, PATRIA Y REY. — A la izquierda la sombra de la FUSIÓN. — A la derecha la IZQUIERDA, también en sombra. — LOS CONSERVADORES, de mendigos. — En el fondo una puerta y en ella, vuelto de espaldas, EL DE LA CALABAZA, con el morrión y los poderes. — Empieza á oscurecer.

EL AÑO. (Lloriqueando.) Aquí estoy ya, señor Juez, llorando mi suerte adversa que antes de nacer me obliga á entrar en pública audiencia para que juzguen mis faltas ó sobras, si las tuviera.
¿Qué delito cometí?
¿Qué ley ó excepción me fuerza á dar cuenta de mi vida, si de ella no me doy cuenta?
¡Ay!

EL JUEZ. No es á ti, pobre diablo, á quien se juzga y condena; es á lo que tú nos traes y es á lo que tú nos llevas. Disponte, pues, á decir, con la mano en la conciencia, cuanto yo te preguntare:
¿qué es lo que ves á la izquierda?

AÑO. Señor, á esta parte están fundidos centro y derecha.

JUEZ. Mira á la derecha ahora:
¿qué ves?

AÑO. Aquí está la izquierda, y más allá unos mendigos gordos y hambrientos de veras.

JUEZ. Mira hácia atrás y ¿qué ves?

AÑO. Un busto sobre unas piernas,

- una calabáza encima
que le cubre la cabeza,
una boina, un morrión,
una corona, una teja,
todo junto y confundido,
todo puesto por montera.
- JUEZ.** Y ahora dime ¿quién soy yo?
AÑO. Bajo vuestra toga negra
se ve el cañón de un trabuco,
un garrote, unas correas,
y bajo vuestro birrete
cae una borla de seda.
- JUEZ.** Puesto que tan bien conoces
á todos, á hablar empieza.
AÑO. Señor, ignoro el consejo
que sabiamente dispuso
que yo nazca, como es uso
de todos los años, viejo.
Y soy viejo, señor Juez;
mi vida en encro empieza,
traigo nieve en la cabeza,
símbolo de la vejez.
Soy, pues, sesudo y formal,
y de este modo os advierto
que cuanto diga es muy cierto,
diga bien ó diga mal.
- JUEZ.** Lisonjero estás, barrunto.
AÑO. ¡Señor!...
- JUEZ.** Basta. — La fusión
¿qué ha de hacer en conclusión?
AÑO. Tiene rostro de difunto,
Y hará... que se deshará:
parte se volatiliza,
lo disuelto cristaliza,
el vaso se romperá,
y en el dolor de sus quejas
esparceránse sus restos
flotando los signos estos:
un tupé y unas orejas.
(Desvanécese la sombra de la FUSIÓN.)
- JUEZ.** Tienes profético el tono
y en la química estás fuerte.
Dime ¿cuál será la suerte

AÑO. de la izquierda con el trono?
Mucho á la izquierda le abona
para ganar el litigio
haber puesto al gorro frigio
la monárquica corona;
y como el mutuo socorro
corona y gorro se dén,
es seguro que también
pondrá á la corona el gorro.

(Desvanécese la IZQUIERDA, oyéndose á un tiempo *La Marsellesa* y *La March Real*.)

JUEZ. De suerte que!...

AÑO. No sé más.

JUEZ. Eres parco. — Y ¿qué me dices
de esos otros infelices?

AÑO. Señor, pues viéndolo estás,
¿qué voy á decirte yo?

JUEZ. Ya veo que son mendigos;
pero...

AÑO. Y del bien son testigos
que antes los esclavizó.
Largo tiempo han disfrutado
en opíparo banquete
y aun disfrutar se promete
su estómago, no saciado;
pero su brío se enerva
con los antiguos dulzores,
y ya los conservadores
se quedarán en conserva.

(Vánse los CONSERVADORES.)

JUEZ. Ahora, coge de la mano
á aquel de la calabaza
y dile que se le emplaza
ante mí.

AÑO. (Trayéndole.) Juez soberano,
aquí está ya.

EL DE LA CALABAZA. (Tapándose la cara con el mandil.) Aquí me ves;
¿qué me quieres, Juez severo?

JUEZ. Ni yo sé lo que te quiero;
pero es mucho. — Dime, pues,
ante todo ¿por qué así
te estás cubriendo la cara
con ese mandil de á vara?...

¿No respondes?
 EL DE LA CALABAZA. (Aparte.) ¡Ay de mí!
 JUEZ. Entonces dí, tu persona
 ¿qué representa? ¿quién eres?
 ¿qué indican esos poderes?...
 ¿por qué te has puesto corona
 y otras insignias que veo
 y que llaman mi atención,
 como boina, morrión,
 calabaza y solideo?... (Pausa.)
 Contesta, por Dios; me abraso
 por saber si tu vestido
 corresponde á un sér nacido
 ó corresponde á un payaso.

(Pausa. EL AÑO, que ha ido creciendo poco á poco, da un salto y se pone á horcajadas sobre los hombros de EL DE LA CALABAZA; hasta el fin del cuadro permanecerá así.)

JUEZ. (Á EL AÑO.) Habla tú: ¿por qué te subes
 á sus hombros?

AÑO. (En tono terrible.) Son mis mañas:
 ¡hunde el tiempo las montañas
 y desvanece las nubes!

JUEZ. Pero ¿no sabes quién es
 ése, ni cómo se nombra?

AÑO. ¿No le véis?... la vana sombra
 de un cerebro del revés;
 es la mueca de un verdugo,
 es un sátiro en ruína,
 una soberbia mezquina,
 una castaña sin jugo,
 un...

JUEZ. Le insultas; la verdad
 al fin y á la postre impera,
 y ese infeliz tal vez muera
 en olor de santidad.

AÑO. (Sacando del bolsillo un enorme botellín.)
 Puesto que se habla de olores,
 traigo en este botellín
 los que han recogido al fin
 todos mis predecesores.
 Perfumes que supo dar
 la vida de aqueste sér,
 vos, señor, los vais á oler,

yo los voy á destapar.
 Pero me exigen las cosas
 que obre con la mano izquierda:
 porque huele peor que rosas
 y es justo que no se pierda.
 Atended.

(EL AÑO destapa el botellín, del cual sale un vaho hediondo, lleno de verdades como puños. EL JUEZ se tapa las narices; EL AÑO, que ha crecido desmesuradamente, sufre con resignación heroica las oleadas del vaho; EL DE LA CALABAZA se desvanece y cae en tierra, siempre con EL AÑO encima.)

JUEZ. (Con angustia.) ¡Cierra, infeliz!
 AÑO. No puedo, es este mi sino.
 JUEZ. (Desolado, aparte.) ¡Oh filósofo Gabino;
 que no esté aquí tu nariz!
 (Á EL AÑO.) ¡Basta, que el olor arrecia!
 ¡Basta!

AÑO. No puedo, señor.
 Y ha de llegar este olor
 á las puertas de Venecia;
 y allí, y en cualquier ciudad,
 aun el más romo, sin ser
 filósofo, ha de saber
 á qué huele la verdad.
 Y entonces, á nueva vida
 nacerá vuestra bandera,
 y entonces paz duradera
 tendréis por mí conseguida. (Pausa.)
 Pero la muerte en su red
 me va prendiendo y me mata...
 ¡Ay!... que ya estiro la pata...
 ¡ay!... ¡ay!... ¡adios, señor juez!...

Mientras agoniza EL AÑO, EL DE LA CALABAZA, aplastado por el peso de aquél, se hunde en el polvo.—Vuelan por los aires los poderes y se oyen á lo lejos las armoniosas notas de la *Piitta*.

JUEZ. (Baja del estrado; quitase birrete y toga, quedando de militar con boina y trabuco.) Goces de perenne fama
 año ochenta y tres, si es cierto
 el que á mi vista has abierto,
 espléndido panorama. (Le abraza.)
 Te doy por ello un abrazo
 y si uno es poco, ahí van dos.
 Yo quedo rogando á Dios
 sin olvidarme del mazo.

(Cae el telón.)

FIESTAS MOVIBLES.

Domingo de Septuagésima, 21 de Enero.—Sexagésima, 28 de id.—Quincuagésima (Carnaval), 4 de Febrero.—Miércoles de Ceniza, 7 de id.—Domingo de Pasión, 11 de Marzo.—Domingo de Ramos, 18 id.—Domingo de Resurrección, 25 de id.—Ascensión del Señor, 3 de Mayo.—Domingo de Pentecostés, 13 de id.—Domingo de la Santísima Trinidad, 20 de id.—Corpus Christi, 24 de id.—Primer domingo de Adviento, 2 de Diciembre.

TÉMPORAS.

Primeras.—14, 16 y 17 de Febrero.—*Segundas.*—16, 18 y 19 de Mayo.—*Terceras.*—19, 21 y 22 de Setiembre.—*Cuartas.*—19, 21 y 22 de Diciembre.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y 2 de Abril.—Se cierran el 6 de Febrero y el 1.º de Diciembre.

ECLIPSES.

Abril, 21.—Parcial de Luna á las 9 horas, 23 minutos noche, *invisible* en Madrid.

Mayo, 6.—Total de Sol á las 9 horas, 19 minutos, 59 segundos, *invisible*.

Octubre, 16.—Parcial de Luna á las 6 horas, 20 minutos de la mañana, *visible*.

Octubre, 30.—Anular de Sol á las 11 horas, 12 minutos, *invisible*.

OTROS ECLIPSES.

Total de Capetillo, á la hora menos pensada, *visible* en todas partes.

Parcial del gran Oriente y compañía, inmediatamente despues del anterior.

FECHAS NOTABLES.

Una infausta: el día que se dieron los *Poderes* á Capetillo.

Otra fausta: el día que se los retiren.

SOL.		ENERO.—TIENE 31 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
7 25	4 44	1 Lun. <i>La Circuncisión del Señor.</i>	12 35N	12 5M
7 25	4 45	2 Mar. Venida de Ntra. Sra. á Zaragoza, y San Isidoro.	1 37	12 37
7 25	4 46	3 Miér. Ntra. Sra. del Pozo y Santa Genoveva.	2 36	1 17T
7 25	4 47	4 Juev. San Aquilino y Santa Benita.	3 47	1 56
7 25	4 48	5 Vier. San Telesforo y Santa Stilita.	4 57	2 46
7 25	4 49	6 Sáb. <i>La Adoración de los Stos. Reyes.</i>	6 16	3 35
7 25	4 50	7 Dom. San Raimundo y Julián.	7 5	3 52
7 24	4 51	8 Lun. Ntra. Sra. del Principio y San Luciano.	7 53M	4 12
7 24	4 52	9 Mar. Ntra Sra. de la Ayuda y San Marcelino.	8 42	5 30N
7 24	4 53	10 Miér. San Nicasio y San Guillermo.	9 22	6 47
7 24	4 54	11 Juev. San Higinio, Papa, y San Vitalio.	10 10	7 58
7 23	4 55	12 Vier. San Victoriano y San Nazario.	10 50	9 2
7 23	4 56	13 Sáb. Ntra. Sra. de Gracia.	11 23	10 3
7 23	4 57	14 Dom. San Hilario y San Malaquías.	11 35	11 3
7 22	4 58	15 Lun. San Mauro y San Pablo, ermit.	12 22	12 2
7 22	4 59	16 Mar. San Fulgencio y San Marcelo.	12 50	1 2M
7 21	5 0	17 Miér. Ntra. Sra. de la Providencia y San Antón.	1 20T	2 0T
7 21	5 1	18 Juev. La Cátedra de San Pedro en Roma y Santa Prisca.	1 50	3 2
7 21	5 2	19 Vier. Ntra. Sra. de Belén y San Mario.	2 24	4 4
7 19	5 3	20 Sáb. San Fabián y San Sebastián, mrs.	2 54	5 12
7 19	5 4	21 Dom. <i>de Setuagésima. El Dulce Nombre de Jesús</i> y Santa Inés, virgen.	3 24	6 25
7 18	5 5	22 Lun. San Gaudencio y San Vicente.	4 32	6 52
7 17	5 7	23 Mart. San Ildefonso.	5 46N	7 22
7 17	5 8	24 Miér. Ntra. Sra. de la Paz.	6 44	9 54
7 16	5 9	25 Juev. La Conversión de San Pablo.	7 40	8 30
7 16	5 10	26 Vier. Ntra. Sra. de la Luz.	8 39	8 59
7 15	5 11	27 Sáb. Ntra. Sra. de la Isla y San Juan.	9 33	9 34
7 14	5 13	28 Dom. <i>de Sexagésima.</i> San Tirso y Santa Inés.	10 27	10 7
7 13	5 14	29 Lun. San Valero, ob. y San Francisco de Sales.	11 12	10 54
7 12	5 15	30 Mar. Ntra. Sra. de la Corona.	12 15	11 25
7 11	5 16	31 Miér. San Pedro Nolasco, fundador.	1 24M	11 54

Pronósticos.—Durante este mes frios y hielos.

SOL.		FEBRERO.—TIENE 28 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
7 12	5 16	1 Juev. San Ignacio, ob. y mr., Santa Brígida, vg. y San Cecilio.— <i>Abstinencia.</i>	1 26 _M	11 35 _M
7 11	5 17	2 Vier. <i>La Purificación de Ntra. Sra.</i> , Santa Feliciano, San Cándido y San Cornelio.	2 23	12 19
7 10	5 19	3 Sáb. San Blas, ob. y mr. y San Ascario.	3 18	1 9 _T
7 9	5 20	4 Dom. <i>de Quincuagésima.</i> — <i>Carnaval.</i> San Andrés Corsino y San Aquilino.	4 12	2 6
7 8	5 21	5 Lun. Santa Agueda y San Felipe de Jesús.— <i>Anima.</i>	5 1	3 40
7 7	5 22	6 Mar. Santa Dorotea, vg. y San Amando. <i>Cierranse las velaciones. Anima.</i>	5 47	4 18
7 6	5 24	7 Miér. <i>de Ceniza.</i> San Romualdo, abad, San Ricardo y Santa Juliana, virgen.	6 28	5 29
7 5	5 25	8 Juev. San Juan de Mata, fund.	7 6	6 42 _N
7 4	5 26	9 Vier. Santa Polonia y San Alejandro.	7 42	7 54
7 2	5 27	10 Sáb. San Guillermo, Santa Escolástica y Santa Sotera, vírgenes.	8 17	9 7
7 1	5 29	11 Dom. <i>I de Cuaresma.</i> San Saturnino y San Lázaro, obispo.	8 53	10 19
7 0	5 30	12 Lun. San Modesto y Santa Eulalia.	9 31	11 29
6 59	5 31	13 Mar. Santa Catalina de Rizzi y San Benigno.	10 11	12 37
6 57	5 32	14 Mier. San Valentín y San Vidal. <i>Témp.</i>	10 56	00-00
6 56	5 34	15 Juev. San Faustino y San Jovita.	11 45	1 10 _M
6 54	5 35	16 Vier. San Elías y San Gregorio. <i>Témp.</i>	12 39	2 39
6 53	5 36	17 Sáb. San Julián de Capadocia. <i>Témp.</i>	1 36 _T	3 31
6 52	5 37	18 Dom. <i>II de Cuaresma.</i> San Simeón, San Máximo, San Claudio y San Eladio.	2 35	4 16
6 50	5 39	19 Lun. San Conrado y San Sabino, mr.	3 35	4 57
6 49	5 40	20 Mart. San Eleuterio y San Nemesio.	4 35	5 32
6 47	5 41	21 Miér. San Félix y San Maximiano.	5 33	6 4
6 46	5 42	22 Juev. Santa Margarita de Cortona.	6 31 _N	6 33
6 44	5 44	23 Vier. Santa Marta y San Florencio.	7 29	7 1
6 43	5 45	24 Sáb. San Avertano y San Modesto. <i>An.</i>	8 25	7 28
6 41	5 46	25 Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Matías. <i>An.</i>	9 22	7 56
6 40	5 47	26 Lun. San Faustino, obispo.	10 18	8 26
6 38	5 48	27 Mar. San Baldomero y San Lázaro.	11 15	8 58
6 37	5 50	28 Miér. San Román y San Teófilo, mrs.	12 11	9 33

Pronósticos.—Fríos, y acaso nieves.

SOL.		MARZO.—TIENE 31 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
6 35	5 53	1 Juev. Ntra. Sra. del Castillo y el Santo Angel de la Guarda. <i>Témpora.</i>	4 43N	11 43M
6 34	5 53	2 Vier. San Lucio y San Simplicio. <i>Abst.</i>	3 00	11 56
6 32	5 54	3 Sáb. San Emeterio. <i>Témpora.</i>	4 15	12 46
6 30	5 55	4 Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San Casimiro y San Adriano.	5 21	1 41T
6 29	5 56	5 Lun. San Eusebio y Ntra. Sra. de Africa.	6 6	3 6
6 27	5 57	6 Mart. San Cirilo y San Olegario, ob.	6 42M	4 11
6 25	5 58	7 Miér. Santo Tomás de Aquino.	7 2	4 58
6 24	5 59	8 Juev. San Juan de Dios. <i>B. Papal.</i>	7 23	5 30
6 22	6 0	9 Vier. San Ponciano y Santa Francisca, viuda. <i>Abstinencia.</i>	7 48	6 33N
6 20	6 1	10 Sáb. San Macario y San Melitón.	8 20	7 28
6 19	6 2	11 Dom. <i>de Pasión.</i> Santa Aurea.	8 51	8 30
6 17	6 3	12 Lun. San Gregorio el Magno.	9 27	9 28
6 16	6 4	13 Mar. San Salomón y San Leandro.	10 3	10 24
6 14	6 5	14 Miér. Santa Matilde y Santa Florentina.	10 41	11 22
6 12	6 7	15 Juev. San Aristóbulo y San Raimundo.	11 15	12 35
6 11	6 8	16 Vier. <i>de Dolores.</i> San Abraham. <i>Abst.</i>	11 50	1 38
6 9	6 9	17 Sáb. San Patricio, obispo.	12 25	2 35
6 7	6 10	18 Dom. <i>de Ramos.</i> San Braulio, obispo.	12 50	3 49
6 6	6 11	19 Lun. San José, esposo de la Virgen y Patrono de la Iglesia Universal.	2 3T	4 14
6 4	6 12	20 Mar. San Niceto y Santa Eufemia.	3 4	4 46
6 2	6 13	21 Miér. San Filemón.— <i>Abstinencia.</i>	4 6	5 16
6 1	6 14	22 Juev. <i>Santo.</i> Ntra. Sra. del Coro, Santa Lea y San Deogracias. <i>Abst.</i>	5 7	5 46
5 59	6 15	23 Vier. <i>Santo.</i> San Victoriano. <i>Abst.</i>	6 8N	6 49M
5 58	6 16	24 Sáb. <i>Santo.</i> San Agapito. <i>Abst.</i>	7 7	6 47
5 56	6 17	25 Dom. <i>Pascua de Resurrección.</i> — <i>La Anunciación de Ntra. Sra.</i> — <i>Bendición Papal.</i>	8 4	7 24
5 54	6 18	26 Lun. Ntra. Sra. de la Virtud y San Teodoro.	9 13	7 55
5 52	6 19	27 Mar. San Ruperto y Santa Sidia.	10 16	8 37
5 51	6 20	28 Miér. San Sixto III y Santa Esperanza.	11 23	9 24
5 49	6 21	29 Juev. San Siro y San Eustasio, abad.	12 31	10 21
5 47	6 22	30 Vier. San Régulo y San Quirico.	1 48	10 59
5 46	6 23	31 Sáb. San Amadeo y San Balbino.	3 12	11 34

Pronósticos.—Vientos, y acaso fríos.

SOL.		ABRIL.—TIENE 30 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
5 43	6 26	1 Dom. <i>de Cuasimodo</i> . Santa Teodora.	1 28 ^M	11 39 ^M
5 41	6 27	2 Lun. San Francisco de Paula. <i>Abrense las velaciones.</i>	2 11	12 44
5 40	6 28	3 Mar. San Benito de Palermo, San Ulpiano, San Ricardo y San Pancracio.	2 50	1 51 ^T
5 38	6 29	4 Miér. San Ambrosio y San Víctor.	3 28	3 2
5 36	6 30	5 Juev. San Vicente Ferrer.	4 4	4 14
5 35	6 31	6 Vier. San Celestino y San Sixto I.	4 40	5 28
5 33	6 32	7 Sáb. San Epifanio y San Ciriaco, mr.	5 17	6 43
5 31	6 33	8 Dom. La Divina Pastora y San Dionisio.	5 58	7 58 ^N
5 30	6 34	9 Lun. Santa María Cleofé y Santa Casilda.	6 42	9 10
5 28	6 35	10 Mar. San Daniel y San Ezequiel, prof.	7 31	10 17
5 26	6 36	11 Miér. San León el Magno y San Felipe.	8 25	11 17
5 25	6 37	12 Juev. San Víctor y Santa Susana.	9 22	12 10
5 23	6 39	13 Vier. San Hermenegildo y San Justino.	10 22	12 55
5 22	6 40	14 Sáb. San Tiburcio, San Máximo y San Valeriano.	11 23	12 00
5 20	6 41	15 Dom. El Patrocinio de San José y Santa Basilia.	12 23	1 34 ^M
5 18	6 42	16 Lun. Santo Toribio y Santa Engracia.	1 24 ^T	2 8
5 17	6 43	17 Mar. San Aniceto y San Elias, mr.	2 19	2 39
5 15	6 44	18 Mier. San Eleuterio y San Andrés Hibernón.	3 16	3 7
5 14	6 45	19 Juev. Ntra. Sra. del Milagro.	4 13	3 35
5 12	6 46	20 Vier. Santa Inés de Monte-Policiano, San Cesáreo y San Marcelino	5 9	4 3
5 11	6 47	21 Sáb. San Anselmo y San Simeón, mr.	6 6	4 31
5 9	6 48	22 Dom. San Sotero, San Cayo y San León, obispo.	7 2	5 2
5 8	6 49	23 Lun. San Jorge y San Gerardo, mrs.	7 59 ^N	5 35
5 6	6 50	24 Mar. San Gregorio y San Eusebio.	8 54	6 13
5 5	6 52	25 Mier. San Marcos. <i>Letanías.</i>	9 48	6 55
5 3	6 53	26 Juev. Ntra. Sra. del Buen Consejo y San Cleto.	10 38	7 42
5 2	6 54	27 Vier. Santo Toribio y San Anastasio.	11 25	8 34
4 59	6 55	28 Sáb. San Prudencio y San Vidal, mr.	12 9	9 31
4 59	6 56	29 Dom. San Pedro de Verona.	12 48	10 33
4 58	6 57	30 Lun. Ntra. Sra. del Villar, Santa Sofía y Santa Catalina. <i>Letanías.</i>	00 00	11 37

Pronósticos.—Menos fríos que en los meses anteriores.

SOL.		MAYO.—TIENE 31 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
4 59	6 56	1 Mar. San Felipe y Santiago, apóstol. <i>Letanías.</i>	2 39 ^M	2 10 ^T
4 58	6 57	2 Miér. Ntra. Sra. de la Cabeza. <i>Letanías. Aniversario por los héroes de la Independencia en Madrid, donde es fiesta.</i>	4 10	3 12
4 56	6 58	3 Juev. <i>La Ascensión del Señor</i> y la In- vención de la Santa Cruz.	4 42	4 11
4 55	6 59	4 Vier. Ntra. Sra. de la Luz.	5 17	5 5
4 54	7 00	5 Sáb. Conversión de San Agustín y San Pío V, Papa.	5 52	6 2
4 53	7 01	6 Dom. Ntra. Sra. del Aguila.	6 8	6 44
4 52	7 02	7 Lun. San Ubaldo y San Estanislao.	6 29	7 18
4 51	7 03	8 Mar. Ntra. Sra. del Camino.	6 42	7 34
4 49	7 04	9 Miér. San Gregorio Nacianceno.	7 24	9 8
4 48	7 05	10 Juev. San Cirilo y San Antonino, arz.	8 4	10 22
4 47	7 06	11 Vier. San Fabio y San Anastasio.	8 41	11 30
4 46	7 07	12 Sáb. Santo Domingo. <i>Abst.</i>	9 44	12 5
4 45	7 08	13 Dom. <i>de Pentecostés.</i> Ntra. Sra. de los Desamparados.	10 41	12 42
4 44	7 09	14 Lun. San Preconcio y San Pascual.	11 38	1 16 ^M
4 43	7 10	15 Mar. San Isidro. Fiesta en Madrid.	12 41	1 42
4 42	7 11	16 Miér. San Juan Nepomuceno. <i>Témp.</i>	1 36 ^T	2 8
4 41	7 12	17 Juev. San Pedro Regalado. <i>Anima.</i>	2 37	2 46
4 40	7 13	18 Vier. San Félix. <i>Témpora. Anima.</i>	3 36	3 15
4 39	7 14	19 Sáb. Ntra. Sra. de la Peña. <i>Témp.</i>	4 43	3 46
4 39	7 15	20 Dom. <i>SSma. Trinidad</i> y San Bernar- dino.	5 50	4 20
4 38	7 16	21 Lun. Ntra. Sra. del Cristal.	7 12	4 49
4 37	7 17	22 Mar. Santa Rita y Santa Quiteria.	8 30 ^N	5 32
4 36	7 18	23 Miér. Aparición de Santiago, apóstol.	9 50	6 16
4 36	7 19	24 Juev. <i>SSmum. Corpus Christi</i> y Santa Susana.	10 48	7 28
4 35	7 20	25 Vier. San Urbano y San Gregorio VII.	11 41	8 42
4 34	7 20	26 Sáb. San Felipe Neri y San Prisco.	12 34	9 24
4 34	7 21	27 Dom. Santa María Magdalena.	12 59	10 44
4 33	7 22	28 Lun. San Germán y San Justo.	1 40 ^M	12 4
4 32	7 23	29 Mar. San Voto y San Felix.	2 10	1 10 ^T
4 32	7 23	30 Miér. San Fernando, Rey de España.	2 40	2 12
4 31	7 24	31 Juev. La Madre del Amor Hermoso.	3 14	3 47

Pronósticos.— Va acercándose el verano.

SOL.		JUNIO.—TIENE 30 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
4 28	7 28	1 Vier. El Sagrado Corazón de Jesús, San Segundo y San Inigo, abad.	1 44 ^M	3 9 ^T
4 27	7 29	2 Sáb. San Marcelino y San Pedro, mrs.	2 22	4 21
4 27	7 29	3 Dom. El Purísimo Corazón de María, Santa Paula y Santa Clotilde, reina.	3 5	5 32
4 26	7 30	4 Lun. San Francisco Caracciolo, fund.	3 53	6 40
4 26	7 31	5 Mar. San Bonifacio y San Sancho, mr.	4 48	7 42
4 26	7 31	6 Miér. San Norberto y San Felipe, diác.	5 48	8 36 ^N
4 25	7 32	7 Juev. San Roberto y San Pablo.	6 51	9 24
4 25	7 33	8 Vier. San Salustiano y San Medardo.	7 54	10 4
4 25	7 33	9 Sáb. San Primo y San Feliciano, hers.	8 58	10 39
4 25	7 34	10 Dom. San Crispulo y San Restituto.	9 59	11 11
4 25	7 34	11 Lun. San Bernabé y San Fortunato.	10 58	11 40
4 24	7 35	12 Mar. San Juan de Sahagun y San Onofre.	11 56	12 8
4 24	7 35	13 Miér. San Antonio de Pádua y Santa Aquilina.	12 53	12 36
4 24	7 36	14 Juev. San Basilio el Magno.	1 50 ^T	00 00
4 24	7 36	15 Vier. San Modesto y San Vito, mrs.	2 46	1 5 ^M
4 24	7 36	16 Sáb. San Benón y San Marcelino, ob.	3 43	1 36
4 24	7 37	17 Dom. San Manuel y Santa Teresa.	4 40	2 11
4 25	7 37	18 Lun. San Marco y San Marceliano.	5 35	2 49
4 25	7 38	19 Mar. San Gervasio y San Protasio.	6 29	3 33
4 25	7 38	20 Mier. San Silverio y Santa Florentina.	7 20	4 23
4 25	7 38	21 Juev. San Raimundo y San Luis Gonzaga.	8 7	5 18
4 25	7 38	22 Vier. San Paulino y San Albano.	8 49 ^N	6 18
4 25	7 38	23 Sáb. San Juan y San Félix, mártires.	9 28	7 22
4 26	7 38	24 Dom. La Natividad de San Juan Bautista.	10 4	8 27
4 26	7 39	25 Lun. San Eloy y San Próspero.	10 38	9 34
4 26	7 39	26 Mar. San Pelayo y San Salvio, obispo.	11 11	10 41
4 27	7 39	27 Miér. San Zóilo y San Ladislao, rey.	11 45	11 49
4 27	7 39	28 Juev. San León II y San Argimiro, mr. <i>Vigilia y abstinencia.</i>	12 21	12 57
4 28	7 39	29 Vier. <i>San Pedro y San Pablo</i> , San Marcelo y San Anastasio. <i>Indulgencia plenaria.</i>	00 00	2 7 ^T
4 28	7 38	30 Sáb. La Conmemoración de San Pablo, Apóstol.	1 1 ^M	3 16

Pronósticos.—Calores, tal vez llueva.

SOL.		JULIO.—TIENE 31 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
4 32	7 35	1 Dom. San Casto y Santa Leonor.	3 20 _M	5 8 _T
4 32	7 35	2 Lun. La Visitación de Ntra. Sra. y San Odón.	3 58	6 9
4 33	7 34	3 Mar. San Eliodoro y San Trifón, mrs.	4 40	7 6
4 33	7 34	4 Miér. Santa Isabel, inf. de Aragón.	5 10	7 50
4 34	7 34	5 Juev. San Miguel de los Santos.	5 33	8 7
4 35	7 34	6 Vier. San Rómulo y San Isaías, prof.	6 24	8 36 _N
4 35	7 33	7 Sáb. San Fermín, obispo, patrón de Navarra, donde se celebra su fiesta.	7 29	9 9
4 36	7 33	8 Dom. San Auspicio y Santa Isabel, viuda.	8 27	9 44
4 37	7 33	9 Lun. San Alejandro y San Cirilo.	9 18	10 20
4 37	7 32	10 Mar. San Cristóbal y Santa Amalia, vg.	10 2	10 51
4 38	7 32	11 Miér. San Marciano y San Pío I, Papa.	11 8	11 19
4 39	7 31	12 Juev. San Juan Gualberto.	12 4	11 46
4 39	7 31	13 Vier. San Anacleto y San Eugenio.	1 8 _T	12 18
4 40	7 30	14 Sáb. San Buenaventura, obispo.	2 6	12 57
4 41	7 30	15 Dom. San Camilo de Lelis, San Enrique y Santa Julia.	3 15	1 34 _M
4 42	7 39	16 Lun. Ntra. Sra. del Carmen.	4 24	2 26
4 43	7 39	17 Mar. San Alejo y Santa Generosa.	5 40	3 15
4 44	7 28	18 Miér. Santa Marina y Santa Sinforsosa, virgen y mártir.	7 4	4 6
4 44	7 27	19 Juev. San Vicente Paúl.	8 22 _N	4 55
4 45	7 26	20 Vier. San Elías y Santa Severa.	9 10	6 12
4 46	7 26	21 Sáb. Santa Práxedes y San Víctor.	9 50	7 22
4 47	7 25	22 Dom. Santa María Magdalena, abogada de la peste.	10 30	8 28
4 48	7 24	23 Lun. Santa Brígida y San Liborio.	11 4	9 33
4 48	7 23	24 Mar. Santa Cristina, vg. y mr.	11 38	10 39
4 49	7 23	25 Miér. <i>Santiago Apóstol</i> , patrón de las Españas.	11 58	11 45
4 50	7 22	26 Juev. Santa Ana, patrona de Tudela.	12 18	12 57
4 51	7 21	27 Vier. San Pantaleón, fiesta en Juslibol (Zaragoza).	12 57	1 52 _T
4 52	7 20	28 Sáb. San Nicasio y San Celso.	1 30 _M	2 51
4 53	7 19	29 Dom. Santa Marta y Santa Serafina.	2 8	3 49
4 54	7 18	30 Lun. San Abdón y San Senén, mrs.	2 46	4 55
4 55	7 17	31 Mar. San Ignacio de Loyola, fiesta en Guipúzcoa y Vizcaya.	3 15	6 5

Pronósticos.—Más calor que en Junio.

SOL.		AGOSTO.—TIENE 31 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
4 53	7 18	1 Miér. San Pedro Advíncula.	3 23 ^m	5 53 ^T
4 54	7 17	2 Juev. Ntra. Sra. de los Angeles y San Máximo. <i>Jubileo de la Porciúncula.</i>	4 26	6 33
4 56	7 16	3 Vier. La Invención de San Estéban y San Eufonio.	5 29	7 9
4 56	7 15	4 Sáb. Santo Domingo de Guzmán.	6 30	7 41
4 58	7 13	5 Dom. Ntra. Sra. de las Nieves.	7 31	8 11 ^N
4 58	7 12	6 Lun. La Trasfiguración del Señor, Santos Justo y Pastor y San Sixto.	8 29	8 39
5 0	7 11	7 Mar. San Cayetano y San Alberto.	9 27	9 8
5 0	7 10	8 Miér. San Ciriaco y San Emiliano.	10 24	9 38
5 2	7 8	9 Juev. San Román y San Domiciano.	11 21	10 9
5 3	7 7	10 Vier. San Lorenzo y Santa Asteria.	12 17	10 44
5 4	7 6	11 Sáb. San Tiburcio y Santa Filomena.	1 13 ^r	11 23
5 5	7 4	12 Dom. Santa Clara, vg., y San Aniceto.	12 6	2 7
5 6	7 3	13 Lun. San Casiano y San Hipólito.	12 56	3 0
5 7	7 2	14 Mart. San Eusebio y Santa Anastasia.	00 00	3 50
		<i>Abstinencia.</i>	4 37	1 51 ^m
5 8	7 0	15 Miér. <i>La Asunción de Ntra. Sra.</i>	5 20	2 52
5 9	6 59	16 Juev. San Roque, San Jacinto y Santa Eufemia.	6 0	3 57
5 10	6 57	17 Vier. San Paulo y Santa Juliana, mrs.	6 38	5 5
5 11	6 56	18 Sáb. San Agápito y Santa Elena, emp.	7 14	6 15
5 12	6 54	19 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	7 49 ^N	7 25
5 13	6 53	20 Lun. San Bernardo y San Samuel.	8 25	8 37
5 14	6 51	21 Mar. Santa Juana Francisca Fremiot.	9 4	9 47
5 15	6 50	22 Miér. San Timoteo y San Sinforiano.	9 45	10 58
5 16	6 48	23 Juev. San Benito y San Donato.	10 31	12 6
5 17	6 47	24 Vier. San Bartolomé y Santa Aurea.	11 22	1 11 ^r
5 18	6 45	25 Sáb. San Luis y San Ginés Arlés, mr.	12 17	2 10
5 19	6 44	26 Dom. Ntra. Sra. de la Consolación y la Correa.	00 00	3 4
5 20	6 42	27 Lun. San José Calasanz y San Rufo.	1 16 ^m	3 51
5 21	6 40	28 Mar. San Moisés, San Quintín y San Pelayo.	2 17	4 32
5 22	6 39	29 Miér. La Degollación de San Juan Bautista.	3 19	5 9
5 23	6 37	30 Juev. Santa Rosa de Lima, virgen.	4 20	5 41
5 24	6 35	31 Vier. San Ramón Nonnato.		

Pronósticos.—Calores y truenos acaso.

SOL.		SETIEMBRE.—TIENE 30 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
5 26	6 33	1 Sáb. San Arturo y San Gil, obispo.	6 29	4 42 ^T
5 27	6 31	2 Dom. Ntra. Sra. de la Correa y San Antolín, mártir.	6 44	6 52
5 28	6 29	3 Lun. San Nonito y San Sandalio.	7 8	7 16 ^N
5 29	6 28	4 Mar. Santa Cándida y Santa Rosalía.	7 57	7 48
5 30	6 26	5 Miér. San Victoriano y Santa Obdulia.	8 56	8 17
5 31	6 25	6 Juev. San Eleuterio y Onesiforo.	9 57	8 48
5 32	6 23	7 Vier. Santa Regina, virgen y mártir.	10 54	9 25
5 33	6 21	8 Sáb. <i>La Natividad de Ntra. Sra.</i> Ntra. Sra. del Prado, patrona de Talavera de la Reina y San Adrián, mártir.	12 3	10 2
5 34	6 20	9 Dom. <i>El Dulce Nombre de María</i> y San Gorgonio.	1 12 ^T	10 43
5 35	6 18	10 Lun. San Nicolás de Tolentino, y Virgen de las Viñas.	2 35	11 34
5 36	6 16	11 Mar. San Proto y San Jacinto, mars.	3 30	12 32
5 37	6 15	12 Miér. San Eulogio y San Mirón.	4 43	1 24 ^M
5 38	6 13	13 Juev. San Amado y San Bayo.	5 33	2 32
5 39	6 11	14 Vier. Exaltación de la Santa Cruz.	6 14	3 44
5 40	6 09	15 Sáb. San Jeremías y San Nicomedes.	6 52 ^N	4 50
5 41	6 08	16 Dom. Dolores gloriosos de Ntra. Sra. y San Rogelio.	7 28	5 56
5 42	6 06	17 Lun. San Pedro Arbués, mr., Inquisidor general en Zaragoza.	7 56	7 5
5 43	6 04	18 Mar. Santo Tomás de Villanueva.	8 29	8 9
5 44	6 03	19 Miér. San Genaro.	8 58	9 18
5 45	6 01	20 Juev. San Eustaquio y Santa Susana.	9 32	10 22
5 46	5 59	21 Vier. San Mateo, apóstol.	10 2	11 33
5 47	5 58	22 Sáb. San Mauricio y San Jones.	10 30	12 40
5 48	5 56	23 Dom. San Lino y San Fausto.	11 00	1 58 ^T
5 49	5 54	24 Lun. Ntra. Sra. de la Merced y San Gerardo, mártir.	12 3	2 24
5 50	5 53	25 Mar. Santa Cleofé y Santa Pantaria.	1 4 ^M	3 12
5 51	5 52	26 Miér. San Orencio y San Cipriano.	2 6	3 44
5 52	5 50	27 Juev. San Cosme y San Damián, médicos.	3 00	4 21
5 53	5 48	28 Vier. San Simón y San Wenceslao.	3 55	4 56
5 54	5 46	29 Sáb. Dedicación de San Miguel Arcángel.	4 47	5 28
5 54	5 44	30 Dom. San Jerónimo y Santa Sofía.	5 40	6 00

Pronósticos.—Empieza otra vez el frío.

SOL.		OCTUBRE.—TIENE 31 DÍAS.		LUNA.	
SAL.	PON.			SAL.	PON.
5 56	5 42	1	Lun. El Santo Angel Tutelar de España.	6 7 ^M	5 41 ^T
5 57	5 44	2	Mar. Los Angeles Custodios y San Saturnio.	7 4	6 42
5 58	5 39	3	Miér. San Cándido y San Gerardo.	8 0	6 44 ^N
6 0	5 37	4	Juev. San Francisco de Asís, conf.	8 55	7 20
6 1	5 36	5	Vier. San Froilán y San Plácido.	9 50	7 59
6 2	5 34	6	Sáb. Santa Fe y San Bruno.	10 43	8 43
6 3	5 32	7	Dom. Ntra. Sra. del Rosario.	11 33	9 31
6 4	5 31	8	Lun. Santa Brígida y San Demetrio.	12 21	10 25
6 5	5 29	9	Mar. Ntra. Sra. de la Cinta y San Dionisio.	1 5 ^T	11 22
6 6	5 27	10	Miér. San Francisco de Borja, conf.	1 46	12 24
6 7	5 26	11	Juev. San Nicasio y San Germán.	2 24	00 00
6 8	5 24	12	Vier. Ntra. Sra. del Pilar. Fiesta en todo Aragón y feria en Zaragoza por 20 días.	3 1	1 29 ^M
6 10	5 22	13	Sáb. Ran Eduardo, rey, y San Fausto.	3 37	2 37
6 11	5 21	14	Dom. Ntra. Sra. del Remedio.	4 13	3 48
6 12	5 19	15	Lun. Santa Teresa de Jesús.	4 51	5 1
6 13	5 18	16	Mar. San Galo y San Florentino.	5 32	6 15
6 14	5 16	17	Miér. Santa Eduvigis y Santa Mamerta.	1 57 ^N	7 29
6 15	5 15	18	Juev. San Lúcas y San Víctor.	7 7	8 42
6 16	5 13	19	Vier. San Pedro Alcántara.	8 2	9 49
6 18	5 12	20	Sáb. San Juan Cancio y Santa Irene.	9 2	10 51
6 19	5 10	21	Dom. Santa Ursula y San Hilarión.	10 4	11 44
6 20	5 9	22	Lun. Santa María Salomé y San Marcos, obispo.	11 6	12 30
6 21	5 7	23	Mar. San Servando y San Pedro Pascual.	11 0 ^T	12 7
6 22	5 6	24	Miér. San Rafael Arcángel.	1 45	00 00
6 23	5 4	25	Juev. Ntra. Sra. de los Remedios.	2 17	1 7 ^M
6 25	5 3	26	Vier. San Luciano y San Evaristo.	2 47	2 6
6 26	5 2	27	Sáb. San Vicente y Santa Sabina, mr.	3 16	3 4
6 27	5 0	28	Dom. San Simón y San Judas, apóst. En Valencia fiesta á San L. Beltrán.	3 44	4 1
6 28	4 59	29	Lun. San Narciso y Santa Eusebia.	4 14	4 57
6 30	4 58	30	Mar. San Claudio y Santa Cenobia.	4 46	5 54
6 31	4 56	31	Miér. San Urbano y San Quintín. <i>Vigilia.</i>	6 50	5 20

Pronósticos.—Aumenta el frío.

SOL.		NOVIEMBRE.—TIENE 30 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PON.		SAL.	PON.
6 30	4 57	1 Juev. <i>La Fiesta de todos los Santos.</i>	7 44 ^M	6 8 ^N
6 31	4 56	2 Vier. Conmemoración de los fieles difuntos. <i>Jubileo en las parroquias.</i>	8 51	6 44
6 32	4 54	3 Sáb. Los innumerables mártires de Zaragoza.	10 00	7 31
6 34	4 53	4 Dom. San Carlos Borromeo, arz.	11 16	8 16
6 35	4 52	5 Lun. San Zacarias y Santa Isabel.	12 34	9 4
6 36	4 51	6 Mar. San Severo y San Vincio.	1 18 ^T	10 16
6 37	4 50	7 Miér. San Anastasio y San Florencio.	2 00	11 23
6 38	4 49	8 Juev. Los cuatro Santos Coronados.	2 43	12 30
6 40	4 48	9 Vier. San Tegdoro, San Orestes y San Sotero.	3 15	1 36 ^M
6 41	4 47	10 Sáb. San Probo y San Andrés Avelino.	3 48	2 37
6 42	4 46	11 Dom. <i>El Patrocinio de Ntra. Sra. Absolución general. Indulgencia plenaria.</i>	4 20	3 39
6 43	4 45	12 Lun. San Diego de Alcalá.	5 00	4 34
6 44	4 45	13 Mar. San Homobono y San Estanislao de Kosca.	5 31	5 40
6 46	4 44	14 Miér. San Rufo y San Serapio, abogado contra cólicos.	6 4 ^M	6 45
6 47	4 43	15 Juev. San Eugenio y San Leopoldo.	6 42	7 52
6 48	4 41	16 Vier. San Edmundo y San Fidencio.	7 19	9 00
6 49	4 42	17 Sáb. San Aciselo y San Gregorio Taumaturgo.	7 59	10 5
6 50	4 40	18 Dom. San Odón y San Maximino, obs.	8 22	11 24
6 51	4 39	19 Lun. Santa Isabel, reina de Hungría.	9 28	11 58
6 53	4 38	20 Mar. San Darío y San Félix de Valois. <i>Absolución general en la Trinidad.</i>	10 37	12 20
6 54	4 38	21 Miér. <i>La Presentación de Ntra. Sra.</i>	11 36	12 50
6 55	4 37	22 Juev. San Máuro y Santa Cecilia, vg.	12 35	1 17 ^T
6 56	4 36	23 Vier. San Clemente y Santa Lucrecia.	1 34 ^M	4 48
6 57	4 36	24 Sáb. San Juan de la Cruz.	2 29	2 8
6 58	4 35	25 Dom. San Mercurio y San Erasmo. <i>Absolución general.</i>	3 28	3 40
6 59	4 35	26 Lun. <i>Los Desposorios de Ntra. Sra.</i>	4 25	3 14
7 0	4 35	27 Mar. San Facundo y San Virgilio.	5 24	3 58
7 2	4 34	28 Miér. San Gregorio III, papa.	6 32	4 33
7 3	4 34	29 Juev. San Saturnino.	7 12	4 54
7 4	4 34	30 Vier. San Andrés y Santa Maura.	7 54	5 14

Pronósticos.—Fríos, quizá lluvias y aire.

SOL.		DICIEMBRE.—TIENE 31 DÍAS.	LUNA.	
SAL.	PO N.		SAL.	PON.
7 8	4 31	1 Sáb. San Eloy y Santa Natalia, viuda. <i>Se cierran las velaciones.</i>	8 16 _M	6 14 _N
7 9	4 31	2 Dom. <i>I de Adviento.</i> Santa Bibiana.	9 2	7 9
7 10	4 30	3 Lun. San Francisco Javier.	9 44	8 7
7 11	4 30	4 Mar. Santa Bárbara y San Félix, obp.	10 23	9 7
7 12	4 30	5 Miér. San Sabas y San Anastasio, mr.	10 59	10 10
7 13	4 30	6 Juev. San Nicolás de Bari, arzobispo.	11 33	11 14
7 14	4 30	7 Vier. San Ambrosio, obp. <i>Vigilia.</i>	12 7	12 20
7 15	4 30	8 Sáb. <i>La Purísima Concepción de Nuestra Señora.</i>	12 40	00 00
7 16	4 30	9 Dom. <i>II de Adviento.</i> Santa Leocadia.	1 15 _T	1 27 _M
7 16	4 30	10 Lun. Ntra. Sra. de Loreto y Santa Eulalia.	1 54	2 37
7 17	4 30	11 Mar. San Dámaso y San Sabino, obp.	2 37	3 48
7 18	4 30	12 Miér. Ntra. Sra. de Guadalupe, San Constancio y San Donato, mártires.	3 27	4 59
7 19	4 30	13 Juev. Santa Lucía vg., y San Antioco.	4 23	6 9
7 20	4 30	14 Vier. San Espiridión y San Nicasio.	5 24 _N	7 12
7 20	4 31	15 Sáb. Santa Cristina y San Eusebio.	6 30	8 9
7 21	4 31	16 Dom. <i>III de Adviento.</i> San Valentín.	7 36	8 59
7 22	4 31	17 Lun. San Lázaro y San Francisco de Sena.	8 41	9 41
7 22	4 32	18 Mar. Ntra. Sra. de la O y San Graciano.	9 45	10 18
7 23	4 32	19 Miér. San Nemesio. <i>Témpora.</i>	10 46	10 51
7 24	4 33	20 Juev. Santo Domingo de Silos y San Julio.	11 45	11 21
7 24	4 33	21 Vier. Santo Tomás y San Temístocles.	12 42	11 50
7 25	4 34	22 Sáb. San Demetrio. <i>Témpora.</i>	00 00	12 19
7 25	4 34	23 Dom. Santa Victoria y San Nicolás Factor. <i>Vigilia. Visita general de cárceles.</i>	1 39 _M	12 9
7 25	4 35	24 Lun. San Gregorio y San Eutimo, mrs.	2 35	1 21 _T
7 26	4 35	25 Mar. <i>La Natividad de Nuestro Señor. Indulgencia plenaria.</i>	3 31	1 57
7 26	4 36	26 Miér. San Esteban. <i>Indulgencia plen.</i>	4 26	2 36
7 26	4 37	27 Juev. San Juan y San Teodoro.	5 20	3 20
7 27	4 37	28 Vier. La Deg. de los Santos Inocentes.	6 11	4 8
7 27	4 38	29 Sáb. Santo Tomás Cantuariense, mr.	6 59	5 2
7 27	4 39	30 Dom. La Traslación de Santiago, ap.	7 44	6 0 _N
7 27	4 40	31 Lun. San Silvestre y Santo Domingo.	8 24	7 0

Pronósticos.—Grandes fríos.

DEDICATORIA.

Al Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal y Flor de Capetillo, exmilitiano, exmoderado, exdiputado isabelino, exfiscal de imprenta, exministro, exdirector de La Constancia, etc., etc.; defensor único que quiso ser del trono de doña Isabel; ángel tutelar de las Constituciones liberales; académico de la lengua; abonado al teatro de Lara; papá de periódicos grandullones, chiquitines y chiquirritillos; comensal de las nóminas canovistas y sagastinas, demandador y acusador de carlistas, mordaza del Episcopado insurgente, azote truculento de facciosos, tralla irresistible de discolos y rebeldes, Gran Kan, Gran Mogol, Gran Lama, Augusto, Magno, Dictator, Imperator, Summus Pontifex, Soldán, Califa y Archipiámpano.

Adorable Poderhabiente: Perdón os pido, oh integérrimo Señor, porque desde lo bajo de mi insignificancia me atrevo á levantar la voz hasta el plumero de vuestro lealísimo y bizarro morrión, y balbucir ante vuestro acatamiento, cual otro Valdespina, cual otro Sangarren, cual otro Palacios y cual otro Bérrix, temblorosas palabras de admiración y de alabanza. ¡Cuán conmovido y turbado me siento y cuánto deploro no poseer en este instante la melíflua garganta y los donairo-sos ademanes de las enamoradizas deidades de Lara; de esas sirenas virgíneas y pudorosas que dulcificaban vuestro temperamento, sazocaban vuestro tradicionalismo y encomiaban vuestros planes de peregrinación con paródicas canciones, púdicas miradas y mímicos zangoloteos! ¡Oh afortunadas actrices que lograsteis lo que no puede lograr el Papa, ni los Prelados, ni la mayoría sensata del tradicionalismo; y dichoso teatro que contemplaste á un magnífico y augusto cabo de vara por espacio de algunas noches desarmado, enchocheido y trocado en panal de miel...!

Pero si por un lado, oh Inclito de mis pecados, me abate y confunde la consideración de mi nulidad y bajeza, me reanima en cambio y me fortalece para empingorotarme hasta el trono de vuestra encabritada y garrafal Majestad, y ofrendaros este selecto y agridulce presente como prenda de mi acatamiento y veneración, la seguridad que tengo de que me abrirá clemente paso la muchedumbre de vuestras endiabladas centellas y vinagrosas maldiciones, así como de que

mi pobre firma *adhesiva* (pues también os la consagro) se desvanecerá con modesta prontitud entre las nubadas de ellas que pródigamente desembucha la maravillosa retorta de vuestra inventiva.

Yo, oh canonizable y bienaventurado Viador, desde que llegó á mis oídos la fausta nueva de vuestra providencial conversión al tradicionalismo, la cual os ha deparado el grato y justo sobrenombre de *moderno Pablo*, no he sosegado ni probado el vino hasta hallar ocasión de congratularme en vuestra compañía por este prodigio del presente siglo, y tributaros, todo confuso y avergonzado de mis ningunos merecimientos para ello, este ramillete, escaso en primores de labor, pero rico en aromas de rebeldía, en el cual tan solo colorean amanojadas flores del hermoso jardín tradicionalista, del que por dicha os han erigido en dueño y custodio absoluto.

Conozco, oh excelso y camorrista Patriarca, que mi ofrenda no puede igualar en cuantía á los beneficios sinnúmero y los favores *nunca vistos* que seguramente reportará, andando los tiempos y cuando las ranas crien pelo, la pobre grey carlista, de vuestra conversión misteriosa, que en forma de paternal solicitud y de amorosos desvelos se derrama ya dulcemente sobre nuestros atribulados corazones. Conozco, en fin, oh nuevo Israel, *ungido* por los Prelados de Gerona y de Barcelona, que son mucho más dignos ciertamente de vuestro sacrosanto y anfibológico ministerio los agasajos, primicias y alicientes con que os saludan y reverencian mensualmente las opíparas nóminas de los *malditos* Cánovas y Sagasta; pero no dudaréis, melindroso Poderhabiente, ni por un solo momento, que si yo por arte capetillesco me transmutara (libreme Santa Bárbara) en uno de ellos, tendría en poco centuplicaros el galardón que hoy os tributan, y archivar vuestro nombre y el milagro estupendo de vuestra conversión en bronceíneas páginas y marmóreas tablas.

Perdonad, regio Archipámpano, este arranque de la inexperta admiración y *cándido* entusiasmo de vuestro ínfimo vasallo, á quien tenéis cada vez más absorto y embobado.

EL FACCIOSO.

Madrid 29 de noviembre de 1882.

HIMNO Á LA LEGITIMIDAD.

Enseña salvadora, bandera inmaculada
Unida en dulces vínculos á nuestra fe sagrada;
¿Cuándo será que España descanse á tu redor?

Si entre congojas tristes se mira de tí lejos,
Tú tienes, sol que anhela, próximos reflejos
Para alentar su vida, para encender su amor.

¿Quién celebrar pudiera tu sin igual tesoro,
El lema que grabaron sobre tus cintas de oro
La tradición, la humana y la divina ley?

Osténtale á los vientos, elévale á los montes,
Dominen suelo y mares y vastos horizontes
Los nombres sacrosantos de Dios y Patria y Rey.

Por ellos, tú de España serás perenne escudo;
Por ellos, alentados en el combate rudo,
Más héroes han surgido que arenas tiene el mar...

¿Héroes?... es poco: llevan la fe por sola egida,
Y en holocausto puro al ofrecer la vida
De mártires, el mundo los sabe coronar.

Surgid y hablad, oh sombras augustas que venero;
La tumba abierta mire que guarda Valcovero,
Las cumbres de Navarra, los valles de Aragón...

Doquiera que dirijo la ansiosa mente mía,
Esecho entre los ayes de plácida agonía
Dulcísimos los ecos de Patria y Religión.

¡Oh lábaro sublime, antorcha de consuelo!
Grandeza soberana te quiso dar el cielo;
Consérvala en tus pliegues, consérvala en tu luz.

¡Dios, Patria, Rey, oh gloria del noble pueblo hispano!
La Patria y Dios no faltan; no olvide el Rey cristiano
Si lleva una corona, que encima está una cruz!

LEALTAD Y REBELDÍA.

No hay quizá cosa que más frecuente sea que los alardes de lealtad en boca de los hombres menos dispuestos á guardarla.

Es la lealtad cualidad excelentísima que sólo adorna á los grandes caracteres, á los hombres de sólida virtud, que muchas veces, siendo verdaderamente grandes, pasan por su humildad oscuros y desconocidos en el mundo.

Esos hombres perseverantes, fieles á una idea, adictos hasta morir á la persona que la simboliza, constantísimos en amar lo bueno y lo verdadero, arrostran todo género de sacrificios, afrontan la persecución y el infortunio, á trueque de sacar incólumes sus creencias y las instituciones en que se manifiestan.

Porque la lealtad no consiste sólo en permanecer fiel á un principio ó á un Soberano, en estarle sumiso y en amarle, en acudir á su llamamiento cuando lo verifique. La lealtad impone un deber mucho más arduo y principal; la lealtad obliga á vigilar por que el dogma que constituye nuestra creencia no sea adulterado so color de defenderle; obliga al súbdito bueno á no dejar al Príncipe á la discreción de los malos, que le harían perecer; obliga á luchar para rescatarle de la influencia dañosa de los perversos que consigan rodearle y que dolosa y pérfidamente, guiándole por las sendas del error, intenten conducirle á su perdición, de cuyas sendas han de procurar apartarle con valor y perseverancia, trayéndole al recto camino.

Esto es lo difícil; ésta es la gran prueba de la lealtad; porque los lisonjeros, los cortesanos, los falsos y fementidos, que consiguen atraerse el ánimo y la voluntad del Príncipe, álzanse violentos contra el que se atreve á proclamar la verdad; le calumnian, le ultrajan, le persiguen; represéntanle como rebelde, por immaculada que haya sido su vida y relevantes las pruebas de fidelidad que durante ella haya dado, y dicen de sí mismos que son los únicos puros, íntegros y leales.

Son los fariseos de la antigua ley que sacrificaron al Justo.

Entonces—es constante—el leal que ha osado denunciar un mal, señalar un riesgo, poner de manifiesto un error, cae en desgracia; el Soberano, seducido y engañado por los que se fingen sus mejores súbditos, al mismo tiempo que le explotan y le venden, retírale su confianza, y frecuentemente, sin oírle, le condena.

Este es el escollo con el que siempre han chocado los mejores capitanes, los hombres de más valía, los que más bravamente defen-

dieron á su Dios, más días de gloria dieron á su Patria y más constantes y generosos fueron en amar y servir á su Rey.

El Conde-Duque de Olivares, cuya dominación ha sido á España tan funesta, hizo decaer de la gracia de Felipe IV á D. Pedro Girón, Duque de Osuna, cuyas superiores cualidades le merecieron el título de Grande. El que trajo á la nación pérdidas sin cuento, apareció entonces á los ojos del Monarca como súbdito leal; y sobre el hombre de altas prendas, que fiel servía á su Soberano, la envidia hizo recaer sospechas de defección y de ambiciosos planes.

El Gran Capitán fué blanco de las intrigas de los cortesanos y de la inquina del Rey Católico, y el insigne y valiente caballero cristiano, el Duque de Alba, vióse sepultado, por manejos semejantes, en el castillo de Uceda.

Pero estos mismos valerosos soldados, estos distinguidísimos hombres de Estado, han sido los que elevaron á la patria á la más alta grandeza, los que conquistaron para ella y para sí mismos inmortal renombre y gloria inmarcesible.

Ellos brillan como astros esplendorosos en el cielo de nuestra historia, en tanto que sus innobles perseguidores, los que pasaron la vida mordiéndoles como víboras el talón, yacen del todo oscurecidos é ignorados.

El héroe legendario, el Cid Campeador, merced á villanas intrigas de cortesanos ruines, vióse más de una vez desterrado ignominiosamente de Castilla por su Rey D. Alfonso; mas él, prototipo de lealtad, conquistaba para el Soberano, que en desgracia le tenía, á Zaragoza, Toledo y Valencia.

Empero llegó un día en que las calumnias de los cortesanos y las medidas tomadas contra él por el Rey engañado, vinieron á punto de concluir la paciencia del bizarrísimo campeón; y tomando una resolución desesperada, entróse por las tierras de Castilla como enemigo, ganando á Logroño y Alfaro. Vió el Rey lo que había hecho el Cid, y vió que ninguno de los ricos-homes, sus miserables detractores, osaban salir á hacerle frente y á defender al Soberano, al que tanto habían lisonjeado; comprendió en aquel punto lo que al lado del héroe valian los cobardes, y le llamó á su lado, perdonándole su acción atrevida, puesto que él mismo había dado motivo á ella, seducido por ruines cortesanos.

Esta era la conducta del Cid; y no menos gráficamente le pinta su popular Romancero cuando, inducido de traidores el Rey Alfonso, después de dirigir al Cid, honor de sus reinos, amargas é injustas recriminaciones, de condenarle al destierro, de amenazarle con la horca, le impone silencio, hace prorrumpir al héroe ultrajado en estas palabras:

Téngovos de replicar,
 Y de contrallarvos tengo,
 Que no han pavor los valientes,
 Nin los non culpados miedo:
 Si finca muerta la honra
 A manos de los denuestos,
 Menos mal será enforcarme
 Que el mal que me habedes fecho...

.....
 Tal es el lenguaje de la antigua lealtad castellana, de la santa lealtad que vindica la verdad y el honor con brío y valentía, á riesgo de todos los peligros y desgracias. Es el lenguaje que usaron los mártires de la fe, ante los poderosos idólatras y apóstatas; es el lenguaje que usaron siempre, y usan hoy mismo, cuantos siguen las huellas de aquellos preclaros atletas, ante las imposiciones del error soberbio.

Ese lenguaje no lo conocen, no lo comprenden los falsos liberales de nuestros tiempos, los cesaristas tiranos que no piensan sino en imponer su altiva voluntad á los hombres.

Porque acontece hoy entre nosotros, en terreno tan delicado, una que si bien parece, y es, suprema desgracia, también es ocasión de que el mundo vea las muestras de viril constancia, de incomparable valor, de firmeza inquebrantable y de acrisolada lealtad que está dando la antigua comunión tradicionalista.

Tuvo la comunión tradicionalista la desgracia de que ingresase en ella, sin abandonar, á lo que se ve, sus hábitos de liberal doctrinario, uno que había recorrido todas las fases del liberalismo, procurando, al pasar de una á otra, acrecentar siempre su fortuna, y distinguiéndose en todas ellas por un odio manifiesto al tradicionalismo y á los Príncipes que como jefes de la comunión son considerados, no menos que por su condición soberbia, según testimonio de algún documento respetabilísimo que vió más de una vez la luz pública, condición ocasionada á crear hondas desavenencias.

Ese hombre obtuvo poderes del señor Duque de Madrid para representarle en España, y desde aquel punto la discordia irguió la cabeza; porque ese hombre, además de conservar, como se ha dicho, sus hábitos y sentimientos doctrinarios, es el prototipo de la ambición.

Él desobedeció al Duque de Madrid negándose á ir á su lado cuando le llamó; él hizo alarde de esa desobediencia en una carta célebre, en la que ofendió gravemente al que hoy llama su jefe; y, sin embargo, exige hoy á nombre de éste obediencia ciega, no á las órdenes que del jefe emanan, sino á sus propios errores.

Porque ese hombre, falseando las doctrinas del verdadero tradicionalismo y la conducta por éste seguida con inalterable constancia se pone enfrente de los Prelados de la Iglesia, los contraría, los ofende en periódicos que son el escándalo de los católicos, alguno de los cuales ha merecido las censuras episcopales, que todavía entiendo pesan sobre él, pues ignoro que haya hecho la explícita sumisión y retractación que debiera; y, por último, llega su osadía á llamar á algún dignísimo Prelado, ó consentir que se le llame en el periódico de su predilección, puesto que es el de la familia, *el enemigo*.

Mas he aquí que los verdaderos tradicionalistas, los que son tradicionalistas porque son católicos, los que siempre han proclamado y practicado la completa é incondicional sumisión del tradicionalismo, en materias religiosas, á los que Dios ha elegido para ser luz del mundo, piensen como quiera en política; los verdaderos tradicionalistas, repito, que estiman funestos á la comunión y contrarios á sus principios fundamentales los sustentados por el mandatario del señor Duque de Madrid, lo manifiestan así, y esto les vale que aquél se alce ciego de soberbia, y escudado con poderes que él estima cesáreos, excomulgue á cuantos le contradigan, los declare rebeldes y los colme de injurias y de ultrajes un día y otro día, durante meses y años.

Y el que esto hace no recuerda—á tal punto le ofusca el orgullo—que es el tráfuga de todos los partidos; que los hombres que él condena profesan y practican los principios que siempre han profesado y practicado, los mismos que seguían cuando el actual excomulgador, llamándose francamente liberal, sañudamente los combatía; en tanto que él ha sido, y probablemente seguirá siendo, el conculcador de todo género de principios; pero siempre medrando, siempre mandando, aunque siempre tenido como entidad de menos valer; siempre utilizando para sus aumentos sus apostasias.

El mandatario del Duque de Madrid, que llama traidores, vendidos al liberalismo á los tradicionalistas que no le siguen en sus errores, recibe mejora en su cesantía de un Gobierno alfonsino; y cobra esa cesantía, no por servicios prestados á la Patria en alguna carrera profesional ó facultativa, sino por servicios prestados al liberalismo como político liberal, en cuyo turbado golfo, sin ser experto piloto, arribó, como otras tantas medianías, á ministro de un Gobierno doctrinario.

Todos los días se le echa en cara al gran converso ese hecho que le pone en evidencia; y ese hombre—¡oh humana miseria!—no tiene corazón para hacer una de dos cosas: ó renunciar la cesantía, ó renunciar los poderes á todas luces incompatibles con ella; pues mien-

tras conserve ambas cosas, hay lugar á duda fundada respecto á quién sirve, si al que le dió los poderes como tradicionalista, ó al que le paga una crecida renta como doctrinario. Servir á entrambos á la vez no puede ser. ¿A cuál, pues, de los dos presta sus servicios?

Ello es que el liberalismo, contra su constante costumbre, le deja hacer uso libérrimo de los poderes que ostenta, aplaude sus pretendidos triunfos, y sus periódicos se convierten en trompetas de su fama.

Y, sin embargo, él y sus secuaces son los únicos puros, los únicos leales, mientras que los que toda su vida se han sacrificado y se sacrifican hoy por defender en su integridad los verdaderos principios tradicionalistas, que él antes combatió abiertamente y hoy falsea y desnaturaliza, esos son los rebeldes. Esto trae á la memoria la frase de Chateaubriand, que dice: «*Rebeldes* llamaban á los vendedanos aquellos que habfan conducido al patíbulo á Luis XVI.»

No importa. Esa rebeldía tiene en la historia muy gloriosos ejemplos, como ya hemos visto: los grandes héroes han sido en ese sentido considerados, y castigados como rebeldes, y no obstante, ellos han sacado incólumes los fueros de la justicia y la verdad, y dado á la Patria grandeza y brillo.

En tanto, torpes y ruines consejeros han perdido á los Monarcas y los han precipitado en las más grandes iniquidades.

Así pudo verse en una monarquía cristiana como la de Carlos III, que dominado este soberano por jansenistas, regalistas y volterianos, á su cabeza el Conde de Aranda, consumó la injusticia insigne, borrón de su reinado, cuyos móviles dijo se reservaba en su real ánimo; frase que es la confirmación plena de que el acto violento que sin forma de juicio se llevaba á cabo, era la realización del más duro y fiero despotismo, tal como pudieran usarlo los antiguos Césares.

Entonces ¡ay! no hubo *rebeldes* que protestáran contra la horrible iniquidad; pero para protestar quedó la historia, que se mantendrá, respecto á ese acto abominable y sus execrables autores, en *eterna rebeldía*.

A hechos semejantes puede llegarse con los principios que plantea y sustenta el representante del Sr. Duque de Madrid; mas los verdaderos tradicionalistas, fieles á su dogma político y religioso, rechazan el regalismo y rechazan el cesarismo; quieren la monarquía católica que siempre han defendido, monarquía verdaderamente libre, fundada en la religión y la justicia; tienen, en una palabra, como ha dicho Aparisi, «por sus mejores y más legítimos caudillos, á los que sepan defender con más acierto y valor el estandarte de Constantino.»

No importa que al oír estas protestas prorrumpa el mandatorio

del Duque de Madrid en denuestos é injurias contra los que las formulan; no importa que los apellide traidores, vendidos al liberalismo, el liberal de siempre, servidor aprovechado de todos los partidos; no importa que fulmine contra ellos su iracundo anatema: los tradicionalistas permanecen, en medio de estos rayos que no les hieren, fieles al cumplimiento del deber, atentos á la voz de la conciencia que exige proclamar y defender con valor y ánimo entero la verdad.

Y si por obrar de este modo se les apellida rebeldes, su conciencia les grita que no son sino consecuentes, honrados y leales.

No es lealtad seguir por rumbos de perdición á un hombre que es notorio sólo ansia dar satisfacción á sus personales é imperiosas pretensiones: lealtad es abandonar al insensato que nos pierde, y abrazados á la antigua bandera, mantenerla enhiesta contra los francos y naturales adversarios y los que con faz de amigos la desgarran.

VALENTÍN DE NOVOA.

Orense, noviembre 11 de 1882.

LLAMARADA.

Cuentan que Maroto un día
 Tan envanecido estaba,
 Que sólo se contentaba
 Con elogios á porfia.
 —¿Habrà otro (entre sí decía)
 Más pillo y traidor que yo?—
 Y cuando el rostro volvió
 Halló la respuesta, viendo
 Que iba otro traidor vendiendo
 Los leales que él no vendió.

UN APAGALUCES.

ACERTIJOS.

- 1.º—¿En qué se parecen las cortinas á la cera?
- 2.º—¿En qué se parece un íntegro á la catedral de Sevilla?
- 3.º—¿Y los problemas á los tumores?
- 4.º—¿Y Nocedal á un carnero?
- 5.º—¿Y los militares á la noche?
- 6.º—¿Y Melgar á las viruelas?
- 7.º—¿Y los barcos á los ríos?
- 8.º—¿Y los *Poderes* de Capetillo á Gibraltar?
- 9.º—¿Y un aparador á un parque?
- 10.º—¿Y Nocedal á un lazarillo?

(*La solución más adelante*)

—Pero, muchacho, ¿qué ruido era ese de anoche abajo en la tienda?

—¡Ah!..... era que

Por entre cacharros,
Seguido de perros,
No digo corría,
volaba un *conejo*,

UN RECUERDO A NUESTROS CRISTIANOS PADRES.

Permitidme vosotros, queridos lectores, que aun conserváis el sagrado depósito que nos legaron nuestros religiosos padres de la fe y de la piedad que fué en más felices tiempos tan sobresaliente y característica en esta hoy pobre y aherrojada patria nuestra; vosotros, que aun no habéis olvidado ni perdido la cristiana costumbre de leer el santo del día y de rezar el rosario; permitidme, ¡oh! sí, que consagre una lágrima de gratitud y un recuerdo filial á aquellos queridos seres de nuestro corazón, á aquellos que supieron vivir como verdaderos y purísimos cristianos y esculpir en nuestras almas los

sentimientos religiosos, que son la vida y la savia del miserable mortal.

¡Recordáis, queridos lectores, aquella vida santa, aquellas costumbres patriarcales, aquel cumplir con sus deberes, aquel celo religioso por la causa de Dios y de su Iglesia santa, aquella caridad para con sus semejantes; aquel ejemplo que daban á sus hijos, aquella educación cristiana y religiosa que en buen hora grabaron en nuestra alma tan sólida y tan firme que ni el infernal huracán del liberalismo impío y descreído ha podido arrancar de nuestros corazones?

¡Ah, padres queridos que yacéis bajo la losa fría del sepulcro, benditos seáis para siempre!

¡Sereis adorados á quienes debemos un corazón cristiano y profundamente religioso y español! que Dios os premie con la gloria vuestra fe fervientemente católica y vuestra vida perfectamente cristiana!

Pero, ¡ay de nosotros! que desde el cielo nos contemplan, y pidenos cuenta estrecha de aquel hermoso depósito de nuestra fe, de nuestra piedad y de nuestras creencias. ¿Qué uso habéis hecho de él? nos preguntan. ¿Dónde están aquellos soberbios templos, admiración del mundo, que inspiraban con solo verles piedad y devoción al Dios de la creación?

¿Dónde aquellos austeros monasterios consagrados á la oración y á dirigir plegarias y ruegos á nuestro Dios que nos crió, á Jesucristo que nos redimió con su preciosa sangre y que es el autor de nuestra existencia y de nuestra alma?

¡Ay! los unos dedicados á espectáculos profanos, y aun podríamos decir paganos; los otros... á albergue de malvados y á presidios de criminales. Tal es hoy la España de los Felipes y de los Carlos, y la España de los Reyes Católicos.

¡Españoles cristianos y católicos que aun veneráis los timbres de gloria que nos legaron nuestros ilustres y piadosos progenitores, derramad lágrimas de dolor, de pena y de angustia, al contemplar lo que fué la España tradicionalista y cristiana, y lo que es hoy esta pobre patria nuestra, revolucionaria, liberticida y atea!

Verdad es que Dios es justo en todos sus actos para con la miserable humanidad, y siempre ha sabido recompensar á cada cual según sus méritos y su vida. A aquellos piadosos varones que sólo pensaron en cumplir el fin para que habían sido creados, en ganar el pan con el honrado sudor de sus frentes venerables, en infundir á sus hijos el santo temor de Dios y sus deberes para con el autor de todo lo creado, para con la patria en que vieron la luz primera, y para con sus hermanos en Jesucristo, les otorgaba á manos llenas copiosos frutos de bendición y de amor.

¿Recordáis cuán felices veían resbalar los días de su fugaz existencia, aquellos padres queridos que unidos en santo matrimonio cumplían cristianamente sus santos fines, enseñando á sus tiernos hijos el único camino que puede conducirnos á la patria celestial, que es nuestra verdadera patria?

Yo recuerdo haber visto en el tranquilo hogar en que nací, aquella unión conyugal bendecida por la Iglesia, en donde se veía retratada la alegría más pura al par que sólida de aquellos hermosos y cristianos corazones.

No podré olvidar jamás las palabras de aquel padre querido que me decía:— ¿Quieres ser feliz, hijo del alma? Pues sé verdaderamente cristiano. Pon toda tu convicción en amar á Dios, y sea toda tu gloria el cumplir honradamente todas tus obligaciones.

Cuando pienso en aquella sobriedad de costumbres, en aquel puro amor conyugal que hacía de dos almas una sola, cristiana y santa; cuando recuerdo que ya rendidos aquellos cuerpos por el trabajo, al terminar las cotidianas faenas iban á recogerse en el honrado tálamo nupcial en busca del apetecido y necesario descanso, se me representan al vivo y podría retratar con toda exactitud aquellas queridas fisonomías radiantes de una alegría dulce, tranquila y verdadera, que nada turbaba y que podía interpretarse como el preludio de las alegrías del cielo. ¡Ah ilustres varones, honra y gloria de la España católica y profundamente religiosa, benditos seáis por toda una eternidad! Los deudos y admiradores de vuestras virtudes, que viven hoy llorando las desventajas de la patria, y que desean imitar vuestro religioso patriotismo y vuestras virtudes de ciudadanos cristianos, os bendicen y glorifican.

Pretendidos sabios de nuestros días que habéis renegado de vuestros progenitores; vosotros que debieráis tener á orgullo el ser hijos de insignes varones que tantos días de gloria dieron á nuestra patria querida, y que habéis olvidado de ellos que no es posible ser sabios sin el santo temor de Dios; vosotros que para ilustrarnos habéis empezado por arrancar del suelo patrio aquella fe, aquellas creencias, aquellas costumbres, aquella vida cristiana que hacía perfectos hombres de bien y patriotas como los Guzmanes, los Daoiz y los Velardes; ¡contemplad el horrendo abismo de males á que nos habéis conducido! Hoy, aquella vida cristiana, sobria y tranquila, ha sido sustituida por un verdadero infierno en que luchamos hermanos contra hermanos. Hoy, gracias á esa filosofía racionalista y atea de nuestros días, ni aun sombra de aquellas santas costumbres nos habéis dejado. Hoy, al Dios de la creación le habéis sustituido por el infame becerro de oro, que os sirve para satisfacer todas vuestras pasiones. Los lugares en donde se le daba piadoso culto, los habéis

convertido en lupanares donde se dan espectáculos, juegos, fiestas, convites, y en donde se ostentan impúdicamente el fausto, suntuosidades mundanas, lujo corruptor y mil y mil deleites sensuales, en los que cuanto más se busca la felicidad, más se separa de nosotros.

Hoy el mundo no es más que una especie de tráfico y de juego en el que todos perdemos el reposo, la libertad, la tranquilidad y la paz de nuestras conciencias. Mirad el rostro de toda esta nueva generación materialista, y en todos hallaréis un aire sombrío, triste y melancólico. Si descendéis á los pueblos todos, la horrible calamidad del hambre se deja sentir por do quiera amenazando acabar con nuestra sociedad sensualista y puede decirse pagana.

Estas y otras dichas nos ha traído el malhadado árbol del liberalismo revolucionario, impío y descreído.

Y vosotros que sois la causa de tanto mal, de tanta desgracia y de tanta infamia, os otrevéis á gritar hoy: ¡abajo el socialismo! fruto de vuestras iniquidades; vosotros que os apoderasteis de los bienes de las iglesias, de las órdenes monásticas, de los hospitales y demás asilos de los pobres, no tenéis más remedio que andar todo el camino de desolación. Los crímenes que habéis cometido caerán sobre vuestras cabezas y aun sobre las de los que nos encontramos inocentes de tan inauditas monstruosidades. Pero la justicia de Dios, al fin, mal que os pese, se abrirá paso; y ¡ay de vosotros el día de las venganzas de un Dios indignado y ofendido, porque entonces querréis convertirnos y no se os dará tiempo ni ocasión, y será tarde para alcanzar misericordia!

Entre tanto nosotros, los que gracias á Dios aun somos cristianos católicos y verdaderamente españoles; los que aun conservamos el sagrado depósito de la fe y de la piedad de nuestros religiosos progenitores; los que estamos dispuestos á morir defendiendo siempre las gloriosas tradiciones de la España católica y monárquica, oremos sin cesar para que Dios se apiade de nuestra patria querida. ¡Que el cielo haga que las tinieblas en que nos vemos envueltos sean sustituidas por el refulgente sol del día de la restauración religiosa y política de nuestra amada patria, que es la patria de los Recaredos y de los Fernandos, la heroica y religiosa patria de nuestros piadosos padres!

ISIDORO TERNERO Y GARRIDO.

OCURENCIAS.

—¿Qué sería del genio si las contradicciones y adversidades le arredrasen?

—El fanatismo es el entusiasmo de la ignorancia, y la malicia su sabiduría.

—Los defectos de los hombres no serían tan aversivos ni tan desastrosos, si de ordinario no los emponzoñara la soberbia ó el egoísmo.

—Si en su viaje por la sociedad encontrasen los hombres tantos protectores como consejeros, otro gallo les cantára.

CHIRUMEN.

GRAJEAS.

En unos exámenes:

—¿Qué sabe V. de Loth?

—A punto fijo sólo sé que murió mucho tiempo antes del establecimiento de la Lotería.

—¿Puede V. decirme algo de la antigua Media?

—Sí, señor, que ahora apenas sirve para calcetín.

*
* *

En otros:

—¿Qué diferencias halla V. entre el Derecho y la Moral?

—Que el Derecho es del género masculino y la Moral del femenino.

*
* *

En los de más allá:

—¿Qué opiniones conoce V. acerca del sitio que ocupa el alma en el cuerpo del hombre?

—Hay varias: unos la suponen en la cabeza, otros en el vientre y los más que está esparcida por todo el organismo.

—¿Y á cuál de ellas se inclina V.?

—Yo distingo dos casos: cuando el hombre vive, creo que está dentro del cuerpo; y cuando muere, fuera.

*
* *

Aquesta compensación
veo yo en la terquedad:
que es fuerte la voluntad
cuanto flaca la razón.

* * *

—¡Qué simple eres!—decía un necio á su mujer en són de censura.—Estás viendo que de propósito llevo todo el día el sombrero al revés para que te asombres de lo descuidado que soy en las cosas de poca monta, y todavía no me has dicho una palabra de extrañeza.

EXTRAVAGANCIA YANKEE.

Hay establecida en algunas poblaciones de los Estados Unidos una sociedad titulada *Los Cochinos*, en la cual se congregan para sus altos fines las personas más puercas de la ciudad.

Para ingresar en la Sociedad hay que sufrir antes un examen de *marranería* ante un tribunal competente, que aprueba ó da calabazas, según el juicio que forma de los examinados.

Para ser admitido á este examen hay que presentar, como es consiguiente, una solicitud en la secretaria del loable instituto.

Un aspirante á *cochino*, deseando contraer méritos para obtener el gran honor de ser socio, extendió su solicitud, se aseó con ella el revés de la barriga, y metida después en un sobre, la remitió al secretario.

Llegado el día del examen, se levantó éste ante un público respetable para abrir las solicitudes y leerlas en alta voz; así lo hizo, y al tropezar con la de nuestro hombre, la mostró asombrado á los concurrentes, diciendo:

—¡Señores, creo que, en vista de esto, ya no hay necesidad de someter á más examen al solicitante!

Todos los asistentes aplaudieron; pero de pronto se levantó uno, é indignado, prorrumpió en estos términos:

—De ningún modo; antes al contrario, debe declarársele inhabilitado perpetuamente para ser socio nuestro. . .

—¿Cómo? ¿Por qué?—murmura la concurrencia.

—Sí, señores, porque en nuestra Sociedad nadie se cuida de asearse lo que este señor.

—Vamos, Arturo, ¿no te vienes al teatro?

—¡Ps!..., me parece que no...; estoy emperezado y me aburriría en el palco...

—¡Quita, hombre, si tenemos estreno!

—Lo dicho, Pepe...; los estrenos son mejores á los cuatro ó cinco días.

*
**

Negándolo todo Andrés,
Andrés á todo contesta;
que justa venganza es ésta
de quien tan negado es.

*
**

Había acudido un profesor de Gramática á un convite, y como todos los invitados se fuesen colocando y él no acertase á encontrar su asiento, se determinó á acercarse á uno de los comensales de la cabecera, y le preguntó:

—¿Me dispensará el favor de indicarme qué debo hacer yo en este caso?

—En éste nada; póngase V. en *ablativo*.

PENSAMIENTOS.

La ambición que se apoya en el crimen se destruye á sí misma. —
Cristina de Suecia.

*
**

Tal es la naturaleza del hombre: quien siembra desprecio y ultraje, recoge furor y venganza.

Para dirigir al hombre, el medio más indigno y más débil es la fuerza. —*Balmes.*

*
**

Los que piensan que las guerras civiles debilitan á un pueblo, tienen contra sí la historia entera. —*César Cantú.*

APUNTES DE VIAJE TRASPAPELADOS.

Préambulo.—La salida de Vizcaya.—La Catedral de Burgos.—Tierra de Palencia. — En Valladolid. — Paralelos.

Conocía yo un señor que se moría por verse en letras de molde, y aunque es necesario hoy hacer bien poco para conseguir esto, no hubo ni un mal revistero por ahí que le dedicase jamás un suelto.

Despechado, ideó un medio de conseguir su deseo, y fué á suscribirse á una docena de periódicos de fuera de la localidad.

Así, al recibir el correo, contemplaba diariamente con fruición, en las fajas de papel, su nombre y apellido en letras de molde de variadas formas y tamaños.

Alguien me podrá acaso atribuir el mal gusto de que adolecía este buen señor; pero sepa ese tal, que las más de las veces que me leo en letras de molde es por complacer á amigos á quienes no me puedo negar. Esto sucede puntualmente en el caso presente.

Se me dirá que no hay necesidad de que suscriba mis artículos: pero estoy con el que dijo (Prescott, si no recuerdo mal) que nadie debe atreverse á escribir lo que no se atreve á firmar. Sin embargo, la amistad no me fuerza tanto que me haga revocar el propósito que he formado de hacer en adelante poco y malo con mi roñada pluma por ver si dejan de importunarme. El que leyere los descabalados apuntes siguientes se convencerá de que mi propósito es verdadero.

Hay en el Norte de España un pueblo noble y heroico y altivo á la vez, porque tiene conciencia de lo que vale. Los que no le conocen le desprecian; los que lo han estudiado le admiran y le hacen justicia. Algunos le motejan de fanático; pero digo yo ahora con un escritor euskaro, con J. Roure: «Y los fanáticos del amor y los que lo hayan sido alguna vez de la tristeza, ¿no han de perdonar á un pueblo que tenga el fanatismo de su religión, y no le han de perdonar, si la religión de ese pueblo es la del Crucificado, ¡la del Crucificado...! toda tristeza y todo amor?»

Se trata también á ese pueblo de egoísta, y sin embargo, cuantas veces se ha levantado en armas es porque ha dicho: *No queremos nuestra libertad á costa de la esclavitud de nuestra Patria; viéndola,*

como la veía, cruelmente vejada por los tiranuelos que engendra el liberalismo.

Por eso, al subir la peña de Orduña en dirección á Miranda y dejar atrás al Gorbea gigantesco asomar sobre las demás montañas su venerable cabeza, ceñida con una faja de niebla como rey antiguo con diadema de finísimo lino, he dicho siempre descubriéndome con amor y respeto: ¡Adiós Vizcaya...!

—

Cuentan de un madrileño, habitante de las orillas del Manzanares, donde éste está abrumado con el enorme peso de los puentes de Toledo y Segovia, que viajando por España y llegando al Ebro le preguntaron: —¿Qué le parece á V. de este río?—Y contestó lleno de ese espíritu centralizador que anima á Madrid:—Para ser un río de provincia, como lo es, me parece bastante caudaloso.—

Pues ahí van ahora estas notas de mi cartera, tomadas con todo el desenfado de un *provinciano*, que son las impresiones de mi primer viaje á Madrid.

La Catedral de Burgos, vista desde la Estación, me pareció un juguete: por algo dijo el Emperador Carlos V, al contemplarla, que debiera tener una funda con que se la cubriese.

El siguiente diálogo lo cogí, no al vuelo, sino á la parada:

—Ahí tiene V. la gótica Catedral de Burgos,—dijo uno que venía en mi mismo departamento á un francés que se sentaba á su lado mostrando en el ojal de la levita la cinta de la Legión de Honor y que iba á Madrid con una comisión importante.

—¡Oh! parece antigua.

—Bastante.

—¿Obra de los romanos?

—Algo posterior.

—¡Ah! ¿de los árabes, tal vez?

—Que se quemara V.

.....
 Conviene saber que la Catedral de Burgos no tiene nada de romano y menos de mudéjar, sino que es de purísimo estilo gótico, y la erigió San Fernando, que hizo consistir en su fundación uno de los timbres gloriosos de su historia.

El francés no entendía una jota de arte, pero tampoco sabía palote de historia. Mas lo que ignoraba por completo era la geografía.

Prueba al canto.

—Pues ¿de dónde es V.?—preguntó á su compañero de viaje, luego que contó maravillas de su pueblo.

—Yo de Tarifa.

—¡Oh! ¡Tarifa, Tarifa! ¿Y es población importante?

—La primera de España.

Y decía verdad el andaluz, porque es la primera viniendo del Africa.

Los pueblos de la provincia de Palencia me parecieron barro cristalizado en cubos: las casas parecen brotadas de la tierra como los hongos. Raro es el propietario que se permite el lujo de revestir los adobes de su casa con un baño de cal. Aquellas llanadas inmensas que terminan en áridas colinas aplanan el ánimo del menos hipocondriaco. Con verdad ha dicho Adolfo Aguirre, amensísimo escritor bilbaíno, que diez meses en Castilla son capaces de secar el alma más jugosa.

A trechos contemplaba salir de la superficie del terreno una sutil columnita de humo: era una vivienda fabricada bajo la tierra; eran hombres que querían sepultarse en vida; que querían acurrucarse en el seno de su buena madre, *alma mater*, como llamaban los romanos á la tierra.

En Valladolid me alojé en una acreditadísima fonda de la calle de D.^a María de Molina.

Lo que allí sucedió á mi llegada parece del todo inverosímil; pero es pura realidad.

Habían llegado el mismo día que yo dos comisionistas, representando el uno á una casa extrañera, y á una casa del reino el otro. Discurrían perfectamente y hablaban con gran cordura, cuando al día siguiente los vemos locos rematados, cada cual por su estilo.

—No podían haber perdido el juicio más á tiempo,—dijo al verlos un huésped;—tenemos precisamente aquí el gran manicomio. Parece, en efecto, que ambos habían aguardado á llegar á Valladolid para perder la cabeza.

Yo, por mi parte, como han dado en hacerme creer que los vascogados somos los que poblamos las casas de locos, por evitar el contagio, que á tal atribuí el caso, dejé la antigua capital de la Monarquía y tomé el tren para Madrid, sin acordarme que iba á dar allí con otro foco de infección, con Leganés y con la casa del Dr. Esquerdo.

En la mesa nos habíamos reconocido por escritores públicos y co-

laboradores de dos periódicos que se habían hecho sañuda guerra, otro y yo.

La emprendimos con la de sin hueso, y no dejamos meter baza á nadie durante la comida. Después de unos pollos nos sirvieron, contra todas las reglas de la culinaria, unas perdices.

—Hoy—dijo al verlas uno de los comensales—la gente de pluma es la que hace el gasto por todos conceptos.

Antes de dejar á Valladolid debía visitar, aunque rápidamente, lo más notable de la ciudad. Vi la casa donde nació aquel Rey en cuyos dominios jamás se ponía el sol, y la casa donde murió quien nos regaló un nuevo mundo. Dudo que haya muchos monumentos que nos interesen tanto como éste, y dudo también que haya muchos más vergonzosamente abandonados que él.

¡Triste condición de las cosas humanas... en España!

.....
El Pisuerga, lo mismo que el Ebro, me parecieron hilos de agua cenagosa, porque los comparaba yo á nuestros brazos de mar; al Manzanares busquélo en vano, bajo la inmensa mole del Puente de Toledo, pues no le hallé. Las peñas del Pancorbo, lo mismo que las cumbres del Guadarrama me parecieron abortos de la naturaleza, porque las comparaba yo á esas montañas gigantescas, verdaderos monumentos con que ha engalanado á nuestra tierra la naturaleza y con que está familiarizada mi vista; á esas cumbres donde anidan las águilas y donde se fragua el rayo, como dice Balmes. Al lado de los seculares robles de nuestros bosques, los pinares de Avila me parecieron viveros de debilitados arbustos. El Fuero nos habla en Vizcaya de *tierra llana*; mas para hallarla es necesario salir de este noble solar. Nosotros, habitando las cumbres, vivimos más cerca del cielo, como lo ha dicho el poeta de nuestras patriarcales costumbres, D. Antonio Trueba.

No se diga que no me he despachado á gusto.

Y concluyo de transcribir apuntes de mi cartera, porque he dicho que iba á escribir poco y malo, y me parece que he cumplido mi palabra al pie de la letra.

JUAN J. DE LECANDA.

Madrid 17 de Octubre 1882.

EN UNA FERIA.

—Papá ¿por qué no me compras unas figuritas que se mueven solas, que han inventado ahora, y que dicen que se llaman *íntegros*?

—No, hijo, no puede ser; ¿no ves que eso anda muy caro?

—¡Quiá, papaito! ¡Si me han dicho que se venden á diez céntimos la docena!

—Te han engañado, hijo mío; esos que tú dices no sirven para nada y se te estropearían en seguida: has de saber que los *íntegros* buenos, los *puros*, los hay que cuestan al Gobierno hasta 40.000 reales al año.

DEFINICIONES.

DÍSCOLO:

Es *díscolo* todo el que
al mirar mi morrión
no me da su suscripción,
y se marcha con *La Fe*.

REBELDE:

Es *rebelde* el que pregona
que soy yo simple mortal,
ó que es más que mi persona
la persona episcopal.

LEAL:

Leal es quien no se tapa
de creerme semidiós,
y antes que faltar á Nos
prefiere faltar al Papa.

INTEGRO:

Será *íntegro* con razón
quien me sufrague el mandil,
y á aquellos *cuarenta mil*
agregue su suscripción.

CÁNDIDO.

He aquí el título de las obras que, según se dice, publicará en breve la biblioteca de *El Siglo Funesto*:

«La Desvergüenza y el cinismo en sus relaciones con la posición social.»—(*Memorias*, por D. Cándido; varios tomos prolongados.)

«Influencia de la nariz en el progreso de la filosofía.»—(*Tela*, por D. Gabino; revisada y aprobada por D. Juan Manuel.)

«La hipocresía en todas sus manifestaciones.»—(*Rústica*, por don Ramón.)

«La sabiduría político-cristiana concentrada en mí» ó «El Espíritu Santo convicto de liberal.»—(*Pasta-flora*, por D. Juan Manuel.)

No necesitan recomendación unas obras, cuyos autores son modelos, por el estilo.

LOS CAMPOS.

Nada más grato al hombre que el recuerdo de sus primeros días, días dichosos de la infancia en que todo le sonríe y es halagador. ¿Quién habrá que nacido en los campos no recuerde en las horas de melancólica tristeza sus encantos, su vida, su alegría? ¿Quién habrá que en una de esas horas de silencioso ensueño, en que el alma se sustrae á los rumores del mundo, á las agitaciones de la vida, á los sinsabores de la política, no haya fijado su pensamiento en alguna escena campestre, reproducida por el recuerdo de su pasado ó creada por la imaginación? ¿Quién habrá que no se haya trazado á sí mismo su paisaje, cuadro ideal de la vida, cuadro de movible variación según las diferentes circunstancias de nuestro destino y las diversas situaciones de nuestro ánimo ó de nuestro corazón?

Sea el que quiera el estado en que nos encontremos, bien sonreídos por la fortuna ó por ella despreciados, no podemos eximirnos de la influencia de la naturaleza exterior, de esa naturaleza que por todas partes nos circunda, obra admirable del Supremo Hacedor que, con sus armonías sin límite halaga incesantemente nuestros oídos, atrae nuestras miradas, é inesperadamente se apodera de nosotros por el excitante á la par que dulce recuerdo de las candidas emociones de nuestra infancia y las locas alegrías de nuestra juventud. Volver á ella es nuestro más ardiente deseo, después de haberla querido olvidar imprudentemente, tras un viaje hecho á la ventura, ú obligado por los azares de la vida, como al santuario en que parece

brillar con todo su fulgor el fuego sagrado cuya llama vacila y se debilita en nosotros muchas veces.

Esta naturaleza que nos rodea nos la ha dado Dios como un maestro y como un consuelo; como una madre y como una amiga. Se halla ligada á la existencia del hombre; reproduce su imagen en el curso de las estaciones; mece al niño en medio de sus flores; adormece bajo sus verdes follajes las ardientes pasiones de la edad madura, y abre en su seno la última morada al anciano. Vivimos con ella. A cada momento nos sentimos atraídos hacia su seno, ó instintivamente ó por un impulso irresistible. Entonces nos creamos en el seno de sus inagotables tesoros un asilo adecuado á nuestras sensaciones. Para uno suele ser el bello ideal la casa blanca de verdes persianas, dentro de la cual se meciera en los primeros días su cuna; para otros uno de los argentinos lagos de la pintoresca Suiza que recuerda sus travésuras de niño, ó las poéticas montañas de Asturias que despierten en su imaginación olvidados ensueños; otros suspiran por la isla solitaria, ignorada y libre de Tomás Moore; muchos sueñan, en sus días de amargura, con las sombrías cañadas de algún país ignoto y en los resplandores de Oriente en los días serenos.

Sin salir de las espesas paredes que constituyen nuestra mansión, nos vemos en alas de la fantasía á través del inmenso espacio que nos rodea, buscando y admirando alternativamente las más graves imágenes unas veces, las más risueñas otras; aquí la mar con sus olas de azul y esmeralda; allí los austeros bosques del Norte ó las gigantescas palmas de América con sus frutos sabrosísimos, sazonados por el ardiente sol tropical, ó las cimas de las montañas cubiertas de perpetuas nieves.

Si á nuestra exaltada imaginación no se la satisficiese con uno solo de estos cuadros, podemos sin gran esfuerzo buscarle complemento, agregar las bellezas distintivas de un país á las de otro, la pedregosa montaña al valle fecundo, y las obras de la industria á la naturaleza primitiva.

Los músicos, los poetas, los genios todos, se inspiran en la naturaleza misma, verdadera fuente de inspiración perenne que dura cuanto los siglos duran, siempre lozana y fértil, siempre admirable.

Por eso que para el hombre el estudio constante de ella forme en su corazón el más grande conocimiento de la verdadera omnipotencia de Dios.

L. GONZALEZ GRANDA.

SANTOS URBANEJA.

EPISODIO DE LA ÚLTIMA GUERRA.

Al mediar un día del mes de noviembre de 1874, sentíase en el pequeño y diseminado pueblo de Amezcuela, situado á la falda de una de las ramificaciones pirenaicas que cercan el hermoso valle de las Amezcuas, el alegre clamoreo de las cornetas, que tocaban llamada.

Los soldados del ejército de la república acudían presurosos á formar con la alegría y vivacidad propias del soldado español.

En pocos momentos se ordenaron las compañías, y formada la columna, que contaría unos mil quinientos hombres, salió del pueblo en dirección á Vitoria á las órdenes del brigadier X...

Los habitantes del pueblo y de los caseríos que á cada paso se tropiezan en aquel país, se asomaban con curioso recelo al ver pasar los soldados; y las mujeres, á la vista de la columna, pensaban con temor en el hijo, padre, hermano ó esposo, que en el bando opuesto militaba.

Media legua á lo sumo habría andado la columna, cuando los flanqueadores de uno de sus costados se detuvieron: al mismo tiempo sonó un tiro en aquella dirección, y tras del tiro una descarga cerrada.

La columna hizo alto, y tomadas por su jefe las disposiciones necesarias para hacer frente á los carlistas, en breves momentos se formalizó una lucha sostenida con igual tesón de una y otra parte, pues unos y otros eran hijos de España.

En lugar de los alegres cantares que poco antes se escuchaban por aquellos sitios, sólo se oía ahora el mortífero ruido de las descargas cerradas, los toques de corneta, los gritos é imprecaciones de los combatientes, y los lamentos de los heridos.

La columna republicana, á pesar de la sorpresa, no cedió en la primera hora de combate ni un palmo de terreno, aunque los carlistas, cuya impetuosidad doblaba el entusiasmo frenético de aquella primera época de la última guerra, redoblaban cada vez sus esfuerzos; ya hacía algún tiempo que el combate se había generalizado, cuando llegó un nuevo batallón carlista, que entrando de refresco y cargando á la columna por uno de sus costados, logró desconcertarla, y desde este momento comenzó á retirarse á duras penas escalonando sus fuerzas.

En el ardor del combate una compañía liberal había avanzado de-

masiado sobre una posición, y al iniciarse la retirada hubo de quedar en situación comprometida, y aunque el jefe que la mandaba, que era un joven teniente de veintidos años, hacía esfuerzos inauditos por reunirse á sus compañeros, no podía conseguirlo, y cada vez le era más difícil: su gente disminuía por momentos, y los suyos se alejaban por momentos precipitadamente; pues los carlistas, al verse victoriosos, habían cargado con dobles bríos.

El teniente liberal debió ver perdida toda esperanza de salvación, y con solos ocho ó diez soldados que le quedaban, se dispersó por el monte.

Algunos carlistas siguieron á los fugitivos, mientras el grueso de las fuerzas iba picando la retaguardia de los republicanos.

Por uno de los senderos de la montaña corría velozmente el infortunado oficial que con tanto valor acababa de defender su puesto, y detrás de él corría un solo voluntario carlista.

La distancia que separaba á ambos era cada vez más corta, y estaban ya bastante alejados del sitio del combate.

El oficial comprendió que nada podía esperar, pues su enemigo era más ágil que él, y al cerciorarse de que era uno solo el que le perseguía, se detuvo, amartilló su revólver, y disparó sobre el carlista que se hallaba á seis pasos. La agitación de la carrera había alterado su pulso, y la bala no tocó al que iba dirigida; volvió á amartillar, apretó el gatillo, pero no salió el tiro, porque el revólver estaba ya descargado.

En este breve tiempo el soldado carlista se había acercado al oficial, y empuñando el fusil por la boca con ambas manos, descargó un terrible golpe sobre su contrario, el cual sólo tuvo tiempo para hurtar el cuerpo, evitando que la culata diera en su cabeza; pero no pudo evitar que, cayendo sobre uno de sus hombros, le derribara en tierra. Entonces el soldado carlista, cegado tal vez por la ira, y sin reparar que su contrario no podía defenderse, levantó segunda vez el fusil para secundar el golpe, esta vez con más seguridad.

El desgraciado teniente creyó con razón llegada su última hora; y elevando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Virgen Santa!... ¡Madre mía!...

El fusil, que estaba en alto, próximo á caer sobre la cabeza del oficial, quedó suspendido. Al oír el carlista aquella exclamación, habiendo consigo mismo, murmuró:

—¡Qué atrocidad iba yo á hacer! Asesinar así á un cristiano que no puede hacerme daño.

Y bajó el fusil; y, dirigiéndose al Teniente, le dijo con un tono que quería parecer adusto:

—Levántese V., oficial, y véngase conmigo.

—No puedo,—contestó el Teniente,—siento un gran dolor en el hombro.

El carlista se inclinó sobre él con solicitud, le desabrochó la levita, y rasgándole la camisa, reconoció la contusión, que había producido alguna inflamación en el hombro y antebrazo.

Sin decir palabra, vertió el escaso vino que quedaba en su bota de campaña en un pañuelo que llevaba al cuello y le aplicó cuidadosamente al hombro del oficial.

—Gracias,—dijo éste,—por el interés que se toma V. por mí. ¿Cómo se llama V.?

—Me llamo Santos Urbaneja, para servir á V., mi Teniente, y pertenezco á la segunda compañía del primer batallón de Castilla.

—Pues bien, Urbaneja, me ha hecho V. un gran favor y un gran perjuicio con no haberme rematado. V. me llevará prisionero, y esto para mí, es una contrariedad mayor que la muerte.

—Creo, mi Teniente, que la vida siempre es estimable.

—Hay situaciones en que es preferible perderla.

—Pero bien, mi Teniente; prisionero V., recobrará la libertad, y... ¡quién sabe!—dijo Urbaneja, tratando de consolar al oficial.

—Sí; pero entre tanto, dice V. bien; ¡quién sabe lo que puede suceder? Yo debía partir dentro de breves días para el ejército de Cuba; primero porque me gusta más aquella guerra, donde no se pelean hermanos con hermanos, y creo que serviría mejor en ella á mi patria, y después porque allí había de contraer matrimonio en época que tengo ya fijada; esto me contraría. Además, mi pobre madre, viuda de un Coronel, que murió en la guerra de Africa, no tiene más hijo que yo, y me estará esperando en Santander, para donde debía yo salir mañana, si nuestra columna hubiera llegado á Vitoria. Y ya veis qué contrariedad

El oficial quedó un rato pensativo y visiblemente conmovido, mientras Urbaneja le miraba con atención.

—Todo puede arreglarse,—dijo el voluntario, como desechando alguna preocupación que le contenía.—¿Usted se va á Cuba, verdad? ¿De modo que ya no hará más armas contra nosotros?

—Es verdad.

—Pues entonces es V. libre desde ahora.

—¿Pero no ve V.,—replicó el oficial,—que nada adelanto con ser libre? Solo, en un terreno que no conozco, volveré á caer en manos de los carlistas.

—No se apure V.; yo le pondré en salvo. Póngase V. mi boina y mi capote, y venga conmigo.

El oficial se dejó hacer lo que el soldado decía, y poco después, cuando el sol iba ya ocultándose tras las alturas, nuestros dos per-

sonajes caminaban en dirección al pueblo á donde se había retirado la columna, y en cuya dirección se oían á intervalos algunos tiros. Cualquiera, al verlos caminar, hubiera creído que eran dos escuchas que iban á situarse en sus puestos.

—¿Quién vive?—gritó de pronto una voz robusta.

—¡España!—Contestó Urbaneja.

—¿Qué gente?

—Voluntarios del primero de Castilla.

—¡Adelante!

Era un grupo de jóvenes carlistas, que regresaban después de haber ido picando la retaguardia liberal.

—¿Dónde vas, Santos?—dijo uno de ellos.

—Voy á enseñar á este nuevo compañero el tiro al blanco, y á ver si hallo por ahí algún fusil para armarle.

—No ha habido hoy mala siembra, y no es difícil encuentres más de uno. Hasta la vista.

Apenas habrían andado media hora sin ningún otro encuentro y sin pronunciar palabra, cuando distinguieron entre la penumbra de la noche, que empezaba á tender su negro manto sobre el valle, las primeras casas del pueblo donde se alojaba la columna.

—Ahí tenéis los vuestros, mi Teniente,—exclamó Santos;—¡qué Dios os dé en Cuba mucha suerte!

El Teniente no acertaba á pronunciar palabra; se sentía conmovido por aquella generosidad.

—¡Santos,—le dijo,—lo que acaba V. de hacer conmigo no se me olvidará en la vida, y el agradecimiento grabará en mi corazón por siempre su nombre. Me llamo Eugenio Montero. Tome V. mi revólver, con mi nombre grabado, para que le sirva de recuerdo, y Dios quiera nos veamos en mejor situación.

—Mi Teniente, que la Virgen os salve siempre, y crea que no me olvidaré nunca de V.

Instintivamente se abrazaron aquellos hombres, que una hora antes habían querido matarse; y sin hablar más, se separaron en dirección contraria.

II.

El 19 de marzo del 76 un grupo de jóvenes, vestidos con restos de uniformes, colgadas las mochilas al hombro y ostentando en sus cabezas la boina encarnada, venfan en dirección á Burgos por la carretera general de Francia.

Llevaban seis días de camino, y apenas si se notaba en ellos señal

de fatiga; avezados á la de la guerra en tres años de continuo bregar, por una parte; y por otra la esperanza de ver á sus familias después de una ausencia prolongada, les hacía el camino, en vez de largo y penoso, breve y alegre.

Venían de Francia acogidos al primer indulto, y todos contaban la sorpresa y alegría que produciría en sus familias la vuelta al hogar.

Sólo uno caminaba silencioso y abstraído.

—Ahí tenéis á Santos,—dijo uno;—parece que la conclusión de la guerra le ha aplanado.

—¡Qué queréis!—contestó el aludido;—yo no tengo madre que me espere; la pobre ha muerto mientras yo estaba gravemente herido cuando lo del Carrascal.

—¡Qué, no tienes más familia?

—Tengo un hermano casado y con hijos; pero no puedo menos de sentir la impresión de no hallar á mi madre.

—¡Pobre Santos!

Allá, en lontananza y en las sinuosidades de la carretera, descubrióse un campanario.

—He ahí mi pueblo,—dijo Santos,—el que quiera quedarse conmigo no le faltará esta noche en casa de mi hermano una pobre cena y una cama de campaña.

—Todos esperamos llegar hoy á casa, conque no podemos aceptar tu ofrecimiento. ¡Adios!

Los jóvenes continuaron su marcha por la carretera, mientras Santos Urbaneja, que tal era nuestro joven, seguía en dirección á su pueblo; descubrióse humildemente, y cayendo de rodillas al llegar á un pequeño otero en cuya cima había una cruz de piedra, rezó por el alma de su madre, que desde aquel sitio le había despedido cuando fué á tomar parte en la guerra civil.

III.

A fines del año 77, después de haber terminado aparentemente la separatista guerra cubana, varias partidas insurrectas se lanzaron al campo en el departamento oriental de Cuba.

Algunas de éstas reunidas, intentaron un golpe de mano sobre un punto fortificado, y habiendo tenido de ello noticia el jefe de una columna volante, tomando sus medidas, al amanecer del día en que debía ser sorprendido el fuerte, cayó sobre los insurrectos, trabándose una sangrienta lucha entre los espesos matorrales de la manigua.

El destacamento del fuerte, advertido de lo que se trataba, destacó la mitad de su fuerza á tomar parte en la lucha.

Casi todo el día había durado la acción, en la que los insurrectos habían pagado bien caros sus temerarios proyectos, y como el terreno recorrido había sido grande, los soldados españoles regresaban recogiendo los muertos y heridos que habían quedado entre las espesuras.

Un comandante joven, que apenas tenía veinticinco años, venía á caballo precedido de cuatro ó seis soldados, que al volver un recodo de la senda abrupta que seguían, encontraron un revólver, el que, en una de sus planchas tenía grabado un nombre.

Al leerle el soldado que le tenía en la mano, se volvió al jefe diciéndole:

—Mi comandante, sin duda esta mañana se le ha caído á V. el revólver, pues le acabamos de encontrar.

El comandante echó mano al costado, y encontrando en su sitio el arma, dijo:

—No, no es mío, será de algún otro oficial.

—Es que el revólver tiene el nombre de V.

—A ver, dádme acá.

El jefe tomó el arma, en la cual reconoció la que había regalado un día en las Amezcuas al voluntario carlista.

—¿Cómo puede haber venido aquí esta arma?—se preguntaba Montero, que él era el comandante.

—¡A ver! muchachos, buscad entre la maleza por si acaso el dueño de este revólver está por ahí muerto ó herido.

Los soldados empezaron á reconocer los alrededores, y á los pocos pasos uno de ellos tropezó con un cuerpo.

—Aquí hay un sargento español muerto,—dijo,—y debe ser de las fuerzas destacadas en el fuerte, porque pertenece á los cazadores de Colón.

Apresuradamente se apeó el comandante, llegó al sitió que indicaba el soldado, y ¡cuál no sería su sorpresa al reconocer en el sargento español al generoso voluntario del primer batallón de Castilla!

Con todo cuidado fué recogido al notarse que aún vivía, y transportado al fuerte, donde con cuidadoso esmero fué curado y cuidado con solicitud maternal por el comandante, que no quiso abandonarle mientras su vida estuvo en peligro.

La explicación de la estancia allí de Santos, era muy sencilla.

A poco de llegar á casa de su hermano, tocóle soldado á un hijo de éste que era casi el único sostén de la familia, y cúpole además en suerte pasar al ejército de Cuba. Santos se apercebíó de lo dolo-

rosísimo que le sería á su hermano separarse de su hijo, el cual además tenía poca aptitud física para la vida de campaña, y se ofreció á servir por él, aunque con repugnancia por parte de su hermano. Además, como decía el mismo Santos, la patria gana, porque yo siempre seré mejor soldado que tu hijo, pues sé terciar el fusil.

Llegado á Cuba se había distinguido tanto en los dos años de operaciones que llevaba, que había merecido el ascenso á sargento.

IV.

En una deliciosa tarde de Mayo, gran número de gentes se agrupaban en el muelle de Santander, al que en lanchas iban llegando algunos centenares de soldados pálidos y cetrinos, vestidos con el uniforme de soldados de Cuba.

Casi todos aquellos héroes, al saltar en tierra, se encontraban con unos brazos cariñosos que les estrechaban, recibiendo en aquel momento una compensación á las fatigas y trabajos de una campaña penosísima.

En medio de los grupos había uno formado por un bizarro comandante, una señorita cubana de notable hermosura, y un sargento que tenía en sus manos gran número de cachibaches.

—¿Cómo va á ser posible entre tanta gente encontrar á su madre, mi comandante?

—Quizá esté mala y no haya venido,—contestó el joven al sargento.

—Usted siempre poniéndose en lo peor. Vámonos á casa, verá usted cómo ha creído más prudente y acertado esperarnos allí.

Iban á echar á andar, cuando una señora, acompañada de una criada que desde lejos había visto al grupo, corrió hacia él arrojándose en brazos del comandante con la efusión de una madre que ha estado años separada de su hijo. Poco tiempo duró esta primer explosión de cariño, para abrazar también con la misma efusión á la compañera de su hijo; y entre tanto, el sargento, haciéndose el distraído, limpiábase con el revés de la manga alguna lágrima rebelde que empañaba sus ojos.

—Madre,—dijo el comandante al fijarse en el sargento;—aquí tiene V. al soldado carlista que en Navarra me salvó.....

—Caramba, mi comandante,—dijo aquél sin dejarle concluir,—y ¡bien que me lo ha pagado V!.....

—Desde este momento sabes que te he prohibido me trates como

subalterno. Tú formarás parte de mi familia, y ya no nos hemos de separar nunca.

—Una sola cosa nos puede separar, D. Eugenio.

—¿Cuál?

—Otra guerra civil.....

SABAS MARTÍN GRANIZO.

AD CAPETILLUM MAGNUM.

Lupum insatiabilem, dilaniantem oves
super gregem nostrum, diabolus emisit;
sed ex tuis faucibus rapit eas FIDES,

Oh Capetille!

Rege Protheo semper mutabilior
per omnes vitæ sortes divagando,
hinc in nostras ædes intulisti pedem,

Oh Capetille!

Tu carolistas non vivere passus
ad suam necem tuos concitasti;
corde et ore meditans iniqua,

Oh Capetille!

Antiquus hostis, jam jam indefessus
cum bona Ecclesiæ tui diripiebant
plaudebas manu, omnia ratum faciens

Oh Capetille!

Vitam degebas, tempore Celli,
syrtes et pericla semper aufugiendo
cum sibaritis potum promiscebas,

Oh Capetille!

Si inter nostrates, pontificium quæris,
dicam, vade retro, satan furibunde,
Te tuosque perdet *Sæculum Futurum*,

Oh Capetille!

Jam maturus, ætate et plenus dierum
Te vocabit brevi Factor rerum.

Horribilis tempestas exorta est in gente
cum mare tranquillum erat, te absente

Si credis te habere Solem pro galero
 FIDEI lectores dicunt animo sincero:
 Tu qui respuis Pastores et ovile
 Numquam reges nos. ¡Oh Capetille!

SEBASTIÁN VILLANUEVA, *Presbítero.*

CANDIDECES.

Fué liberal y masón,
 Y aunque se llama carlista,
 Nunca le pierden de vista
 Ni el mandil ni el morrión.

A cualquiera situación
 Ha servido,
 Y al presupuesto podrido
 Se pega como una lapa...
 —¡Tapa, tapa!

De tan dura disciplina
 Es la moral que divulga,
 Que á todos los excomulga
 Y él comulga, y se encamina
 A ver á una bailarina.
 No es extraño
 Que las costumbres de antaño
 Formen una nueva etapa...
 —¡Tapa, tapa!

Mientras la sangre á torrentes
 Se derramaba en el Norte,
 El andaba por la corte
 Ejercitando los dientes.
 A los leales y valientes,
 Hoy mendigos,
 Traidores llama, enemigos,
 Y de su presencia escapa...
 —¡Tapa, tapa!



A Dios y al Papa sumiso,
Del Papa y de Dios va en pos,
Siempre que el Papa y que Dios
Soliciten su permiso.

Y aun entonces es preciso,
—Fariseo,—

Que con su propio deseo
Se conformen Dios y el Papa...

—¡Tapa, tapa!

Sólo la virtud existe
Que á su presencia se humilla,
Y el nombre y honra mancilla
Del que á su orgullo resiste.

Mas ¿quién en pintar insiste

Tanto ciego?

¿Quién con ánimo sereno
En tanto lodo se empapa?...
¡Tapa, tapa!

UNUSQUISQUE.

MISCELÁNEA.

—Yo no quiero leer tus libros,—decía un necio á un autor,—por que escribes en ellos tantas tonterías que temo que se me peguen.

—Pues precisamente por eso mismo debes leerlos con mayor ahinco,—le contestó éste,—porque *un clavo saca otro clavo*.

* * *

A un naturalista fanático por su ciencia le dieron esta noticia:

—¿Sabe V. que ha muerto de repente D. Eugenio?

—No crea V. esas paparruchas: *natura non facit saltus*.

* * *

Dos necios que se topan:

—¡Calla! me han dicho que te habías muerto...

—Pues ya ves cómo estoy vivo.

—¡Cál el que me lo ha dicho me merece más crédito que tú.

* * *

Habiendo evocado uno de estos días Capetillo á la sombra de Zumalacárregui, se encaró con ella y la preguntó:

—¿Quién es hoy el mejor carlista?

—El que menos se parezca á tí,—respondió la sombra.

*
* *

Fué uno á cortarse el cabello, y el peluquero, después que hubo dispuesto y ultimado todos los preparativos con la acostumbrada palabrería, le preguntó:

—¿Cómo quiere V. que se lo corte?

—Callando,—le contestó la víctima.

*
* *

Fué un joven ateniense, hablador de profesión, á tratar con Isócrates para que le diese lecciones de retórica, y habiéndole aquél pedido dobles honorarios que á los demás, preguntóle el joven la causa.

—Muy sencillo,—respondió el retórico,—los unos son por enseñarte á hablar, y los otros por enseñarte á callar.

*
* *

El varón sabio sobrelleva más fácilmente que los demás las desgracias de la vida.

*
* *

Es una gran desgraciá no poder sobrellevar la desgracia.

*
* *

El hombre iracundo se diferencia del loco sólo en la duración de la locura.

*
* *

La ocasión prueba á los amigos, como al oro el fuego.

*
* *

La instrucción es un adorno en las prosperidades y un refugio en las adversidades.

SOLUCION A LOS ACERTIJOS DE LA PÁGINA 37.

- Al 1.º En que se corren.
 Al 2.º En que está cerca del P. Gago.
 Al 3.º En que se resuelven.
 Al 4.º En que mete un pié en dos zapatos.
 Al 5.º En que llevan estrellas.
 Al 6.º En que desfigura.
 Al 7.º En que tienen puentes.
 Al 8.º En que están en poder de un extranjero.
 Al 9.º En que tiene fuentes.
 Al 10.º En que guía á ciegos.

Aliquis.

ACERTIJOS.

- 1.º ¿En qué se parecen los integros á los doce Apóstoles?
 2.º ¿En qué se parecen los libros y los ríos?
 3.º ¿En qué Nocedal á un pez?
 4.º ¿Y los calamares á las lavanderas?
 5.º ¿Y *El Siglo Futuro* á las chirivitas?
 6.º ¿Y un reloj á un presidiario?
 7.º ¿Y los integros á las lapas?
 8.º ¿Y Melgar á un cirujano?
 9.º ¿Y las camisas á los bastones?
 10.º ¿Y los nocedalinos al queso de Gruyer?

(La solución más adelante)

EPISTOLA-PROGRAMA DE MAROTO A UN AMIGO SUYO,

LEIDA POR LOS PROPIOS OJOS DE «EL FACCIOSO.»

De entre los papeles y cartapeles que con mayor esmero guarda un picapleitos del ilustre Colegio de Madrid, empleado de alto turno en tiempos de D.^a Isabel, desglosó, por lo visto, alguno de sus

pasantes un escrito nuevecito y casi húmedo que, atrapado casualmente, va á dejar vizcos á los lectores de este ALMANAQUE. Es una carta de puño y letra del mismísimo Maroto (según dictamen pericial) y reza de la manera siguiente:

«Sr. D. (aquí el bautismo de una persona que estremece á los buenos carlistas.)

»Madrid.

»Ultratumba (no gastamos fecha).

»Apreciable Judas (1): Ya ves que cumplo tus deseos de tratarte con llaneza y confianza, adjudicándote uno de los sobrenombres que más agradan aquí á Lazeu, Aviraneta, Cabrera, á un servidor tuyo, y á otros beneméritos en el difícil y arriesgado arte que tan á gusto de todos tus predecesores vas desdevanando; te felicitamos por ello cordialmente, pero cuidado con envanecerte y con dormirte sobre los laureles, porque haríamos un pan como unas hostias y se nos volvería la obra el sueño del perro; no imagines que esté todo redondeado y que haya sonado la hora de aplaudir el fin de tu empresa y sentarse á disfrutar de sus resultados; aun falta el rabo por desollar, y es menester que continúes sudando el hopo y haciendo de tripas corazón. Tómate tiempo y no precipites los desenlaces; que, como decía una monja de nuestra tierra, la paciencia todo lo alcanza. Ya sabes que los perfiles demandan más pulso que el resto de la obra. Me has de dispensar que te hable con algún desabrimiento, porque hoy todo el día me siento atacado y hostigado de atroces calofrios, y además me impacienta un remusguillo testarudo que parece que me clava alfileres, y que me haría ver las estrellas, si por acá se usasen; en cambio, Aviraneta me telegrafía que perecen de puro achicharrados... ¡diablo qué tiritonas!... Si se me escapa algún disparate, procura subsanarlo.

»Tan pronto ateridos como abrasados, remudamos los papeles con la misma presteza que euando danzábamos por ese bendito país, que hoy unánimemente te aplaude y te comenta: carlistas hoy, moderados ayer, demagogos mañana; morrión al amanecer, al medio día la boina, y el gorro frigio á la caída de la tarde. De estos caracteres entran pocos en libra, y aunque algunos místicos aspaventeros se hacen cruces... ¡ay!... nunca lo hubiese dicho) y se escandalizan de ello, los hidalgos y los infanzones de pro (suelto ese arcaísmo porque me escribiste que ya eres académico) estamos chapados á

(1) EL FACCIOSO reprueba incontinenti esta marotada.

prueba de escándalos y maldiciones, y aun tenemos gracia para sacar buen partido de los mismos; por eso me muero de gusto y parece como que se alivia mi malestar cuando observo que se la juegas de puño á un Obispo, y luego te apresuras á resguardarte en el *punto de vista político*: no me llega la camisa al cuerpo cuando te aventuras fuera de él, pero luego que lo recobras, me doy con un canto en los pechos y gruño victoriosamente: «¡Que le tosan mitras! ese, ese es el verdadero uso que debe hacerse de la inestimable patente de corso que le hemos proporcionado con el pseudónimo de *Poderes*.» Eres un buen muchacho y no se te puede negar la limpieza con que ejecutas ciertas maniobras; pero tampoco has de olvidar que yo soy un buen maestro, y que aun no has aprendido todas mis lecciones. En este momento Cabrera me hace señas y me pregunta si es á ti á quien escribo: le contesto que sí, y se pone contentísimo... ¡Pobre Cabrera!... ¡Si vieras cuán perramente le gratifican aquí sus servicios!... Nada, es lo de siempre: cría cuervos y te sacarán los ojos... Pero esto no debe intimidarte.

»Es achaque de los grandes ingenio hallarles por premio de sus portentos el desvío y la maledicencia... Nosotros no teníamos, como tú, un periódico á nuestras órdenes que nos trajese las pajaritas volando, y ya ves si nos despachamos á nuestro gusto y si supimos llevar el gato al agua. En el discurso que leíste al ingresar en la Academia, y cuyo envío á ésta te agradezco, dices con admirable acierto: «Dadme un periódico con suscritores, y yo me comprometo á arrastrarlos al punto que se me antoje.» Tienes, pues, al dedillo la materia, y has encajado una verdad como un templo; no me satisfice del todo que se te escapen verdades; pero esta se te puede disimular; te honra sobremanera, y al paso que por aquí ha provocado gritos de júbilo y ha sido vitoreada por el vecindario en masa, tus conciudadanos han creído que apuntabas una vulgaridad cualquiera; mejor que mejor, y cuidadito con repetirla. El periódico es, en efecto, un endiablado avispero de fuerzas, muchas de las cuales pasan inadvertidas para los necios que no ven más allá de sus narices; tampoco tú las conoces todas, ni el alcance maravilloso de las que juegas; pero ya te iré adoctrinando y alistando con ulteriores cartas, por sus pasos contados y según lo vayan requiriendo nuevas necesidades: si te embocara todas las habilidades de una vez, enloquecerías de puro deleite y lo tirarías todo á rodar. Bástete saber por ahora que aquí han propuesto algunos entusiastas quemarte incienso y otros honores no menos considerables, y aunque yo no lo he consentido, se han desquitado nombrándote hijo adoptivo de esta tierra. Esto lo mereces y no me ha parecido mal... ¡Calla!... aquí viene Lazeu hecho una lástima... ¡infeliz! ¡cómo le soban y zama-

rrean!... le han empegado de pies á cabeza y se disponen á perpetrar en él alguna diversión de las que aquí se estilan; pero no hay más remedio... en este país todo el que se estima debe armarse de varonil paciencia, encogerse de hombros y dejar correr las cosas.

»Si fuéramos á llorar las calamidades ajenas, andaríamos en un perpétuo lagrimeo indecentísimo, y no nos quedaría tiempo para escribir á nuestros amigos de ahí y ponerles al corriente de nuestras manipulaciones. Cosa tanto más lamentable, cuanto que apenas mojo la pluma para enjergarte cuatro exhortaciones y consejos, manda el Principal á todos los granujas que me dejen en paz, y aun se aproxima él mismo á hacerme un par de gitanerías. Esto debe alentarte. Cuidado con recular un sólo paso y zafarte de ningún compromiso, porque de ahí vendría el mayor descrédito, luego tu fracaso, y por contra el horrendo frotarse las manos de gusto de tus enemigos...

»Adelante, adelante, adelante, me apresuro á vocearte yo con otros amigos tuyos que están en lo firme y saben dónde les aprieta el zapato; dentro de breves días te enviaré algunos legajos de *adhesiones*, que incorporadas á las que tú cosechas, y esponjadas con discretísimos hipérboles, pondrán nuestra causa en las nubes y darán á tu empresa un brio incontrastable. Si algunos envidiosos de las pitanzas del prójimo te echan en cara que cobras cuarenta mil reales de cesantía, compadécete de su ceguedad y de su carencia de sentido práctico, y deja que ahí te las den todas. ¡Qué lástima que no sean ochenta mil, ó más! Pero no olvides que ese dinero no te pertenece del todo: mira quién te lo da, por qué te lo da y para qué te lo da; eso no es prohibirte que inviertas algunas partidas en travesear con bailarinas y agenciarte doncellas: tal expansión puedes y debes permitirte para repararte las fuerzas y hacerte agradable y llevadero ese mundo tan espinoso y tan ingrato.

»Mas una gran parte de los honorarios deben emplearse sabiamente en sobornos y cohechos que asombren al mundo y dejen á nuestros adversarios con uno ó dos palmos de narices; ya entiendes que yo no hablo de esos sobornos y cohechos burdos, adocenados é indecorosos, á que se rebajan algunos empresarios reñidos con el arte y enemigos del pundonor social, sino de esos otros tan discretos, tan insinuantes y cortesanos, que ninguna persona bien nacida se atreve á recusar.

»Como esto ya te lo dejo encomendado en anteriores cartas, no insisto más; por otra parte recibimos halagüeños informes sobre el particular, que Aviraneta celebra con mil reconcomios y extremos de alegría. Este Aviraneta es muy ducho y muy trascendido en la materia, y daría quince y raya al mismo Séneca que se le pusiera por de-

lante; he de hacer que te envíe algunas postdatas en las que te escriba en adelante, para que te chupes los dedos tras de su lectura y meditación. Con objeto de que nadie se propase á husmear que argumentas y persuades con esa dialéctica pecuniaria, tan eficaz y consoladora en todos tiempos, procura insinuar gradualmente á todos tus banderizos la idea de que eres pobre, y cuando ya se hayan convencido de ello (que será á las primeras de cambio), podrás sobreañadir con más aplomo que tu tal pobreza es resultado forzoso de los desembolsos que has improvisado frecuentemente por el bien de la causa; sobre todo la causa que no se te caiga de los labios, aunque te cueste esfuerzos sobrehumanos el retener la carcajada: sufre ahora y hazte el serio, que ya llegará el día de las risas y el jolgorio. No importa gran cosa, aunque sería mejor evitarlo, el que te sorprendan en los paseos públicos montado en carretelas y provocando las coquetías y remilgos de las buenas mozas; si algún espíritu chocarrero, mal avenido con los adelantos de la finura y de la galantería, cometiese la tosquedad de pregonarlo para ponerte las orejas coloradas, no le tengas consideración: date prisa en aplastarle; perezca la moralidad y sálvese tu buen nombre.

»Por esto mismo me estoy conconiando hace tiempo, al ver que has dejado en pie un enemigo que te perjudicará más de lo que presumes, porque supo granjearse amigos y prosélitos de una manera incalificable, y sin que sea ofenderte, casi con mayor alevosía de dulzura y suavidad que tú; ya supondrás que me refiero á un tal Aparisi, de funestísima memoria, y objeto de mi mayor inquina; por tu abuelo y por tus poderes (los del estuche triangular) te conjuro á que le aplastes también, y le pulverices y aventes su memoria... pero ándate en este punto con pies de plomo y sondea antes el terreno minuciosamente; necesitas gran cautela y mucha paciencia, porque te confieso que la cosa vale la pena, y cualquiera indiscreción podría espantar la caza y dejarnos á todos corridos y llenos de vergüenza; por aquellos vericuetos del Maestrazgo es donde más gallea su fama y su prestigio, y por allí debe principiar á deslizarse la tenue é imperceptible corriente de sospechas y calumnias, que derribe y socave sigilosamente esa altiva reputación póstuma, tan insolentemente adquirida, y tan digna de que la denuncies en breve á la reprobación y al desprecio de los leales; algunas veces aconseja la estrategia difamatoria que no se hurgue al enemigo en su propio terreno, sino que se le anden tomando las vueltas hasta poderle coger entre dos puertas y atocinarle alegremente; y en ese caso sería más oportuno espolvorizar el fino tósigo de la suspicacia y de la desconfianza en puntos distantes, donde el recuerdo de ese padrastro estuviese poco cuajado. Con esta ingeniatura mataríamos dos pája-

ros de un tiro, porque anonadando á ese espectro abominable, endosaría una brava tunda al periódico lenguaraz y testarudo que ya se descoca á mofarse de nuestros Poderes y quimeriza con exonerarnos.

»Pero no hay tu tía, mamarracho; con mi experiencia, tu intrepidez y el tesón de tus leales, nadie nos hará perder un solo palmo de terreno; dentro de poco verificaré una entrevista con Aviraneta, y probablemente te indicaremos algunas medidas y providencias referentes al caso.—Cuando yo pude sacar á flote la hermosa jornada de Estella á las barbas de todo el mundo y contra todo viento y marea, no conceptúo nada imposible, ni nada impracticable; y menos lo he de conceptuar hoy, que aturdidos presenciamos cosas que nos maravillan y nos dejan á todos con la boca abierta. ¿Piensas tú que en mis tiempos hubieras podido estarte devengando sueldos liberales, hallarte acosado de una historia deliciosamente liberal, eludir públicamente la sumisión á esos quisquillosos Obispos, y entretenerte en otras bellísimas menudencias que vuelven tarumbas á los *imbéciles* y á los tontos, y pasar al mismo tiempo plaza del más celoso carlista? No lo sueñes siquiera, y ve ahí por qué Aviraneta, al contemplar esos revoltijos de ideas, esas amalgamas, esos matalotajes y promiscuaciones, admirables y pomposos frutos de nuestra cosecha, se nos aproxima risueñamente y nos tararea dándonos en el hombro: «Muchachos, ó la gente ha entontecido de un modo increíble, ó ese discípulo de Rafael es el mismo demonio.» Yo te lo confieso; babeo cuando lo oigo, y como á los maestros no nos duelen alabanzas cuando se dedican á los adelantos de nuestros discípulos, le respondo con un deleite que no me podrás agradecer nunca: «Sí, Aviraneta, sí, es el mismo demonio»... ¡Vah!... Lazeu me pide socorro á grito herido... Un abrazo á esos señores, y sabes te aprecia tu afectísimo

MAROTO.

LA SOMBRA DE CABRERA.

Maestrazgo despierta. El escolar travieso de Tortosa, cuya gloria se alzó sobre el pavés de tu esfuerzo generoso, se sintió pígame para sobrellevar los acrecentamientos de la misma, con que la fama y la ocasión más propicias le brindaban. Prefirió dejarla caer toda entera en el cieno, al estrépito de aquella carcajada del liberalismo, mal disimulada entre encomios y vítores.

Despierta. Escucha el rumor: liberal gritería celebra triunfos; celebra los cismas que desgarran la patria. Nueva procazidad rabiosa, tenaz, levanta bandera, bandera cesárea, pagano pendón. ¿Qué rumor es éste? ¿No tendrá fin la sarta cruel de tantas defecciones? Ya, sí; ¿qué podrá ser? La sombra de Cabrera.

Maestrazgo, oye la voz de uno de tus hijos, para quien tus crónicas son preciado tesoro de nobles ejemplos. Enardecen el corazón y abrasan la mente con la divina inspiradora llama del entusiasmo. Oyeme pues: Esa sombra abominó también de tus hechos, de tus héroes y de tus glorias. Se paró ante la exuberancia de tus sacrificios, y dió luego este sangriento fallo: la causa personal de Aquel que tanto aman se perdió para siempre. ¡Oh habilidad funesta! ¡oh seducción! No duermas, no. La sombra de Cabrera te acecha. Despierta y la reconocerás. Sea tuya hoy la carcajada, y desvanécese la sombra con tu soplo.

Nosotros somos católicos, somos hermanos, somos tradicionalistas. Comunión grande, cuya causa es sublime y santa. Mirad por donde pasa esa sombra, ¡qué destrozos! ¡qué desesperación! ¡qué agonías! ¡Cómo lloran los buenos! ¡cómo se aflige la Iglesia Nuestra Madre!

En estos campos que el atezado rostro del labrador con tantos sudores riega, callaron las voces de alegres cantares. Estos montes con tanta gracia faldeados por el hermoso festón de arboleda umbrosa no los orea ya el viento de la esperanza. Benditos montes que todos á porfía siglos hace depararon ameno sitio donde engarzar allí esas perlas del cielo, risueñas ermitas. Permitidme, lectores, que me detenga; el corazón tiene sus fueros.

Sonrisas del cielo que alegráis el mísero valle de los mortales; santuarios del amor hermoso; archivos que guardáis los secretos de la intención pura, sí, á vuestros altares llega el peregrino, trae también mi plegaria. Consuelo de los afligidos, óyele pía; ahuyenta la sombra. A vuestros soberanos pies depositaré yo el ex-voto de mi acibarada consecuencia, que no zozobrará ya, porque mayores pruebas no cabe sufrir.

Desde que asomó el primer destello de mi pobre razón alumbrando el horizonte naciente de mi vida, hasta hoy que tantas nieblas suben y tantos desengaños contristan, no, Virgen Santa, á quien los náufragos en borrascosa noche os invocan estrella del Alba, no se ha debilitado mi ardor por mi Dios y por mi patria. Permitidme, Gran Reina, que al besar vuestras plantas deposité una lágrima, como ardiente ex-voto de mi contristado espíritu.

Ilusión que en el primer idealismo del alma dibuja el ángel de la inocencia, yo te bendigo. Porque si falta la esperanza, queda tu celestial perfume. Si el mundo falta, Dios me queda.

Sombra funesta que recorres nuestras campiñas sembrando engaños; sombra que cruzas estos montes acumulando inexpertas víctimas, detente. ¿Osarás trepar estas cordilleras? Cien lustros de desgracias no abatieron sus encrespadas frentes, ni la severidad de sus rostros. Gigantes que tantos siglos contempláis lo que vale esta comarca, cómo naeen, se forman y se desarrollan los héroes, rechazad siquiera con un desdén la sombra.

En cabañas que de los riscos elevados cuelgan moran todavía restos de aquella generación titánica. Alguno que otro anciano decrepito, cuya voz cobra metal y recobra timbre si relata á sus nietos las proezas de su tiempo, de su mocedad gloriosa, aseguran que de ello dará fe eternamente la crónica del Capitán del siglo. Hablan de Napoleón y de sus huestes; pero como hablan en nombre de Dios, de la Patria y del Rey, hablan ¡oh qué sublime! con tono de natural superioridad. Detente sombra, que allí serás maldecida.

No entienden la sofistería moderna. En cambio poseen el gran instinto de lo que es tradición, de lo que es patria. ¡Y cómo se va perdiendo ese instinto! Instinto salvador, Dios confunde la soberbia científica, y exalta al humilde. Busquemos siempre lo que se nos propone si cuadra al instinto ese. Desechad la ciencia sofisticada. Del árbol que se nutrió siempre del liberalismo, vuestro paladar rechazará por instinto el fruto.

Si por misericordia divina recobrásemos aquel instinto, recobráriamos la patria. Por él se conocen sin argucias lo que es de Dios y lo que es foral. Y lo que es foral nos dice lo que es tradición, y lo que es patria, y cómo debe ser el Rey.

Si vuestro instinto rechazó á Cabrera, vuestro instinto maldiga su sombra.

JUAN VIZCARRO.

LAS ERMITAS.

Entre las maravillas de que ha llenado al mundo la religión católica, hay una que exclusivamente le pertenece.

Ni el antiguo paganismo, ni las religiones reformadas de nuestros tiempos han hecho ni hacen lo que desde el principio hasta nuestros días la religión católica ejecuta; ninguna ha multiplicado, como el Catolicismo multiplica, los portentos del arte, no sólo en las populo-

sas ciudades, sino en los más recónditos y agrestes desiertos, donde hallaba el peregrino, con plácida sorpresa, magníficos monasterios, suntuosas abadías, santuarios y hospederías admirables.

Aun en este siglo descreído; en esta edad en que el racionalismo pretende haber extinguido en los corazones la piedad y la fe; en uno de los pueblos más agobiados por las imposiciones del error, que en él pretende tener su natural y más seguro asiento, se levantó no ha mucho entre las montañas de Lourdes un santuario admirable dedicado á la Soberana Emperatriz de los cielos, como protesta viva de la fe que todavía reina en las almas contra la incredulidad que imagina avasallarlas; como testimonio de la gratitud fervorosa de los creyentes por los prodigios que por la intercesión de la Reina de los ángeles á Dios place realizar en aquel recinto, á la vista de los incrédulos más obstinados.

Pero santuarios no menos dignos de admiración que el que justamente la piedad alaba de Lourdes, por su situación sorprendentísima, por su suntuosidad y sus riquezas, y por los cultos que aun en estos tiempos aciagos, en medio de los desiertos á Dios en ellos se tributan, consévalos todavía la fe cristiana en esta tierra clásica de la piedad y de los religiosos portentos.

De ruinas de esta clase sembró nuestro suelo la vandálica revolución de este orgulloso siglo, cuyo extravío es tanto que imagina ilustrar destruyendo; pero era tanta la abundancia de grandiosos monumentos que la ferviente religiosidad de nuestros predecesores había erigido, que no pudo la piqueta demoledora devastarlos todos, y muchos se alzan aún gallardos para gozo y encanto de los creyentes y admiración del mundo.

*
* *

En el confín de la provincia en que esto se escribe, lindando con la de León, á pocas leguas del reino de Portugal, en territorio de la diócesis de Astorga, álzase en las estrechas gargantas y abruptas asperezas por donde difícilmente se abre paso el rio Bibey, un santuario dedicado á la excelsa Madre del Divino Verbo, bajo la advocación de las *Ermitas*, cuya fábrica no alcanza gran antigüedad, puesto que no se remonta más allá de principios del siglo xvii, pero que por más de un título es merecedor de la piadosa fama que en mejores tiempos ha alcanzado y que hoy en gran parte todavía conserva.

Ostenta la naturaleza en aquellos parajes accidentadísimos las más extrañas perspectivas y las más sorprendentes novedades. A legua y media al Sudeste del lugar donde descuella el santuario, hállanse los famosos codos de Laroco, antigua vía romana, así llamados por los ángulos extensísimos, extraordinarios y perfectamente trazados que

describe la montaña, y el camino que al borde de ella marcha sobre un abismo rápido y vertiginoso, en cuyo fondo corre el río Bibey.

Aquellas montañas casi perpendiculares, de colosal altura, al parecer inaccesibles, no son estériles ni se hallan incultas, antes por el contrario, son fertilísimas. Desde el fondo hasta muy cerca de su cumbre están pobladas de viñedo, sostenidas las plantas por pequeños muros de piedra que figuran una inmensa escalinata; los labradores que aquellas tierras cultivan, aunque nacidos en un país que por todas partes muestra precipicios, y por el hábito no tan expuestos á vértigos como otros estarían, descienden, sin embargo, á aquellos lugares sujetos por cuerdas atadas á la cintura.

No lejos de allí encuéntrase otra singularidad, si no única, en gran manera notable: el antiguo túnel conocido por *Monte Furado*, al que cruza un río de no escaso caudal.

Próxima está al santuario la villa del Bollo, población sin importancia, pero que debió tenerla en otros tiempos por sus vestigios de antigüedad.

Pero la mayor maravilla es la montaña donde el santuario se ha erigido, y los trabajos asombrosos que en ella se realizaron para levantarlo.

Un peñasco inmenso, que en estrechísima garganta desde el borde del río Bibey se yergue y parece va á esconder su cima en las nubes, tal es el recóndito retiro, la escabrosidad agreste en que la piedra labró lo que verdaderamente en semejante lugar es un prodigio.

En aquel peñascoso y sobre toda ponderación abrupto terreno, extraordinarios esfuerzos pudieron nivelar espacio suficiente á que en él se construyese un templo que consta de tres naves, la capilla mayor y dos altas torres, hallándose el camarín de la Virgen abierto en la roca viva; la casa del santuario, vasta y espaciosa; la hospedería no menos extensa; una ancha plaza delante de la iglesia, y el *Via-Crucis*, que consiste en pequeñas ermitas, que empiezan en el atrio del Santuario, en cada una de las cuales, figuras del tamaño natural representan las diversas escenas de la Pasión de nuestro Redentor: de una á otra ermita hay los pasos que se cuentan á cada estación.

En ese recinto hanse construído además fuentes y otras obras de arquitectura que fuera largo referir.

Todo se ejecutó terraplenando en aquella parte la desgajada montaña á pico y barreno, y levantando desde el río fuertes y enormes murallones de sostenimiento; por manera, que con verdad ha dicho el autor de una historia del santuario que tengo á la vista, que, aunque sus obras fueron costosísimas, «se ha de notar que no es menos lo que se trabajó en deshacer que en edificar.»

Con gusto me ocuparía aquí en describir los primores artísticos

que el santuario encierra, el orden ú órdenes de arquitectura del mismo y sus agregados, si me fuera dado ir hoy á visitarle; pero siéndome esto imposible, habré de pasar en silencio esto que sería parte importante de mi relato. Sólo diré que no ha muchos años aquel templo guardaba verdaderos tesoros en alhajas de oro, plata y pedrería, debidas á la ardiente piedad de los devotos de la Virgen; mas de esos tesoros le despojó la revolución, que ha venido donde quiera á empobrecer las casas de Dios, sin por eso hacer más ricos ni más felices á los pueblos.

Tanta maravilla pudo realizar el encendido celo cristiano, en medio de aquellas rápidas vertientes, donde la colosal altura de las tajadas peñas, y la vasta soledad de aquel silvestre y desolado yermo, es por sí sola en gran manera majestuosa.

Pero en medio de esa desolación, no deja allí de verse vegetación plácida; pues en ciertos espacios y aun en medio de rocas, crecen aquí y allá la vid y el olivo, sostenidos de la manera que se ha dicho lo estaban en los Codos de Laroco.

Las obras del templo, tal como hoy existe, principiólas en 1624 el Obispo de Astorga D. Alonso de Mesía y Tovar, pues antes sólo había una pequeña capilla; continuólas su sucesor D. Fr. Nicolás de Madrid, y quien dió cima y concluyó casi todo cuanto hoy existe ha sido el justamente celebrado administrador de aquel Santuario don Domingo Rodríguez Blanco.

* * *

Y todos esos tesoros y trabajos, ¿por qué y para qué han sido empleados en ese apartado y agreste paraje? preguntará algún ilustrado filosofastro, regenerador de las sociedades, á los hijos del oscurantismo.

Yo se lo voy á decir lo más concisamente que me sea dado.

Es tradición antiquísima que unos pastores que en aquellas breñas apacentaban sus ganados, observaron que, llegando éstos á cierto lugar, se paraban y lanzaban recios mugidos; hubo de repetirse el hecho diversas veces, excitando la curiosidad de los pastores, que determinaron ver qué cosa en aquel lugar era causa de la demostración extraña que habían visto; y pisando malezas, cruzando matorrales y venciendo infinitos obstáculos, llegaron en aquellas espesuras, á una peña, que era el principio de una cueva, en la que no sin dificultad suma penetraron, encontrando, con indecible sorpresa, colocada en un hueco, la imagen de la Virgen con el Niño Dios en sus brazos.

Publicaron inmediatamente la nueva del hallazgo por los pueblos vecinos; acudieron las gentes alborozadas por malas trochas y em-

pinados riscos, y tras de rendir homenaje profundo de veneración á la santa imágen que allí manos desconocidas habian colocado, y que por un prodigio tan fuera del orden natural de las cosas habia sido descubierta, le erigieron una ermita, en la que desde luego fué colocada, tributándosele en ella el debido culto.

Había entonces en aquel desamparado, rústico y formidable yermo algunos piadosos varones que, alejados del vano ruido del mundo, vivían vida eremitica, dando culto á Dios en humildes ermitas que ellos ó la piedad de los habitantes de los próximos lugares levantaran; esos ermitaños fueron los primeros que tomaron á su cargo el cuidado y culto de la sagrada imágen, titulándola *Virgen de las Ermitas*, por las diversas que, como se ha dicho, hallábanse esparcidas por la comarca.

Así pasaron las cosas, permaneciendo la Virgen largos años en su modesta ermita, alcanzando de su amado Hijo innumerables y milagrosos favores para los siervos que devotos allí la imploraban; hasta que, hallándose á principios del siglo xvii visitando la parroquia de San Miguel de Vidueira el Obispo de Astorga, D. Alonso de Mesía y Tovar, ya nombrado, cayó enfermo de gravísima dolencia que le puso en trance de muerte. Habíanle desahuciado los médicos que le asistían; por su parte conocía el enfermo su pelgrosísimo estado, y que remedios humanos no bastaban á salvarle en el riesgo inminente en que se hallaba: era devotísimo de la Virgen de las Ermitas, y acudió á su amparo pidiéndole le alcanzase la salud del cuerpo, siempre que conviniese á la del alma, y no de otra manera.

No fué estéril el ruego del fervoroso enfermo, puesto que luego tuvo una visión, en la que apareciósele la Virgen; y como la presencia del sol en el cielo aleja las tinieblas, así la de la Señora ahuyentó la enfermedad.

Cuando entraron los que le asistían, que por breve tiempo habíanle dejado solo, le hallaron por maravilla sano; lo cual fué el asombro y admiración de cuantos momentos antes le vieran espirante, y más cuando les refirió la visión que habia tenido.

Pasó luego el Prelado á visitar á la Virgen en su ermita, ansioso de darle rendidas gracias por la merced especialísima que le otorgara. En la imagen reconoció al punto ser la misma que en la visión se le habia aparecido.

Halló humildísima la ermita; y devoto ferviente de su gran favorecedora, queriendo erigir trono acomodado á la celestial Reina que habia elegido aquel sitio para desde él dispensar infinitos beneficios á la muchedumbre que de muy lejanas tierras venia á visitarla, dió principio, como he dicho, al santuario que hoy existe.

De esta manera, por esta causa, y con este gran fin, se erigió ese

gran monumento de la piedad católica, del cual son patronos los Obispos de Astorga.

Se alzó ese templo para tributar allí al Altísimo y á su bendita Madre culto solemnisimo que aun hoy se le rinde, merced á la fe que aun reina en los corazones, y que lo sostiene. Los que escuchan el Rosario, cantado allí por la noche delante del altar de la Virgen por los habitantes del país, que á causa, sin duda, de la pureza del clima, tienen un timbre de voz dulcísimo y una afinación perfecta, júzganse trasportados á las regiones excelsas donde sólo resuenan los cánticos eternos. Y aquí pudiera lamentar, pero paso sin hacerlo, que algunos que debieran fomentar y enervorizar la devoción de los fieles, con reprobables imprudencias la arredran y la enfrían.

Se alzó para que los corazones creyentes, en sus quebrantos y necesidades, puedan implorar gracia al Omnipotente por la intercesión de la que es Madre y Abogada de todos los menesterosos, en aquel sitio que, sin duda, ha escogido por una de sus especiales sedes desde la que socorre á los que, venciendo obstáculos y haciendo los sacrificios de una penosa peregrinación que acrisola la fe, acuden á implorarla.

Reiránse de esto los doctores de la incredulidad; pero entiendan que, bajo cualquier punto que la cuestión se mire, halla el hombre una felicidad infinitamente mayor en estas piosas creencias que en todas las lucubraciones de la filosofía sin fe, estéril é infecunda.

VALENTÍN DE NOVOA.

Orense, 19 noviembre de 1882.

DESDE LA REDACCIÓN.

REGIÓN DEL «SIGLO FUNESTO,» Á TANTOS DE TANTOS DE 1800 Y TANTOS.

Sr. Faccioso:

Con grande susto y congoja empiezo esta carta. Hállome sitiado de cajetines, fajas, epístolas comendaticias, peatones y trompeteros; y los unos y las otras y los otros, todos los tales útiles administrativos, se me antojan Argos inclementes que me vigilan, Canzerveros sin entrañas que me sujetan, y conciencias, en fin, que me arguyen de traición.

Pero ¿qué traición ni qué niño muerto? Yo sirvo á quien me paga,

según me han enseñado en este periódico; y pues el Director del ALMANAQUE me lo paga, y bien, sírvole con toda mi voluntad.

No sé si serán secretos las cosas que voy á decir; pero sé que son verdades tan de á folio como que el *Señor* (así llamamos aquí al padre) cobra los 40 000 consabidos.

Y comenzaré diciendo quién soy yo, para que me escuchen con benevolencia los lectores del ALMANAQUE.

Murieron mis padres, cuyo único título de honradez era el ser pobres, en un día de revolución, mi padre de un balazo y mi madre del susto consiguiente, y quedé solo, tierno niño, con los calzones rotos, el alma atravesada y las uñas largas, por lo que me amparó la autoidad.

Andando el tiempo me casé y volví á casarme, y—lo juro por las cercanías del teatro de Apolo—antes, durante y después de mis bodas, hice varias conquistas, algunas con costas, pero ninguna con castas.

Porque sabrán VV. que senté plaza de miliciano y llegué á furriel, habiendo tenido, por ende, la dicha de vestir el mismo morrión que mi Señor.

Fuí después guarda de puertas, y nada salía ni entraba de público que yo no fiscalizase; y á puro hablar mal de los carlistas de entonces, llegué á ser del Ayuntamiento de mi pueblo. ¡Y con qué gratitud se acuerdan de mi época de concejal los que por allí tenían bienes nacionales! ¡Pues no digo nada las mujeres aquellas á quienes aseguré el libre ejercicio de su profesión, fundado solamente en causas de moralidad!.....

Estos servicios y otros que no cuento, como el ser medio cómico, danzante y numerario de una sociedad calotécnica, me han producido un retiro de cinco reales diarios, con los cuales tengo para pitillos y aguardiente y para ir á menudo á escuchar la *canción de la bata*; que, aunque viejo, todavía no he perdido la sensibilidad, y aprecio en mucho la belleza artística.

Toso y continúo.

Rodando por todas partes, vine á parar á este bendito periódico, cuando ya tenía yo fama de furibundo carlistón, adquirida por los mojicones y salivazos que propiné á algunos verdaderos carlistas de mi lugar, hombres sencillos y honradotes que me juzgaban honrado como ellos.

Pues, como digo, por recomendación de una bailarina vine un día á este bendito periódico.

Lo primero que antes de admitirme me preguntó el *Señorito* (así llamamos aquí al hijo), fué si era carlista; y con tal retintín lo hizo, que temí decirle que sí y temblé decirle que no. Para salir del paso

contéle mi historia tal como va escrita, y—¡oh poder de la verdad!— cuando esperaba que me arrojara de allí con malos modos, me abrazó, me besó, me presentó á los compañeros, me llamó *queridísimo, amigulísimo, suyoísimo*, y no sé si me *santisimó* á puro *superlativarme*.

Desde entonces sudo tinta en este periódico, donde he merecido la honra de que los que conocen mi historia me apelliden *preposito en pequeño*; y he llegado á convencerme de que soy íntegro: con tanta predilección me miran todos, especialmente mi tocayo histórico, si así puedo llamar al *Señor*.

Y conocido yo, que soy un dependiente de escalera abajo, puedo decir con orgullo que también quedan conocidas, aunque harto lo son de por sí, las personas de viso que aquí están.

Los principales son: el padre, el hijo, el tejado que filosofa, y uno que tiene, de nacimiento, una mella en el un lado de la parte superior de la boca.

Pero se reúnen muchos amigos, todos de tan limpia historia carlista como el padre, como el hijo, como el filosofillo, que fué oficial de Gobernación y hoy es académico y mañana cobrará la cesantía, y como el de la mella, mendicante de oficio en redacciones de periódicos excomulgados por *El Siglo Futuro*.

Y esos amigos que se reúnen, representan todas las clases sociales y todas las virtudes humanas.

Entre ellos hay un militar respetable y trasconejado, cuya pudibunda espada no conoció la carne, ni la sangre, ni siquiera la atmósfera, espada modelo siempre de monacal abnegación.—Pues éste representa el valor.

Entre ellos hay algún personaje, célebre como carlista porque nunca lo fué, y más enemigos ha dado á Nocedal que pelos tiene en la desnuda mollera; y célebre como arquitecto, por el indestructible edificio que á su estómago supo levantar sobre la Constitución de 1869, que juró, salvando la conciencia, claro está.—Este representa la consecuencia.

Entre ellos hay algún que otro íntegro, liberal de siempre y conservador de cosas antiguas: y es así que la cosa más antigua que tiene es el apetito, y que el apetito se conserva alimentándole sabrosamente, y que el alimento más sabroso para él es el presupuesto, y que el presupuesto... etc., etc.; *ergo*... juró también la Constitución del 69, salvando la conciencia como el otro.—Este representa la lógica, y también la consecuencia.

Entre ellos hay hasta un sastre, que representa el elemento artístico... Pero nunca terminaría si hubiera de referir lo que hay entre ellos.

Advierto, sin embargo, que entre todos no hay sino una sola voluntad, un solo deseo, una sola orden; y esta unidad la representa el padre, siendo los otros, por tanto, puros ceros. Y como el padre, por su puesto y supremacía, á nadie puede colocar á la derecha, la cantidad que esos ceros y ese uno forman es cantidad decimal, que se hará más ínfima y humilde cuantos más ceros tenga. ¡Y aun se atreverá alguno á llamar soberbio al que sólo trata, aritméticamente demostrado, de reducirse á la menor expresión!...

* * *

Reúnense, pues, ellos y los otros, saludándose con los más expresivos motes: *castísimo* llaman al *Señor*, que tiene y dejará mucha casta; *delicioso* al academiquillo; al de la mella *leal*, nombre que pongo yo á todos los perros que tengo; y así sucesivamente, en conformidad con lo que cada uno es.

Las conversaciones son todas de unos mismos asuntos: del Papa, de los Obispos, de D. Carlos, de los suscritores y de los rebeldes y mestizos; ó, poniéndolos en el debido orden de consideración que aquí se merecen, de los suscritores (los primeros los suscritores), de D. Carlos, del Papa, de los rebeldes y mestizos y de los Obispos. ¡Y qué cosas decimos, Dios mío! ¡Cómo se conoce que nosotros somos los buenos, nosotros, ni más ni menos, y que la pureza é integridad de las doctrinas santas ha sido encomendada á nuestras puras manos!... ¡Con cuánta razón, pues, apellidamos á todos y seguiremos apellidándoles liberales ó tontos de la cabeza, hasta el día, y aun entonces hablaremos, en que *directamente boje del cielo un rayo de luz!*

Por eso, Dios mío, te rogamos diciendo: «Gracias, porque no nos has hecho ni adúlteros, ni hipócritas, ni envidiosos, ni soberbios, ni liberales...» como te rogaba aquel bendito que entró en el templo cuando el miserable publicano...

Pero, ¡o que son las cosas de la vida! á veces todas esas arraigadas convicciones nos las manifestábamos mutuamente, acompañándonos de un guiño ó de un codazo.

Visto, pues, que todos somos, vamos al decir, lobos de una misma camada, creará cualquiera que entre nosotros reina la paz más envidiable; pero... ni por esas.

Figúrense VV. que antes, esto se usaba antes, el *Señorito* hacía rezar el rosario á todos los empleados en comunidad, para lo cual habíamos de acudir á la cotidiana tarea con media hora de anticipación. Yo me divertía mucho, porque, á hurtadillas por supuesto, á uno le tiraba de la chaqueta, á otro le hacía hociocar levantándole un

pie, ó ya remedaba contorsiones y golpes de pecho de todos conocidos, con lo que hacía reir. Pues aquel bendito rosario, que algún día hubiera podido terminar como el de la aurora, producía tales disgustos y jaleos, que redactor hubo que en el primer misterio tocó á alzar y no volvió.

Ahora, como todos se saben lo que son y se conocen bien, el uno opina que el otro es un mal bicho que no dice cosa buena ni de su madre; el otro opina que el uno es una caricatura de sí mismo, tarambana sin fijeza de ideas y sin dos escrúpulos de lastre, y todos estamos reventados mutuamente, y más que de nadie y de nada, de la alivez, prosopopeya y rufianería del *Señorito* que nos da de comer.

Pero estas discordias intestinas no trascienden á los intestinos, que es lo importante para la realización de la amistad, amistad verdaderamente *entrañable* y que tiene su filosófica expresión en estas dos palabras: *comemos juntos*.

*
* *
*

¡Ay, y qué sudores pasamos, qué trabajosa nuestra tarea, qué pausada la elaboración de nuestros argumentos!

A veces para traducir una frase que no nos gusta de un documento, aunque sea emanado del mayor soberano del mundo, horas y horas de tortura sufrimos, y el *exceso de original* nos impide publicar el documento ó la frase; á veces una carta ó una firma nos sobresalta, y perplejos, sin saber qué decir de ella, indagamos secretamente la *filación*, la edad y hasta la fisonomía del autor, pues esto es condición necesaria para fulminar después el anatema ó entonar el cántico de triunfo: cuando la verdad nos ofende por su desnudez, la pudicia nos obliga á esconderla ó á emplumarla; saldamos cuentas de honra perdonando á nuestros acreedores, ya que á nosotros nadie nos deba; y cuando el aterrador espectro de un báculo—porque es muy aterrador y nos aterra muchas veces—nos fastiga y amenaza, entonces el cetro y el trono que decimos que defendemos nos sirven de escudo; trono y cetro que hemos hecho aparecer de cartón, por lo fácilmente que á nuestro arbitrio vienen y van.

Así se redacta el periódico.

Pero hay ocasiones en que, por estar ausentes los señores, lo redactan los pegafajas y demás gente menuda.

Esta variante, que acaece muy á menudo, de nadie es conocida; lo cual revela evidentemente que todos los aquí empleados somos personas de mucho talento; es decir, que los pegafajas, peatones y trompeteros valemos tanto como los redactores de planta; ó viceversa, y

más exacto, que nuestros redactores de planta valen tanto como cualquier engrudador ó trompetero.

Pues en tales ocasiones, ó sea cuando el academiquillo tiene dolor de barriga por la revolución de la picara bilis; cuando el de la mella se va á peinar para hacer el amor,—porque se peina frecuentemente no sé si por embellecerse, ó por limpiarse, ó por rascarse;—cuando el *Señor* va á firmar la nómina ó á algún cortejo, y no lúnebre; y cuando el *Señorito* está de ejercicios espirituales, cosas todas harto comunes; en tales ocasiones, repito, recibimos órdenes terminantes que, unidas á lo que el ejemplo nos enseña, nos transforman en redactores de superior calidad, dicho sea con perdón de la modestia.

Las órdenes á que me refiero son las siguientes:

«Si se ven precisados á hablar de algún Obispo, llámenle nuestro, queridísimo, amadísimo, venerabilísimo, dignísimo y bondadosísimo.»—Esta es orden del *Señorito*.

«Si hay que referir alguna obra buena que no convenga realzar, ó algunas palabras, así sean las del *Credo*, que no nos den la razón en todo, tóquense VV. las narices y trinquen la cabeza en señal de mal olor.»—Esta es orden del academiquillo.

«Si se trata de alguna persona, por decente y honrada que sea, no perteneciendo á nuestros amigos, traten de calumniarla y zaherirla; y si á ella no pueden, á su padre, á su abuelo, á su mujer, á cualquiera de los suyos, pero de modo que le humille y enlode; y á todos, sabios y santos de que no seamos devotos, díganles las cosas chispeantes y graciosísimas de mi invención, como tontines, simplains, mamarrachos, etc., etc.; en fin, procuren hacerles mella.»

—¡Como la tuya!—decimos para nuestro capote al ordenante;—como la tuya, morbo animado, que por lo visto á todos quieres hacerlos á tu imagen y semejanza.

Y, por último, estas son las órdenes del superior:

«Cuidado con la orla, y revisen el *Calendario*, que el día de San Roque, á quien haré abogado de las calabazas, hay que poner orla grande y emplear toda la primera plana en pedir al bendito santo que nos libre de la peste mestiza... ¡Lástima que ya no tengamos letanía, aquel manojito de flores piadosas que nos envidiaría *El Motín!*... Protesten VV. mil y mil millares de veces de nuestra inquebrantable adhesión á las enseñanzas divinas, que defenderemos sin distingos ni tergiversaciones malévolas, y no hagan caso de lo que manden ó deseen el Papa y los Obispos, á no ser el nuestro. Si nos escribe uno, digan que un millón; si nos felicita un sacamuelas, llámenle doctor insigne; si alguien (¡habrá tantos!) nos demuestra que somos unos bodoques, vitoréen sin tino á toda la jerarquía eclesiástica, á toda la corte celestial, á todo el universo mundo; si nos censuran

los liberales, exclamen VV.: ¡qué mayor prueba de la justicia de nuestra causa!; y si nos aplauden los liberales, exclamen VV.: ¡qué mayor prueba de la justicia de nuestra causa!; y para contestar á los argumentos de los contrarios, usen VV. admiraciones, interrogantes, puntos suspensivos y paréntesis, todo lardeado con diéresis y comillas, y muy á menudo hagan variaciones sobre motivos del *ja, je, ji, jo, ju*; es decir, ríanse; esto es, enseñen los dientes».....

Excuso decir si cumpliremos las órdenes á maravilla: ahí está la colección del periódico que no me dejará mentir.

Por lo demás, aquí todo son gangas. Los suscritores reciben abrazos, *ísimos* y paquetes de números, al hacer el pago, que al no hacerle (y hay muchos de éstos)... yo me figuro que obran bien.

Nosotros estamos que ni en Jauja. Algo nos molestan, es verdad, las rencillas antes indicadas; pero todos encendemos la lumbre y hacemos la limpieza con papel timbrado; con lo cual fácil es adivinar qué suscritores de nuevo cuño tiene nuestro periódico.

Del cual aun queda tela cortada para rato.

Algún malicioso creerá tal vez que lo dicho hasta aquí sólo debe considerarse como apuntes para una comedia, y otros aun se atreverán á presumir que escribo debajo de algunas bambalinas; pero que me llamen *mestizo*, si no es cierto á lo largo, á lo ancho y á lo profundo.

Sentiré que de ello se aproveche *La Unión* (acentuada con acento) y *LA* (mala) *FE*, como aquí llamamos á esos papelotes; lo sentiré, principalmente en *LA* (mala) *FE*, pesadilla nuestra, fantasma terrible que nos horripia y despeluzna.

Y renegando de todos los rebeldes y traidores, quedo pidiendo á Dios que se los lleven los demonios.

¡Viva la religión católica!

¡Viva el catolicismo!

¡Viva la Iglesia universal!

¡Viva el *Señor* y su hijo, y su hijo, y su hijo, tres veces su hijo!

(Vale... *(por cinco duros)*).

Uno.

CÁNONES

del Concilio Trujillano, bajo el Pontificado de Capetillo I. (1)

- I. Si quis dijere que Candidus Nocedal no est el Pontifex mas magnus del universi, anathema sit.
 - II. Si quis se atreveset á non ser subscriptor al *Sæculo Funesto*, anathema sit.
 - III. Si quis osaret sustentare que el Capetillus inflatus percibit largas pecunias de manis liberalibus, anathema sit.
 - IV. Si quis fueset tan indecens que non quisieret afirmare que toti los Obispi sont liberales, anathema sit.
 - V. Si quis se insolentaset á facere risas contra Capetillum, anathema sit.
- Et dixit Capetillus: Qui capetillizatus fueset, salvabitur; empero qui non, condemnabitur.

Doy fe.
EL FACCIOSO.

D. JOSÉ DEL VILLAR.

Encontrábame en la aldea cuando se me pidió desde Madrid un artículo con destino á este Almanaque. Pensando en la manera de complacer á sus editores, fijé casualmente la mirada en el libro que tenía sobre la mesa de mi cuarto, y en el acto me dije: Hallé lo que buscaba. Acababa de encontrar asunto para mi artículo. El libro era *El Criterio*, la lectura de una de cuyas páginas habíame hecho recordar pocos días á la persona conocida con el nombre y apellido que he escrito á la cabeza de estas líneas.

El párrafo más saliente de esa página dice así:

«Encuéntrense personas exentas de liviandad, de codicia, de envidia, de odio, de espíritu de venganza; pero libre de esa exageración del amor propio, que, según es su forma, se llama orgullo ó

(1) El latín que se usó en este conciliábulo, es como la lealtad de sus miembros: macarrónico.

vanidad, no se halla casi nadie, casi podría decirse que nadie. El sabio se complace en la narración de los prodigios de su saber; el ignorante se saborea en sus necedades; el valiente cuenta sus hazañas; el galán sus aventuras; el avariento ensalza sus talentos económicos; el pródigo su generosidad; el ligero pondera su viveza; el tardío su aplomo; el libertino se envanece por sus desórdenes, y el austero se deleita en que su semblante muestre á los hombres la mortificación y el ayuno.»

La anatomía que hace Balmes del corazón, cuyos más ocultos secretos sorprende y señala con lacónica precisión, humilla y enorgullece á la vez, porque revela la miseria del hombre, mostrando de paso el alcance del entendimiento que se la manifiesta.

Dice bien el insigne catalán; somos orgullosos ó vanos, ó somos vanos y orgullosos al propio tiempo; y el que cree haber evitado estas dos pasiones, aunque no lo diga, interiormente se jacta de ello, jactancia que constituye el orgullo ó la vanidad.

Para ser humilde es de absoluta necesidad ignorarlo. La humildad que de sí propia da fe, si no es el orgullo que se disfraza, sabe al menos lo que es orgullo, puesto que considera que lo ha vencido, y el vencer una pasión supone cierto conocimiento de la misma. El que conoce el orgullo le siente poco ó mucho. Creo, pues, que el verdaderamente humilde no ha de sospechar siquiera que lo es; ha de pertenecer al número de los justos que se tienen por pecadores, al número de «las almas privilegiadas sumergidas en la purísima llama de un amor celeste.»

Así al menos hay que deducirlo del concluyente razonamiento de Balmes; pero al deducirlo así, tengo que preguntarme: ¿Era santo D. José del Villar?

¡Quién podría responder! No sé si era santo; sólo sé que si Balmes no se equivoca al discurrir sobre el orgullo y la vanidad, D. José del Villar era un hombre humilde en la rigurosa acepción de la palabra; y aseguro que si Balmes le hubiera tenido á su lado, si le hubiera conocido como le conocieron mi padre y los que formaban la redacción de *La Esperanza*, habría tenido algo que corregir en el brillante párrafo preinserto, ó se habría visto obligado á considerar como santo á un periodista.

* * *

Acaso esperen los lectores de este Almanaque que les cuente la vida del hombre de quien acabo de hacer el mayor elogio que puede hacerse de un cristiano; acaso esperen encontrar en ella rasgos heroicos dignos del protagonista de una verdadera epopeya. Pues si

eso esperan, se equivocan. En D. José del Villar todo era natural y sencillo.

En grave apuro me vería si hubiese de convertirme en su biógrafo. Casi no sé dónde nació, ni cómo y de qué modo vivió hasta que, por recomendación de un amigo, se presentó á solicitar un puesto en la Redacción de *La Esperanza*. Las escasas noticias que tengo de su vida y de sus antecedentes, se las debo á unos buenísimos parientes suyos que me las dieron después de morir él. Y sin embargo, le recuerdo desde que yo era muy niño, le traté bastante mientras seguía mis estudios en la Universidad, y desde que concluí la carrera hasta el año 1870, todos los días estuve con él cinco ó seis horas.

Y no se crea que era hipocondriaco ó estrafalario ú hombre de pocas palabras. Nada de eso; su carácter más tenía de jovial que de otra cosa; hablaba lo debido, pero (y esto es lo que llamaba poderosamente la atención) nunca de sí mismo, sino en caso de extrema necesidad.

Tal era su reserva en este punto, que si su plácida fisonomía no hubiera revelado la inalterable tranquilidad de su espíritu, habríaase tomado por un personaje misterioso, por uno de esos seres que llevan al sepulcro un grave secreto propio ó de familia. Por la suya supe que había nacido en Madrid; que huérfano de padre y madre en edad temprana, había sido recogido por una tía suya muy bien acomodada, y hasta un año después de haber sido admitido en la Redacción de *La Esperanza*, se ignoró entre sus compañeros que había desempeñado un honroso destino civil durante la guerra de los siete años en las Provincias Vascongadas, no sin haber antes llevado el fusil, de que se le privó al saber que era una persona instruída y de distinguido nacimiento.

¿No tenía nada que contar de su vida? El más pobre, el más ignorante é ignorado de los hombres, al llegar á los treinta años puede escribir un libro sin más que ordenar lo que le ha sucedido, fuera de que nadie se cree tan insignificante que dude de que la narración de algunos sucesos de su vida distraigan ó enseñen algo á las personas de su intimidad. De esta regla era una prodigiosa excepción D. José del Villar, quien seguramente nunca se dió cuenta del asombro que producía su reserva, hija en él de la humildad, única que puede engendrar el convencimiento de la propia insignificancia.

Muy poco observador ha de ser quien no haya descubierto en el hombre una tendencia casi invencible á hablar de sí mismo ó á hacer que se hable de él. Todos, más ó menos, acaso sin darnos cuenta, aspiramos á vivir en la mente de nuestros semejantes, y cuantas más personas se ocupen de nosotros mayor satisfacción experimentamos. Existen ciertamente algunas que huyen de la publicidad, y á quienes

ésta desagrada y hasta horroriza; pero tratemos de inquirir la causa, y bien pronto la encontraremos en el egoísmo, en la timidez, no en la humildad. Sólo cuando hallemos un hombre que contra su interés manifiesto se calle en lo que le atañe, podremos calificarle de humilde por su silencio; y este era el caso de D. José del Villar.

—¿Dónde esta V. colocado?— le preguntó mi padre en la primera entrevista que con él tuvo.

—En un periódico de la mañana cuya confección hago,—contestó D. José del Villar; añadiendo:—y como *La Esperanza* es periódico de la tarde, prefiero estar aquí para no trasnochar.

¿Podía explicarse por timidez ó egoísmo callar la principal razón que tenía para desear su admisión en *La Esperanza*? ¿Por qué no dijo que era carlista? De haberle preguntado su opinión política, no la hubiera negado; pero no preguntándosele por ella no creyó deber revelarla, exponiéndose con su silencio á no obtener lo que solicitaba.

¿Qué diferencia entre D. José del Villar, cuya única pasión era el carlismo, ocultando que era carlista cuando revelándolo estaba seguro de alcanzar lo que pretendía, y otros que todos conocemos, que acaso no han arrancado del alma la pasión anticarlista propia del liberal nacimiento, y que tal vez para satisfacerla se fingen carlistas!

Antes de las nueve de la mañana llegaba D. José del Villar á la Redacción, y allí estaba perenne junto á la mesa donde confeccionaba el número y redactaba las gacetillas, oyendo con bondadosa sonrisa las preguntas de todos los que llegaban, las impertinencias de muchos desocupados y las reclamaciones de los que se consideraban agraviados por *La Esperanza*, y que tropezaban con él antes de presentarse á mi padre.

Era además D. José del Villar el depositario de los billetes que enviaban á las redacciones las empresas teatrales. Durante más de veinte años estuvo encargado de repartirlos; sólo que él se había impuesto la obligación de enterarse de las funciones, sobre cuyo éxito, así como el mérito de los actores que las desempeñaban, hablaba con gran conocimiento de causa al que le sacaba la conversación. ¿Quién oyéndole hubiera creído que nunca ponía los pies en el teatro? Pues me consta que era así.

¿Qué diferencia entre D. José del Villar, que no iba jamás al teatro y que sin decir si iba ó no iba hablaba de él por complacer á los que gustaban de esta conversación, y los que teniendo periódicos, para parecer austeros no permiten que se anuncien en los suyos las funciones teatrales y no pierden una!

—Diga V., Villar,—preguntóle un día mi padre.—Levantándose V. al rayar el día, como sé que se levanta, ¿qué se hace hasta las nueve en que viene á la Redacción?

El interpelado se puso rojo como una amapola, pero contestó dando á su mirada cierta expresión casi picaresca:

—Me doy una vuelta por ahí.

Y no mentía. Efectivamente se daba una vuelta por los mercados para enterarse del precio de los comestibles y escribir contra los que lo elevaban más de lo debido; pero callaba algo, callaba que se pasaba cerca de dos horas en la iglesia, donde, según se supo después, le sorprendieron repetidas veces amigos comunes.

¡Qué diferencia entre el cristiano que no cree tener necesidad de contar sus devociones, y otras personas que sin ser sacerdotes van á misa y vuelven de ella con un enorme breviario debajo del brazo, y anuncian á los cuatro vientos cuando encargan novenas ó deciden comulgar!

Muchos años han trascurrido desde que sucedió lo que voy á contar.

Recientes la guerra de Africa y el desgraciado movimiento de San Carlos de la Rápita, los fondos públicos más altos que nunca, agonizante el partido progresista, sin fuerza ostensible el republicano, fresca la tinta con que se había escrito la abdicación forzada y la contra-abdicación espontánea del augusto Conde de Montemolín, que acababa de bajar al sepulcro, y cuyos derechos había tirado por el balcón su señor hermano D. Juan, pérfidamente aconsejado por un aventurero, D. José Indalecio Caso, imaginóse que podía enterrar el carlismo matando *La Esperanza*, con la que no habían podido concluir ni las multas de las autoridades ni las celadas de los ultramodernos, *neos* ó *MESTIZOS* de entonces, capitaneados por D. Cándido Necedal.

El momento estaba bien elegido y la conspiración perfectamente urdida. El Sr. Caso debía presentar la dimisión del empleo de fiscal de imprenta, con objeto de ponerse en su día al frente del nuevo periódico destinado á sustituir á *La Esperanza*, para lo cual contaba el siempre inquieto y proyectista personaje con el crédito que había alcanzado entre los lectores de la misma como antiguo redactor, con la cooperación de varios de los que entonces escribían en ella y con todo el apoyo moral y pecuniario del Gobierno. Pero los redactores debían ocultar á mi padre el compromiso, no revelándoselo sino en el momento en que todos juntos se despidieran acompañados del gerente de la imprenta y del editor responsable. Sin el último, tenía que suspenderse la publicación de *La Esperanza*, y para habilitar otro era necesario encontrarlo adornado de las numerosas condiciones exigidas en aquella época, é instruir un expediente que hubiera podido alargarse á gusto de los mismos Ministros favorecedores del señor Caso, quien, mientras tanto, se encargaría de aprovechar el tiem-

po con los suscritores de *La Esperanza*. Por desgracia de los conjurados, el editor responsable (hoy Administrador de *La Fe*) opuso una rotunda negativa; para mi padre no hubo sorpresa, y todo se redujo á la pérdida de algunos redactores y del regente de imprenta, inmediatamente sustituido por D. Antonio Pérez Dubrull.

¿Se hicieron ó no proposiciones á D. José del Villar? ¿No? Pues esto da idea de la que de lealtad política y personal de éste tenían los conjurados. ¿Si? Pues D. José del Villar nunca lo dijo. Mi padre y mi cuñado, que se inclinaban á la afirmativa, no quisieron preguntárselo para no obligarle á sacrificar á la necesidad de no mentir su extremada deheadeza y el propósito de no contar lo que podía honrarle ó simplemente favorecerle.

Algunos días después de la crisis abortada, D. José del Villar presentábase, según la costumbre de siempre, con la nómina de la Redacción á mi padre, que temeroso de lo que iba á suceder, le dijo sin levantar los ojos de la prueba que estaba corrigiendo:

—Puesto que por ahora nos hemos quedado solos Antonio Juan, usted y yo, de hoy en adelante cóbrese V. diez duros más al mes.

El diálogo que siguió á esta advertencia no fué largo, pero sí acalorado. D. José del Villar por la primera y única vez en su vida se opuso rotundamente y á gritos á la voluntad de mi padre, el cual, impaciente de veras, exclamó levantándose de la silla:

—Le he dicho á V. que se cobre los diez duros más y que me deje trabajar.

Sólo entonces D. José del Villar bajó la cabeza y se fué á la habitación contigua, que era la suya, no sin seguir murmurando en voz baja:

—¡Esto es una atrocidad, esto es una atrocidad!

Dos horas más tarde abandonaba mi padre la Redacción, y en la puerta de la escalera se encontró de nuevo con el rebelde redactor, que le dijo ya en tono humilde:

—Bien pensado, D. Pedro, yo no puedo...

Y en efecto, no pudo terminar la frase, porque mi padre, ya colérico, se la cortó exclamando:

—¿Me quiere V. dejar en paz? Es V. el hombre más terco que he conocido.

Y bajó precipitadamente la escalera.

Media hora más tarde referíanos conmovido lo que acababa de sucederle, asegurándonos que D. José del Villar estaba de non en el mundo.

Puede suponerse lo que le querría. Y no hacía sino pagarle. Todas las personas de la familia, comenzando por mi padre, sabíamos que ese hombre, que de cinco en cinco años se impacientaba una vez,

defendiéndole contra un envidioso solapado, había promovido un verdadero escándalo en una librería. Por supuesto que se murió ignorando que lo sabíamos. Si se lo hubiéramos revelado habríamosle proporcionado una pena poco menos grande que la que tuvo al encontrarse frente á frente con un enemigo de mi padre. Tenía formal empeño en que nadie supiese nada de lo bueno que hacía, empeño hijo, á mi juicio, del íntimo convencimiento en que estaba de que no hacía nada bueno, y antojábasele que, contando lo que podía parecer bueno á los demás, los engañaba respecto de sí propio.

Si esto no es ser humilde, declaro que ignoro en absoluto lo que es la humildad.

Voy á referir, por último, un hecho que, mejor que los anteriores, retrata al hombre.

Dos ó tres años después de morir mi padre, pasó á mejor vida el Administrador que era de *La Esperanza*, D. Miguel Neira. No recuerdo quién propuso para desempeñar este cargo á D. José del Villar, y mi hermano político dijo:

—No le conocen VV.; si le obligan á aceptar, se muere; estoy seguro que le aterra la idea de la responsabilidad que contrae manejando dinero ajeno.

Y así era en efecto. Desde que se enteró del riesgo que corría, nuestro hombre no dormía ni descansaba.

—Señor de Villar,—preguntóle en la calle mi cuñado,—¿ya sabe usted que conspiro contra V.?

—¿Cómo?—repuso el interpelado.

—He sostenido que no se puede seguir pensando en V., porque carece V. de responsabilidad.

Al decir esto mi cuñado le miró, esperando el efecto de la broma. ¿Cuál no sería su asombro al oírle contestar?

—Y es verdad, muchísima verdad. ¿Qué responsabilidad tengo yo para administrar un periódico cuyo gasto mensual fluctúa entre treinta y cuarenta mil reales?

D. José del Villar había tomado en serio la broma, y no se consideraba ofendido. Creía, por el contrario, muy natural que no juzgáramos su honradez, más notoria para nosotros que la nuestra propia, suficiente garantía, y que buscásemos otra metálica ó que pudiera reducirse á metálico.

¿Cabe mayor humildad? Entre los anacoretas, tal vez; entre los que viven en el mundo, no; porque importa advertir que la respuesta de D. José del Villar no puede atribuirse á torpeza de comprensión. La suya era clarísima.

Concluyo, bien que sintiendo no haber podido comunicar á mis lectores toda la admiración que tuve hacia el hombre á quien consi-

dero por su prodigiosa humildad como una de las glorias más puras del partido carlista, de *La Esperanza* y por ende de *La Fe*.

Siempre se ha creído y se creerá que el que sacrifica la vida en servicio de su Dios, de su Patria ó de su Rey, merece ser honrado y ensalzado; pero el que ahoga el sentimiento de la estimación de sí propio, cuya exageración tantos males causa, no es menos acreedor á que se le glorifique siempre y principalmente ahora, cuando la ambición produce estragos irreparables, y la soberbia, parodiando el lenguaje del celo religioso y político, quiere avasallarlo todo.

Pero al terminar la pobre apología que acabo de hacer del hombre más humilde que he conocido, procede que me confiese culpable de la pasión, del orgullo, porque á orgullo tengo poder decir que don José del Villar quiso á mi padre y á toda mi familia como á la suya propia. Y al confesar esto, doy testimonio, por lo que á mí toca, de la verdad que encierran las palabras de Balmes sobre lo que llama la pasión más hondamente arraigada en el corazón humano, y confirmo la observación que un gran moralista francés del siglo xvii hace, al decir que pocos escriben humildemente de la humildad.

VICENTE DE LA HOZ Y DE LINIERS.

SOLUCIÓN Á LOS ACERTIJOS DE LA PÁG. 62.

- Al 1.^o—En que tienen un Judas.
- Al 2.^o—En que tienen márgenes.
- Al 3.^o—En que muere por la boca.
- Al 4.^o—En que ensucian el agua.
- Al 5.^o—En que se mete por los ojos.
- Al 6.^o—En que arrastra cadena.
- Al 7.^o—En que se *adhieren*.
- Al 8.^o—En que pone vendas.
- Al 9.^o—En que tienen puños.
- Al 10.—En que tienen ojos y no ven.

ILLE.

CAPETILLADAS.

(RONDÓ.)

Señores: soy un íntegro
 que con valor intrépido
 me lanzo tras la nómina
 del fisco liberal;
 defiendiendo al rey legítimo,
 carlista soy el único,
 y visto de académico
 al lado de Pidal.

Soy único católico,
 y mi poder omnímodo
 somete los Pontífices
 á *Nuestra* religión;
 y si con fin satánico
 algún Obispo incrédulo
 levanta audaz el báculo,
 le arrojo el morrión.

No tengo por buen súbdito
 sino por atroz discolo
 á aquel que mi periódico
 no quiere recibir;
 profeso sistemático
 horror á lo verídico,
 y fundo el mayor mérito
 en esto de... vivir.

Del hombre más angélico,
 del alma más seráfica,
 seré siempre impertérrito
 la más acerba cruz;
 un bicho seré indómito,
 me burlaré del público,
 y tramaré mil cábalas
 á espaldas de la luz.

Que tengo tres presbíteros,
 a pluma de un filósofo,
 la lógica de un místico,
 que apoyan mi poder,
 espadas lealísimas,
 y del *Morro sui generis*
 las bárbaras mandíbulas
 ansiando qué pacer.

EL FACCIOSO.

DOS MONUMENTOS DE LEALTAD.

I.

EXPOSICIÓN DE DON A. J. DE VILDÓSOLA AL SEÑOR DUQUE DE MADRID, INSERTA
 EN «LA FE» DE 15 DE SETIEMBRE DE 1882.

SEÑOR:

Doy rendidas gracias á Dios, que vela por la santa causa que se simboliza en la augusta Persona de V..., por la concluyente prueba que la Carta de V... á su representante en España, fechada el 9 del corriente, da á lo que con profunda pena tuve que decir en LA FE precisamente el día que llegaban á Madrid las palabras de V...; á saber: que nuevamente los implacables enemigos de la causa carlista han secuestrado el ánimo bondadoso y confiado de V...

Y me atrevo á decir esto, Señor, porque la contradicción patente, visible y palpable que existe entre los conceptos de la Carta que V... ha firmado, y los hechos más evidentes, más irrefragables, y á la vez mejor conocidos de V... lo está gritando á voces.

Señor, el día 3 de enero de 1875, cuando por primera vez después de cuatro meses de estancia en las Provincias, al saber la proclamación de D. Alfonso, fuimos mi hermano Vicente y yo á ver á V... para exponerle la gravedad del acontecimiento y para ponernos con voluntad todavía más viva que antes á sus órdenes, V... que se dignó recibirnos en Lequeitio con un afecto no menos agradecido por saber que éramos dignos de él, quiso conocer nuestra opinión sobre lo que debía hacerse, y yo recuerdo como si fuera ahora, haber dicho á V...:

Lo primero, que vengan al lado de V... ó Nocedal ó Villoslada, cualquiera de los dos, y que en Vergara se constituya un Consejo con el Conde de Orgaz, los Marqueses de la Romana y Villadarias y un representante de todas las provincias que están en armas; Consejo que no ha de hacer nada sino dejar en este país agostado lo que las personas que he citado á V... gastan en el extranjero, porque V... no los llama. Y sólo así, añadí, se evitará el que muy luego pase á la vista de este pueblo el vapor que lleve á Madrid al Nuncio de Su Santidad, infiriéndonos una herida más peligrosa que la que la proclamación de vuestro Primo nos ha inferido.

Y V... me respondió: HE LLAMADO DOS VECES Á NOCEDAL Y NO ME HA CONTESTADO.

Que esto no lo ha olvidado V... nos lo garantiza la feliz memoria de que le ha dotado la Providencia; pero además, Señor, hay de que eso es cierto, testimonios irrefragables; hay, no recuerdo ahora en este momento si la copia oficial ó la minuta de la orden que se transmitió á D. Cándido Nocedal, orden que conserva el amigo mío, hoy vecino de Bilbao, que la escribió y que está dispuesto á darla al público; y hay todavía otra cosa más decisiva, como que es inapelable, y es la confesión de D. Cándido Nocedal en una carta á D. Ceferino Suárez Bravo, fechada en 14 de marzo de 1876, cuya autenticidad él mismo ha tenido que reconocer, y en la que se leen estas palabras:

«ME LLAMÓ, PERO COMO YO LE CONOCÍA, NO QUISE IR.»

¿Cómo, pues, V... ha podido firmar leyendo lo que firmaba, ó ha podido escribir de inspiración propia la frase de la carta en que se le dice á Nocedal: TÚ QUE SABES OBEDECER SIN QUE LA FUERZA BRUTA TE COMPELA Á ELLO?... ¿Y quién puede haber falsificado ó escamoteado la firma y la letra de V... para garantizar esa frase que se hace pública en los momentos mismos en que se está reproduciendo la del Sr. Nocedal, sino el que quiere perder á V..., presentándole como el más ciego instrumento de ese hombre que se resguarda con V..., á la vez que presenta á V..., el corazón y la inteligencia de V..., por blanco á los tiros de sus más encarnizados enemigos?

No quiero molestar mucho la atención de V..., pero tampoco puedo dejar de decirle que hay en la carta de V... otra frase que está en abierta contradicción, por desgracia, con la realidad de las cosas. A V... le han dicho y le hacen decir que el partido está unido y compacto, y jamás, jamás ha habido en él tanto encono personal, divisiones más violentas, disputas más apasionadas. Ciertamente, todos queremos igualmente á V..., todos estamos dispuestos, hoy como siempre, á sacrificarnos por la causa de la Iglesia y de la Patria á la voz de V...; pero entre V... y todos sus leales hay un hombre funesto que trabaja sin descanso, apelando á todos los medios, sin de-

tenerse ante ninguna consideración, saltando por encima de todas las conveniencias, por herir el amor propio, introducir desconfianzas, presentar á los leales como traidores, y especialmente por separar de V... aquella alta representación que trajo al mundo con el derecho de su nacimiento, mientras excita la sospecha de que se hayan malogrado aquellas altas cualidades con que Dios quiso dotarle y que tanta intensidad daban al entusiasmo que V... inspiraba á cuantos en tiempos más felices llegaban á conocerle.

El grito de angustia de todos los buenos carlistas, desde un extremo á otro de España; los tristes resultados de todas las empresas de ese hombre; el malogro de la Peregrinación nacional; los dos solitarios Diputados que la voz de V... ha podido llevar al Congreso, y ¿qué más? las mismas repetidas cartas y declaraciones que se arrancaron á V... para sostener una influencia que cada día decae más, todo está diciendo lo contrario de lo que á V... le hacen decir y le han hecho creer; todo proclama que estamos divididos como jamás lo hemos estado.

Señor, desde que concluyó la guerra, hasta hoy, no ha habido discolos, no ha habido rebeldes; nadie, por mucho que le disgustara la Representación otorgada por V..., nadie, que yo sepa, la ha negado; nadie, que yo sepa, ha dicho que la desobedecería ni la ha desobedecido, como se lo decía á V... en la carta que á principio de año y por haberlo así querido V... le dirigimos. La Representación de V... es la que forma y forja los discolos y los rebeldes, y que los forma y los forja es cosa tan clara por una parte y tan torpe por otra, que el respeto que debo á V... no me permite exponerle lo primero, y el que me debo á mí mismo hablarle, ni por alusión, de lo último.

Antes que empezara la guerra y durante la guerra, hubo también discolos y rebeldes, y hubo leales. Discolos y rebeldes llamaban don Cándido Nocedal, y D. Emilio Arjona, y D. Antonio Dorregaray y don José Pérula á los Carasas, Lizárragas, Velascos, Valdespinas que, con la inmensa mayoría de la comunión, veíamos adónde conducían á V... y la causa de la Patria la intemperancia y la soberbia de aquellos consejeros. Y hoy, ya lo ha visto V..., Carasa, Velasco, Lizárraga, han muerto en la emigración y en el abandono, después de haber salvado á la Patria; y en tanto, tristes sombras cubren la tumba de Dorregaray y tristes realidades aparecen en la vida de Pérula; en tanto D. Emilio Arjona sirve al Gobierno de D. Alfonso, y sólo don Cándido Nocedal, amparándose en el nombre augusto de V..., trabaja entre las maldiciones de la mayoría de la comunión para llevar adelante la obra de 1871 dividiéndonos y enconándonos.

¡Y hacen hablar á V... de los tiempos de la guerra!

Durante la guerra, Señor, hubo un Diputado vascongado que al pie de una Real orden escribió: «Se obedece y no se cumple.» y que no cumplió la Real orden; y hubo un pueblo entero, el pueblo vizcaíno, que en sus Juntas, cuando se le dijo en nombre de V..., y desvirtuando por cierto la palabra que V... me había á mí dicho: «El Rey no quiere á Goiriena para Diputado,» se levantó como un solo hombre y aclamó á Goiriena por su Diputado. Y el Diputado que no cumplió la Real orden; y los apoderados en la Junta de Guernica, que pusieron su derecho sobre la voluntad de V..., no fueron discolos ni rebeldes, sino, por el contrario, leales como siempre, ya que no se puede decir más que nunca; que el derecho de la Realeza es el derecho del Pueblo, y tanto mejor se asegura el primero, cuanto más respetado se ve el último; y así el Diputado guipuzcoano y los apoderados de Vizcaya, al mantener su derecho, afirmaron más todavía el de V...

V... lo reconoció, teniendo toda la fuerza en la mano; la Real orden no se cumplió nunca; Goiriena fué Diputado; V... apareció con la mano que puede ser y quiere ser, como Rey cristiano. ¡Qué diferencia, Señor, de entonces á hoy, de aquellos actos tan dignos de la Realeza y grandeza de vuestra causa, á esas cartas, á esas declaraciones en que se hace decir á V... que mandaría ahorcar, sin oírles, á cuantos no besaran los pies á vuestro representante, que se gozara en ponerles bajo ellos.

Desgracia grande, Señor, á la vez que prueba, la que nos muestra hasta á los Monarcas más grandes entregados á veces á hombres indignos y malvados. El mismo Rey prudentísimo, aquel Felipe II, gloria imperecedera de España y de la Realeza, hizo un Antonio Pérez; y en los tiempos que hemos alcanzado, un Maroto estuvo al lado del santo Abuelo de V...; un Lazeu al lado de vuestro Padre, como han estado al lado de V... un Arjona, un Pérula, un Boet; y hoy, Señor, hay quien, escudándose en V..., insulta á los demás la lealtad, la consecuencia... y todo lo que él jamás ha conocido; se levanta contra las decisiones de los Prelados, sustenta y quiere imponer doctrinas reprobadas por la Iglesia, y con excomuniones cuya repetición sola las condena por ridículas é inmotivadas, pretende separar de V... á todos los hombres importantes, á los que siempre en días de necesidad y peligro ha visto V... á su lado.

Concluyo, Señor, rogándoos que miréis al hombre que se dirige á V... para expresaros, con la lealtad y verdad que siempre lo ha hecho, su adhesión y lo que exige el bien de la causa, y al hombre que os hace aparecer como si dudarais de tantos que sabéis os son leales, por la satisfacción de su soberbia, por el odio heredado y condensado que siente hacia vuestra augusta Persona y la santa

causa que simboliza, tal vez por otros móviles tan bajos que ni V... debe escucharlos ni yo decirlos. Él quiere mandar más, mucho más de lo que vuestra misma Persona puede mandar, y yo sólo imploro de V... que haga mi obediencia, siempre grata para mi corazón, llana y fácil para mi dignidad y mi conciencia de católico y español, nacido bajo el árbol bendito que no da sombra á confesos ni traidores. Allí, Señor, á la sombra de aquel árbol bendito, en ocasión solemne, ante la presencia de Dios vivo, solemnemente juré yo á V... por defensor de la Iglesia y guardador del Fuero vascongado, y tan firme, y más si cupiese, se mantiene hoy en mí lo jurado que en aquel mismo día.

V..., al oirme, no me puede dar nada personalmente, porque soy harto orgulloso para aceptar honores, y bastante humilde para conocer que no sirvo para otra cosa que para lo que hago; mientras, por el contrario, al no oirme V... pudo dar á mi nombre (y Dios quiera que no me la de) la única aureola de gloria á que yo puedo aspirar: la de la fidelidad que llega al martirio, y cuyas inspiraciones misteriosas se realizan punto por punto. Consumo mi vida en una labor ingrata que mil veces habría abandonado ahora si, al hacerlo, no quedara V... entregado (sin que ni por azar llegase á oídos de V... una palabra leal) al hombre que manifiestamente busca la ruina de la santa causa de la Religión y de la Patria, y la de V..., que yo, no ya por afecto, sino por estrecha obligación de conciencia y de consecuencia, he de defender hasta que me falten las fuerzas. Puedo morirme con la nota con que pretende infamarme á mí, como á otros mejores que yo, el hombre que ostenta la representación de V...; pero yo sé que tengo razón; yo sé que llegará el día en que todos lo reconozcan, y aquel recogerán mis hijos para su nombre lo que sin esa prueba yo no tengo condiciones para legarles.

B. L. R. P. de V...,

A. J. DE VILDÓSOLA.

II.

EXPOSICIÓN DE DON RAFAEL BALANZÁTEGUI AL SEÑOR DUQUE DE MADRID,
 INSERTA EN «EL CABECILLA» DE 23 DE SETIEMBRE DE 1882.

SEÑOR:

Hace quince años que en la antigua capital del antiguo reino de León vivía un hombre de bien al lado de su esposa, en quien adoraba, y de su único hijo, á quien enseñaba á ser verdadero español, católico é hidalgo, más con el ejemplo de sus actos que con la eficacia de sus consejos. Bien quisto por sus convecinos todos, el voto de éstos le confió por dos veces la administración de los intereses del pueblo, de cuyos límites, extendiéndose por toda la provincia hasta las limitrofes, pasaba su buena fama.

Llegó un día, cuando los de aquel hombre corrían más felices entre el amor de la familia y con la consideración de todos, en que España quedó hasta sin la sombra de aquella institución social que, inspirada en el espíritu de la Iglesia, unida con sus Pastores, la ha formado, engrandecido y dádola glorias cual no las registra nación ninguna. Y aquel día de las tinieblas, por tantos años hacinadas, nublaron el sol de la Patria, de tal modo, que sus hijos apenas podían reconocerse, y no eran ya por los extraños conocidos.

Sufrimos el castigo de Dios, pero los castigos de Dios regeneran cuando se aceptan; y en aquella confusión horrible, en aquella orgía satánica, resonó un nombre, y apareció un hombre que, siendo la encarnación de cuanto España había perdido, la hablaba de un porvenir en el que iban á renovarse las glorias y dichas pasadas.

Al oír aquel nombre y al aparecer aquel hombre, los corazones de los españoles puros se abrieron á la esperanza preparándose al sacrificio; y el buen caballero que vivía en la antigua León con el amor de su familia, no fué de los últimos en sentir dentro de sí que se debía á su Dios y á su Patria; en comprender que existía un Príncipe que podía y quería volver por los fueros de la Iglesia y por la dicha de los pueblos; en ofrecer á aquel Príncipe, por Dios y por la Patria, su hacienda y su vida, y la hacienda y la vida de su esposa y de su hijo.

Su ofrecimiento no fué palabra vana; había ofrecido su vida, y dió la vida, siendo la primera víctima, como fué el primer adalid, de la

nueva reconquista santamente emprendida contra el liberalismo que había ya arrojado todo disfraz, allí donde empezó también la reconquista de los siete siglos.

Apenas mediaron dos horas entre la prisión y la muerte de aquella primera víctima; pero en aquellas dos horas mostró lo que había sido su vida entera. Reconciliado con Dios, perdonando á los que le mataban, dijo á su esposa: «No me llores, que muero por Dios y porque no se levante ningún otro culto enfrente del culto verdadero.» «¡Dígame, y vive por Dios y muere por Dios, que así mueres por la Patria,» le dijo á su hijo único. Y con el pensamiento de Dios y de su familia, confundió el de su Patria y el del Príncipe que venía á regenerarla, y á quien, por eso, había aclamado y obedecido, ofreciéndole y dándole su vida.

Señor, quien así vivió y murió se llamaba D. Pedro Balanzátegui, era mi padre; y las palabras que pronunció al morir llevaron su nombre, salvando las fronteras, á todas las naciones de Europa, y plumas ilustres le tejieron una corona; corona que los mismos que le mataron dejaron que se pusiera sobre su memoria, sin que nunca después la hayan profanado.

Así quedé yo, Señor, á los diez y seis años, huérfano de tal padre, sin otro consuelo que el de mezclar las lágrimas y las oraciones con la que como yo lloraba al compañero de toda su vida, hasta que el rumor de los combates penetró en nuestro retiro, y con él llegó á mis oídos el grito santo de Dios, Patria y Rey, que fué el grito de la vida y de la muerte de mi padre.

Y entonces, Señor, nada me detuvo y nadie quiso detenerme; y añadiendo un nuevo dolor á mi madre, corrí al puesto que mi padre me había fijado, no para vengarle, que había prohibido la venganza, sino para contribuir con mi sangre á que triunfara la causa por la que me mandó, en su testamento supremo, que diese la vida, siguiendo el ejemplo que él me había legado. El ejército del Norte me contó entre sus soldados, y puedo decir, Señor, que fui buen soldado, no sólo por el recuerdo de mi padre, sino además por el ejemplo de todos mis compañeros. Y mientras yo me batía, mi madre era desterrada, — ¡jujo de pena, en verdad, para quien vivía ha tantos años en el más triste destierro, escuchando los latidos de su corazón, cada uno de los cuales le recordaba la muerte del esposo en el campo del honor, y al hijo amenazado de muerte en los campos de batalla!

Fuimos más vendidos que vencidos. ¡Dios lo dispuso así! Pero altas las frentes entramos en Francia, y allí, Señor, pude volver á verle á V... y renovarle mis juramentos mientras la emigración y el vencimiento renovaban los dolores de mi alma.

Pasaron para mí días y años, viendo á la Iglesia siempre perseguida, á la Patria siempre desdichada y amenazada de nuevas convulsiones, espectáculo que doblaba la pesadumbre de mis recuerdos, pero dejando inquebrantable mi fe y viva mi esperanza.

El rumor de otras cosas más tristes llegó entonces á mis oídos. Hermanos disputaban con hermanos, y yo escuché todas las voces y oí lo que todos decían, y os digo verdad, Señor: en unos oí lo que siempre había oído; en otros lo que nunca se había dicho...—Y éstos eran los que más gritaban.—¡Qué cosas, Señor, he oído! No, no es posible que á V... hayan llegado, porque de ser así no se hubieran repetido, y, sobre todo, no se hubiera podido decir que V... las dictaba ni aun las toleraba.

¡Que no eran católicos los que para servir á la Iglesia no esperaban las órdenes de V..., ó los que la servían oyendo la voz del Papa, si V... lo desaprobaba! ¡Que era voz del Papa la que llevaba vuestro pase, y que no era voz del Papa la que no lo llevaba! ¡Que servir á la Patria era servir al hombre que obtuviera vuestra representación, en todo lo que ese hombre ordenara; y que la obediencia no tenía límites para las órdenes que ese hombre transmitiera, porque ante la voluntad de V..., usando de ella ese hombre, cedían todas las leyes divinas y humanas!...

Señor, mi padre dió la vida por V..., porque creía firmemente, como yo creo, que V... quiere ser escudo de la Iglesia, escudo de la Patria, escudo de sus leales súbditos, y los que os prestan, haciéndose reos de lesa-majestad, esas opiniones y esos sentimientos, no os aman, Señor, os odian tanto como os ultrajan, odian á la comunión carlista, y son sus más implacables enemigos. Que si los liberales, sirviéndose de malas artes, nos arrebataron el triunfo, estos enemigos, con artes peores todavía, quieren arrebatarnos la bandera y la honra.

A defenderlas, Señor, he acudido á la voz de uno de mis compañeros de armas; porque defendiendo la bandera y la honra hoy, volveremos á tener en nuestras manos el triunfo no muy tarde. ¿Ni quien, Señor, puede decirme á mí que me separe de aquellos cuya voz escuché siempre mi padre; de aquellos que, al llegar el aniversario del fusilamiento de Valcobero, llevan á la tumba de mi padre su recuerdo y sus oraciones, para ir á ponerme con aquellos otros cuya voz salió siempre de las masas enemigas, y que ahora mismo, cuando se fingen amigos para matarnos, y acaso en el día mismo en que mi padre cayó bajo el plomo liberal, no tienen ni un recuerdo ni piden una oración para D. Pedro Balanzátegui, y llenan de elogios y solicitan ovaciones para D. Adelardo López de Ayala, uno de los Ministros que ordenaron el fusilamiento de mi padre?

Dicen que V... nos llama rebeldes, y tampoco eso puede ser, porque V... sabe por la historia, y puede saber por sí mismo, que no hay lealtad verdadera que no se *rebele* contra todo lo que pone en peligro lo que ella defiende, aunque proceda del mismo á quien sirve y acata. Mande V... y verá cuán pronto es obedecido; pero no nos mande que obedezcamos á un hombre que sólo hace uso del mando para perder á V... y perdernos á todos.

Dígnese V... oír mi voz, que si es la del más humilde de vuestros súbditos y soldados, sale del sepulcro de un mártir, y déjenos oír la voz de V... y no la del mandatario pagado por los enemigos de V... Hable V..., como tantas veces, en épocas más felices, ha hablado, y se realizará la unión, y la confianza renacerá, y los acontecimientos que ya sentimos próximos nos encontrarán preparados, y así podremos de nuevo, al grito electrizador que resonaba pocos años ha en el Centro, Cataluña, Navarra y las Provincias Vascongadas, dejar por siempre á salvo los fueros de la Iglesia y salvar definitivamente á la Patria.

B. L. R. P.

RAFAEL BALANZÁTEGUI.



ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Importante.....	2
Biografías de cinco rebeldes.....	3
Juicio del año.....	10
Calendario.....	15
Dedicatoria.....	28
Himno á la legitimidad.....	30
Lealtad y rebeldía.....	31
Llamarada.....	36
Un recuerdo á nuestros cristianos padres.....	37
Ocurrencias.....	41
Grajeas.....	41
Extravagancia yankee.....	42
Pensamientos.....	43
Apuntes de viaje traspapelados.....	44
Definiciones.....	48
Los campos.....	49
Santos Urbaneja.....	51
Ad Capetillum magnum.....	58
Candideces.....	59
Miscelánea.....	61
Acertijos.....	62
Epístola-progama de Maroto á un amigo suyo.....	62
La sombra de Cabrera.....	67
Las ermitas.....	69
Desde la Redacción.....	74
Cánones.....	81
D. José del Villar.....	81
Capetilladas.....	89
Dos monumentos de lealtad.....	90

